

CAMBIO DE TURNO

RUBÉN CASALS

CAMBIO DE TURNO

Rubén Casals

1

Lo que cabe en una bolsa

El taxista para en la puerta de urgencias en lugar de en la entrada del personal y tarda tres segundos de más en devolverme el cambio. Le digo que se quede con todo. Por la cara que pone, ese todo son cuarenta céntimos.

—Feliz año adelantado.

—Igualmente, doctora. Suerte.

Cierro la puerta. El viento del sur me cruza la cara como si me debiera dinero. Son las siete cuarenta. Nochevieja, lluvia sucia, calle vacía. Cruces siempre hace lo mismo en estas fechas: por fuera parece cerrado, por dentro está ardiendo.

Entro por urgencias porque me pilla de paso y porque me apetece ver el panorama antes de subir a la planta. Está lleno. Una señora de setenta y pico a la que se le ha bajado el azúcar antes de la cena. Un crío con el labio partido y los padres mirándose con la cara del que sabe que esto se podía haber evitado. Dos chavales que han empezado a beber demasiado pronto y un tercero que les acompaña con la cara verde y un cubo entre las rodillas. Una mujer aguantándole la mano a su marido mientras le canalizan una vía. Lo de siempre, pero a las siete cuarenta del 31 de diciembre, que es el día del año en que la gente más ganas tiene de ir al hospital sin haber querido ir.

Cruzo el hall hacia los ascensores. Maritxu me ve antes de que la vea yo. Apoyada en la fregona, con el carro a un lado y la cofia que

ya no es obligatoria pero ella se la pone igual.

—Doctora, agur. ¿Otra vez aquí en Nochevieja?

—Otra vez. ¿Y tu nieto? ¿Sigue queriendo ser bombero?

—Ahora quiere ser médico, mire usted qué desgracia.

—Pues dile que se lo piense bien.

—Eso le digo yo. Que se piense otra cosa, hija.

Me río. Maritxu se ríe también. Tiene sesenta y dos años, un hijo que no la llama y un nieto que sí. Eso le basta.

—Suerte hoy, doctora.

—Igual, Maritxu.

Subo al cuarto. El ascensor del personal huele a desinfectante y a alguien que ha cenado tortilla. Me miro en el espejo. Sigo siendo yo. Eso lleva siete meses sin ser un dato seguro, así que lo registro.

Vestuario. Saco las llaves de la bata. La taquilla 47, esquina, abajo. Abro. Lo de siempre: la bata limpia, los zuecos, el estetoscopio que le quité a un R3 que se mudó a Madrid y no volvió a buscarlo, una caja de pañuelos que no recuerdo haber comprado, una foto de Garazi en Toledo de hace cuatro veranos pegada con celo en la puerta interior. Y el cuaderno.

El cuaderno azul. A5. Tapa dura.

Lo saco. No lo abro. Me lo meto en el bolsillo grande de la bata, el de dentro, el que no se ve. Las llaves a un lado. El boli a otro. El cuaderno entre los dos, contra el costado. Hoy no toca abrirlo. Lo que toca está dentro y lo sé sin mirarlo.

Cierro la taquilla. Me cambio.

Miren entra cuando me estoy poniendo los zuecos. Veintipocos, el pelo en una coleta que se le sale de la cofia, una sudadera de la BBK Live debajo del pijama. Etxebarria, el apellido, lo lleva bordado en el pijama porque al banco de uniformes le sobra hilo y a Miren no le sobra apellido.

—Hola, doctora. Joder qué viento, eh.

—Joder qué viento, eh.

—¿Cuántas pasamos esta noche?

—Las que aguantemos.

—Ya.

Se mete en su taquilla. Saca dos uvas envueltas en un kleenex. Las deja encima del banco como si fueran un tesoro pequeño y mojado.

—Por si paso de las doce sin acordarme. Me las ha metido mi madre en el bolso a la fuerza.

—Llévalas en el bolsillo.

—Es que se me chafan.

—Pues que se chafen. Doce segundos, doce uvas, qué quieres que te diga.

Se ríe. Las mete en el bolsillo del pijama.

—¿Tú no llevas?

—Yo a las doce estaré con un señor que no sabe que es Nochevieja.

—Joder.

—Ya.

Salimos. El pasillo de la cuarta a estas horas tiene una luz que no se decide entre amarilla y amarilla cansada. Olor a comida del office. Alguien ha hecho croquetas. Alguien siempre hace croquetas en Nochevieja en esta planta. No sé quién. Llevo catorce años trabajando aquí y no sé quién hace las croquetas. Me parece bien no saberlo.

Control de planta. Edurne está terminando el parte. Edurne es la adjunta del turno anterior, lleva quince horas y media de pie y un moño que se rinde. Ha venido a hacer Nochevieja porque le tocaba el cuadrante y porque no tiene a nadie esperándola en casa, pero eso no se dice.

—Aritzeta. Por fin.

—No llego tarde.

—Ya, pero igual.

Me siento. Edurne pasa pacientes. Una paliativa de la 419 que aguantará la noche o no, una EPOC en la 411, una postoperatoria de cadera en la 415 que ya está bien pero no puede irse por papeles, una neumonía bilateral en la 408, una diabetes descompensada que entró por la mañana y duerme tranquila en la 410, una insuficiencia renal en la 417 a la que hay que ajustar diuréticos y que tiene la lengua más larga que el ingreso. Lo escribo todo. Edurne va deprisa porque lleva quince horas y porque su hija pequeña tiene catorce años y le ha mandado un audio que todavía no ha escuchado.

—Y luego un ingreso programado para esta noche, cardiología te lo ha bajado.

—¿A esta planta?

—A esta planta. Insuficiencia cardiaca descompensada. FA con respuesta rápida. Nivel A3.

—¿Qué le pasa a Cardio?

—Que está hasta los topes. Y que el paciente lo pidió así.

—¿Pidió bajar a Medicina Interna?

—Pidió que lo viera Larrañaga. Y Larrañaga le dijo que en planta. Tú lo llevas.

Levanto la cabeza.

—¿Quién es?

—Don Iñaki.

—¿Don Iñaki cuál?

—Goirizelaia. Don Iñaki Goirizelaia.

No se me mueve un músculo. No sé si lo registro al instante o si tardo medio segundo. Lo único que sé es que la mano izquierda, la que estoy usando para escribir el parte, no se ha quedado quieta. Sigue escribiendo. Eso es bueno.

—Habitación.

—La 412. Individual. Ha pedido individual.

—Ya.

—Le hemos puesto la 412 porque la EPOC se va mañana.

—Ya.

—Aritzeta, ¿estás bien?

—Estoy de Nochevieja, Edurne.

—Ya.

Sigue pasándome el parte. Yo sigo escribiendo. Goirizelaia. La 412. FA con respuesta rápida. A3. Pidió individual. Un señor que ha cenado lubina y ha decidido que la lubina le ha sentado mal. Habrá querido el privado. El privado le habrá dicho que esta noche no, que con la tormenta y el cardiólogo de guardia que es nuevo, mejor mañana. Larrañaga, que le come la mano desde hace cuarenta años, le habrá dicho que mejor quieto y mejor aquí. Aquí significa Cruces. Cruces significa yo.

Bueno. Pues aquí.

—Le he abierto historia. Está abajo en urgencias, ya le suben.

—¿Con quién viene?

—Con la mujer.

—Ya.

Edurne me mira un segundo. Edurne y yo nos conocemos hace catorce años. Hubo un mes, en 2014, en que estuvimos a punto de algo. No pasó. Es de las pocas personas que sabe leerme la cara cuando la pongo de no-leer.

—Si lo quieres pasar a otro, lo pasamos.

—No.

—Aritzeta.

—Que no, Edurne. Que es un paciente. Que lo lleva el de guardia. Yo soy la de guardia.

—Vale.

—Vete a tu casa, anda.

Asiente. Coge el bolso. Me deja el parte, las llaves del despacho de adjuntos y un caramelo de menta en la mesa. El caramelo no me lo

deja a propósito. Se le ha caído del bolsillo y no se ha dado cuenta. O sí. Edurne deja caramelos por el hospital como otra gente deja huellas.

—Feliz año, Aritzeta.

—Feliz año, Edurne.

—Llámame si la cosa se pone fea.

—Tú vete a casa.

—Llámame si la cosa se pone fea, joder.

—Vale.

Se va.

Me quedo mirando el caramelo. Lo cojo. Me lo meto en el bolsillo grande de la bata, con el cuaderno y el boli. Suena a poco.

Sor Maite pasa por el pasillo. Va con dos auxiliares y una bolsa de tela colgada del brazo. Lleva el hábito y un chaquetón gris encima y un gorro de los del Decathlon. La capilla está abajo, pero ella vive en el convento de Begoña, y las nochebuenas y las nocheviejas baja a hacer ronda por las plantas con dos compañeras y la bolsa de mermelada que reparte sin que nadie se la haya pedido.

Sin querer, bajo la voz para hablar con la enfermera.

—Itxaso, ¿la antibiótica de la 408 a las ocho?

—A y media.

—Vale.

Itxaso me mira raro. No sé por qué he bajado la voz. Sí lo sé. Pero no.

Sor Maite me ve desde el otro extremo del pasillo. Levanta la mano. Sonríe. Yo levanto la mano también. Sigue de largo.

—¿Es tu prima? —pregunta Itxaso.

—Es mi prima.

—Qué maja.

—Sí.

Vuelvo al parte.

Termino lo de Edurne. Me bebo el café que Itxaso me trae y que no le he pedido. Está aguado. Lo bebo igual. Suena un timbre en la 415. Voy. La señora postoperatoria quiere ir al baño y la auxiliar de noche todavía no está. La acompaño. Se llama Pepita y es de Sopuerta. Mientras la ayudo a sentarse, me pregunta si soy hija de alguien.

—De Joxe Mari Aritzeta —digo.

—El hijo de Patxi el carpintero, ¿no?

—El mismo.

—Hala. ¿Cómo está aita?

—Mayor, Pepita. Aita está mayor.

—Ya. Todos.

—Todos.

—¿Y vive contigo?

—En residencia. En Sopelana.

—Hala. Bueno, está bien atendido, ¿no?

—Sí.

—Hija, ya lo sé yo. A nadie le gusta meterlos. Pero a veces no queda otra. A mí mi marido me lo metieron mis hijos. Yo no podía con él. Se caía cada dos por tres. Y luego se fue, ya está, tampoco había mucho más.

—Ya.

—Que tienes buena cara, eh.

—Tengo cara de Nochevieja, Pepita.

—Pues yo te la veo bien.

Le subo el camisón, le bajo el camisón, le aprieto el botón de llamada por si necesita algo, le digo que voy fuera, salgo. La 415 huele a flores de plástico y a Cola Cao. Su hija ha estado por la mañana. Pepita está sola desde diciembre. Su marido, una caída en casa y luego la cabeza. La hija viene los domingos. La hija no va a venir hoy porque tiene cena.

Vuelvo al control. La 412 sigue vacía. El nombre todavía no está puesto en la pizarra. Lo escribo yo: GOIRIZELAIA, I. Sin más datos. Cuando suba lo completo.

El cuaderno se me clava un poco en la cadera. Lo recoloco.

Hace siete meses estuve yo en una cama no muy distinta de la que va a tener Goirizelaia esta noche. Otro hospital, otra historia. Pero cama de hospital y goteo en el brazo y una mujer al lado mirando por la ventana mientras yo no podía hablar. Eso se parece todo. Y dentro de un rato va a haber un señor en una cama parecida y otra mujer al lado, y a las dos nos va a tocar lo que nos va a tocar.

Pero todavía no.

Salgo al pasillo. Hago la primera ronda. La 408 respira mal pero estable. La 410 duerme como un bendito, la diabetes a veces cansa de la mejor forma. La 411 sigue siendo la EPOC y todavía no sé cómo se llama. La 415 ya está sentada otra vez en la silla de las visitas, con los pies hinchados y una revista del corazón que tiene un año. La 417 me llama "doctora" desde el pasillo cuando me ve pasar y me dice que la cena estaba salada; le digo que mañana lo ven, que hoy a dormir. La 419 — no entro. Cuelgo de la puerta el cartel rojo y le bajo el volumen al monitor desde fuera. Hay familia dentro. Que estén tranquilos. Esta noche no toca.

Vuelvo al control. Itxaso me trae otro café. Está más aguado que el anterior. Lo bebo igual. La 412 sigue con la cama hecha y vacía y el monitor apagado.

Las nueve menos veinte. Suena el timbre del montacargas del personal. Itxaso levanta la cabeza.

—Te suben a Goirizelaia.

—Ya.

Salgo al pasillo. Wilson empuja la camilla. Una enfermera de urgencias que no conozco va al lado, con el suero en alto y el gotero contado. Detrás camina la mujer. Abrigo gris. Bolso marrón grande, de los que se compran una vez en la vida y duran cuatro modas. Pelo blanco recogido en moño bajo. Mira al frente sin mirar a nada.

El señor en la camilla está despierto. Tiene ojos pequeños, cara colorada, pelo todavía oscuro para sus años con dos canas en las sienes. Lleva el camisón del hospital ya puesto, pero los zapatos suyos al pie de la camilla, lustrados, marrones, de cordón. Reloj de pulsera que pesa. Las manos cruzadas encima del estómago.

—Doctora —dice él, sin levantar la voz, con una cortesía aprendida en otro siglo.

—Don Iñaki.

Lo digo. Lo digo entero. Las dos palabras me salen como cualquier otra cosa que diga en un pasillo a las nueve menos veinte de la noche del treinta y uno de diciembre. Veintiuno y tres meses llevo guardándome el nombre de este hombre con cuidado, y ahora me sale en voz alta sin que se me caiga nada por el camino.

Catorce años de oficio. Algo se aprende.

—Mucho gusto, doctora.

—Igualmente. Le vamos a poner en la 412. Es individual.

—Gracias.

—Pasamos. ¿Quiere ducharse antes?

—Si se puede.

—Se puede. Wilson, ayúdale. Begoña, ¿usted quiere?

—¿Yo qué?

—Si quiere, le mando subir un sillón para usted.

—Estoy bien con la silla.

—Vale.

Wilson empuja la camilla hacia la 412. La mujer va detrás. No la miro a la cara. La cara no me hace falta. Lo que tenía que ver, lo he visto: el bolso. El bolso lo lleva una mujer que no tiene a nadie a quien llamar para que se lo coja. Por dentro, de eso ya hablaremos otra noche.

Vuelvo al control. Itxaso, sin decir nada, me señala con la barbilla la silla. Me siento. Cojo el bolígrafo del bote. En la pizarra, debajo del GOIRIZELAIA, I., añado: 71a. AB-. FA c/r rápida. A3. Goteo en

derecho. Sintrom suspendido a las 18h por urgencias. Allergias: ninguna conocida.

Cierro la pizarra.

El cuaderno se me clava un poco en la cadera. Lo recoloco.

Hace siete meses estuve yo en una cama no muy distinta de la que va a tener Goirizelaia esta noche. Otro hospital, otra historia. Pero cama de hospital y goteo en el brazo y una mujer al lado mirando por la ventana mientras yo no podía hablar. Eso se parece todo. Y dentro de un rato va a haber un señor en una cama parecida y otra mujer al lado, y a las dos nos va a tocar lo que nos va a tocar.

Pero todavía no.

Salgo al pasillo. Hago la primera ronda. La 408 respira mal pero estable. La 410 duerme como un bendito, la diabetes a veces cansa de la mejor forma. La 411 sigue siendo la EPOC y todavía no sé cómo se llama. La 415 ya está sentada otra vez en la silla de las visitas, con los pies hinchados y una revista del corazón que tiene un año. La 417 me llama "doctora" desde el pasillo cuando me ve pasar y me dice que la cena estaba salada; le digo que mañana lo ven, que hoy a dormir. La 419 — no entro. Cuelgo de la puerta el cartel rojo y le bajo el volumen al monitor desde fuera. Hay familia dentro. Que estén tranquilos. Esta noche no toca.

Vuelvo al control. Itxaso ya está en el ordenador escribiendo el ingreso. Tiene la pestaña de Goirizelaia abierta, los antecedentes cargando.

—¿Algo? —dice.

—Lo de siempre. ¿Le has puesto la pulsera?

—Le he puesto la pulsera.

—¿Le has cogido vía?

—Está la de urgencias. Aguanta hasta mañana.

—Vale.

Empieza la guardia.

2

La sopa

Llego a las once y veinte. El taxi se ha metido por la rotonda de la avenida y luego ha tenido que dar la vuelta entera para entrar otra vez por la principal, porque la entrada principal de la residencia no se ve desde la carretera, está medio escondida detrás de un seto que nadie poda. Le pago. Bajo. Es 31 de diciembre y hay un sol blanco que no calienta nada. Han dicho en la radio que esta tarde llueve.

La puerta de cristales se abre sola. Loreto está en el control, escribiendo a mano en un cuaderno de tapas plastificadas.

—Hola, Loreto.

—Doctora. Ya está usted aquí.

—Ya.

—Esta mañana le hemos sentado. Está despierto.

—¿Ha desayunado?

—Un café con leche y media tostada. Lo que ha querido.

—Vale.

Firmo el libro de visitas. Loreto me mira por encima de las gafas como si quisiera decirme algo y luego se da cuenta de que no hace falta. Loreto lleva once años aquí. A mi padre lo conoce desde el primer día.

—¿Le subo la sopa o se la llevo yo?

—Se la subo yo en un rato, hija. Vaya tranquila.

Me dice hija. Me lleva diecisiete años. Me dice hija desde el principio.

Subo. La residencia tiene dos plantas y un ascensor que tarda más en cerrar la puerta que en subir. En el pasillo de la primera, alguien ha colgado guirnaldas y unos copos de nieve de papel cosidos a una cinta. La cinta está descosida en un sitio. Llevará así desde diciembre.

Aita está en la habitación 14. Compartida con un señor mayor que se llama Anselmo y que duerme casi siempre. Cuando entro, Anselmo está dormido. Tiene la boca abierta. Aita está al lado de la ventana, en el sillón orejero que trajimos de casa de Lekeitio cuando ingresó, vestido con un pantalón gris y una camisa azul y un jersey de pico de lana que le compró Garazi hace dos años y que le queda grande, porque ha perdido peso.

—Aita.

Levanta la cabeza despacio. Me mira. No sé del todo lo que está mirando.

—Soy yo. Elena.

Sigue mirándome. Hace un gesto pequeño con la mano izquierda, un movimiento corto, como si me invitara a sentarme. Quizá apartando una mosca. Quizá sorprendido de que la mano todavía se mueva.

Me siento en el filo de la cama. La cama está hecha. La auxiliar de mañana hace las camas con esquinas militares. Es de Cabuérniga.

Saco del bolso el tarro de mermelada de Sor Maite. Lo dejo en la mesilla, al lado de la foto que hay ahí desde el día que aita entró: él con ama y conmigo y con Maite, en la playa de Karraspio, en mil novecientos noventa y algo. Las cuatro reímos. Aita lleva una camisa blanca con las mangas remangadas. Detrás se ve una sombrilla amarilla.

—La prima ha mandado mermelada. La de naranja amarga, la que te gusta.

Aita mira el tarro. Mira la foto. Mira la mano que tiene en el regazo, abierta.

—¿Te peino un poco?

No contesta.

Le saco un peine pequeño del cajón de la mesilla y se lo paso por el lado izquierdo, donde se le levanta el remolino. El pelo ya es casi todo blanco. Le huele a la colonia que le ponen aquí, una de farmacia que huele a hombre limpio, a hombre de iglesia.

—Está nevando en la sierra. Lo han dicho en la radio del taxi.

Asiente. O no asiente. Tiene la cabeza un poco ladeada y se mueve un poco con la respiración, no sé si lo hace a propósito.

Llaman a la puerta. Es Loreto con la bandeja.

—Aquí está, hija. Sopa de cocido y compota.

Pone la bandeja en la mesa de ruedas. La acerca al sillón. Le mete a aita la servilleta de papel por debajo del jersey, con un cuidado que ya no es cuidado, es costumbre.

—¿Quiere que se la dé yo?

—No, anda, ya se la doy yo.

—Vale. Si necesita algo, llame.

—Gracias, Loreto.

—Nada, hija.

Se va. Cierra la puerta. Anselmo se da la vuelta en su cama y suelta un sonido pequeño que no es ronquido ni queja.

La sopa lleva fideos finos y un trozo de zanahoria y un pellizco de carne de pollo deshilachada. Huele a ama. No a la mía, a una ama genérica, a domingo de invierno. Cojo la cuchara.

—Aita. La sopa.

Le acerco la cuchara a la boca. Abre. Sorbe. Cierra los ojos. Mastica el fideo despacio. Cuando termina, abre la boca otra vez. Abre la boca como un pájaro.

Le doy la segunda. La tercera. La cuarta.

Hace mucho que no me llama por mi nombre. Hubo un mes, en dos mil veintidós, en que me llamaba Pilar cada vez que me veía. No me llamaba ama, me llamaba Pilar, igual que la llamaba él en casa. Le

decía: aita, soy Elena. Y él me decía: ya. Pilar. Como si oyera otra cosa. Eso pasó. Ahora ya no me llama nada.

Le doy la quinta cucharada. La sopa se le ha enfriado un poco en el cuenco. La remuevo. Le doy otra.

—Está buena, ¿eh?

Asiente con la barbilla.

—Es de cocido.

Asiente otra vez. La auxiliar de mañana hace cocido en la cocina los miércoles, lo congela y lo va sacando entre semana. Eso lo sé porque me lo contó Loreto el mes pasado, no porque me lo cuente nadie en mi familia. Mi familia, ahora mismo, son Loreto y Garazi y una prima monja que me manda tarros de mermelada los meses pares.

Le doy la séptima. Y entonces aita abre la boca antes de que llegue la cuchara, y dice tres cosas. No son frases. Son palabras sueltas. Una detrás de otra. Pero claras.

—Frío.

Le pongo la cuchara en la boca. Se la traga.

—Maite.

Me quedo con la cuchara en el aire. La meto en el cuenco. La saco con sopa. Espero.

—Ya.

Y cierra la boca. Y vuelve a quedarse con los ojos abiertos, mirando hacia la ventana, donde las nubes han empezado a cerrar el sol.

No sé qué ha querido decir. No sé si las tres palabras van juntas. No sé si "Maite" es Maite o "ya te" o "mate" o "ay te". Aita lleva seis meses sin pronunciar el nombre de mi hermana. Antes lo decía a veces. A veces decía "Maite", como si la llamara desde lejos, y se quedaba un rato así, con la cabeza ladeada, esperando.

Le doy otra cucharada. La acepta. Sigo dándole. Termina la sopa. Le limpio la barbilla. Le quito la servilleta. Le acerco el vaso de agua. Bebe un poquito.

Se queda dormido en el sillón antes de que llegue la compota.

Le subo el jersey, porque la habitación está fresca; han bajado los radiadores en Navidad por no sé qué de las facturas. Le paso otra vez el peine por el remolino. Se le queda igual. El pelo de aita ya no obedece a nadie, igual que cuando trabajaba.

Me agacho. Le beso la frente. La frente le huele a la colonia y a un poco a sopa. No retira la cara. Tampoco se da cuenta, creo.

—Hala, aita. Ya me voy.

No abre los ojos. Le aprieto la mano izquierda, la que tiene en el regazo. Se la cierro con cuidado sobre la mía un segundo y luego la dejo otra vez como estaba, abierta. Joder, está fría.

Salgo. Cierro la puerta despacio para no despertar a Anselmo. En el pasillo me cruzo con la auxiliar nueva, que no me conoce y me sonríe sin más, y con un señor en silla de ruedas que pide salir al jardín y al que todavía no han sacado. Le digo agur. Me dice agur.

Bajo. Loreto está al teléfono. Levanto la mano. Levanta la mano.

Salgo a la calle. El sol blanco sigue ahí pero está cubriéndose. Me siento en el banco de piedra que hay al lado de la entrada, debajo del cartel de Andra Mari Egoitza. Saco el móvil. Pido el taxi de vuelta. Me dicen doce minutos.

Me quedo los doce sentada en el banco. No miro el móvil. No miro nada. Solo respiro. Hace frío. No es del viento, es del aire.

3

Llega el señor

Suena el busca a las nueve y diez.

Cardio. La R3 de cardio, Montejo, que es de Logroño y lleva todo el año queriéndose ir a Pamplona. Me dice que el ingreso del señor está terminado, que pueden subirlo, que si quiero bajar a verlo antes lo tienen ahí. Le digo que sí, que bajo. Cuelgo. Le digo a Itxaso que vuelvo en quince minutos.

—¿Bajas a urgencias?

—Sí.

—¿A ver al de la 412?

—Sí.

Itxaso me mira un segundo más de la cuenta. No dice nada. Es la primera vez en la noche que hace algo más de tres frases sobre algo, y lo hace sin abrir la boca.

—Vuelvo enseguida.

—Vale.

Bajo. Ascensor del personal otra vez. Esta vez huele a hospital sin más, ni tortilla ni nada. Bien.

Urgencias está como la dejé hace dos horas pero más cansada. El crío del labio ya no está. La señora del azúcar tampoco. Los dos chavales borrachos siguen, ahora con el padre de uno de ellos al lado dándoles charla con la voz baja y el labio tieso. Hay una camilla

nueva en el pasillo con un abuelo dormido y una manta encima que no le tapa los pies.

Montejo me ve desde el control y levanta la mano.

—Aritzeta.

—Montejo.

—Ahí lo tienes.

Señala el box 4. Voy.

Antes de entrar paro un segundo en el pasillo. Me ajusto la bata. Me coloco el fonendo en el cuello. Respiro. No respiro hondo, respiro como respiro siempre, lo registro y sigo. Empujo la cortina.

El señor está sentado en el borde de la camilla, vestido todavía, con los pantalones de pinzas y los zapatos puestos y la camisa medio desabrochada por donde le han pegado los electrodos. Tiene setenta y un años y no parece de setenta y uno. Parece de sesenta y cuatro y de muy bien comido. Pelo blanco corto, barba de afeitar de hace seis horas, gafas de pasta cara. Si no fuera por la camisa abierta y la vía con el suero a medio pasar, podría estar esperando una mesa en un restaurante.

Begoña Beascoechea está al lado, de pie, con los dos abrigos colgando del brazo izquierdo y un bolso pequeño en la mano derecha. Lleva dos abrigos porque uno es el suyo y el otro es el de su marido. Lleva los dos como si los llevara siempre. Probablemente.

—Buenas noches. Soy Elena Aritzeta, internista de guardia. Voy a llevar al señor esta noche.

—Doctora. Encantada.

Begoña me tiende la mano. Yo le tiendo la mía. Nos miramos. Nos miramos como dos mujeres que se han escrito sin haberse visto.

Ella retira la mano antes que yo.

—Don Iñaki, encantada.

—Buenas noches, doctora.

Voz de los que siempre han pedido las cosas con las dos sílabas exactas. Educado. Tranquilo. Si está cabreado por estar aquí en

lugar de en su clínica, no lo demuestra. Si no está cabreado, peor todavía. Quiere decir que tampoco lo está pasando mal. Quiere decir que esto le aburre.

—¿Cómo se encuentra?

—Cansado. Y un poco con esta cosa en el pecho que me dice Montejo que es eléctrica.

—Eléctrica, sí. La FA. La fibrilación auricular. Su corazón está latiendo a su aire. Le hemos puesto un fármaco para frenarlo.

—Ya. Me lo ha explicado el chico.

El chico. Montejo tiene veintinueve años y lleva siete batiéndose el cobre por una plaza. El chico.

—¿Le falta el aire?

—Cuando me muevo.

—¿Le ha dolido el pecho?

—No.

—¿Mareo, sudoración?

—Un poco de mareo cuando me he levantado en casa. Pero ya está.

Le saco el fonendo del cuello, le pido permiso con el gesto, ausculto. Tonos cardíacos irregulares, lo de siempre cuando hay FA. Crepitantes finos en las dos bases. Un poco de congestión. No mucho. Lo justo para que esto sea ingreso y no me lo pueda mandar a casa con un Sintrom y un beso en la frente.

—Le subimos a planta. Le vamos a dejar monitorizado esta noche, le mantenemos el suero, le seguimos con el fármaco para el ritmo, y por la mañana le ven los de cardio con calma. ¿Vale?

—Vale.

—¿Tiene alguna pregunta?

—¿La habitación es individual?

Lo dice sin levantar la voz. Lo dice como quien pide la mesa de la ventana.

—Sí. Le hemos preparado la 412. Es individual.

—Gracias.

—No hay de qué.

Begoña no ha dicho nada en todo el rato. Mira la vía. Mira el suero. Mira la pizarra del box donde Montejo ha escrito el nombre y la edad y la cama provisional. No me mira a mí. Eso también lo registro.

—Vamos a subir, entonces. ¿Necesita algo del coche, del bolso, de…?

—Llevo todo lo necesario —dice Begoña.

Me lo dice sin levantar los ojos del suero. Sin un gramo de sequedad. Sin un gramo de calor. Llevo todo lo necesario. Como si lleváramos dos meses preparándonos y los dos abrigos fueran solo el principio.

—Pues subimos.

Salgo. Le digo al celador de urgencias —Aitor, no sé el apellido, lleva un año, me cae bien— que suba al señor del 4 a la 412 de Medicina Interna.

—¿Camilla o silla?

—Silla. Se mueve. Es solo el ritmo.

—Vale.

Aitor entra al box. Sale a los dos minutos con Goirizelaia en silla de ruedas y Begoña detrás con los dos abrigos. Subimos los cuatro en el ascensor grande. Aitor empuja. Yo voy delante de la silla. Begoña detrás. Goirizelaia en medio.

El ascensor sube. Nadie habla. Begoña mira el suelo. Goirizelaia mira al frente. Aitor mira el panel de los pisos. Yo miro el panel también.

Cuando llegamos a la cuarta, la planta está más tranquila que cuando me he ido. Itxaso nos espera en el control. Miren está en una habitación con una palangana y la cara de quien lleva ocho horas y todavía le quedan ocho.

—La 412 —dice Itxaso—. Por aquí.

Aitor empuja. Pasamos por delante de la 419, de la 417, de la 415. La 415 tiene la luz encendida y la puerta entreabierta. Pepita está dormida en el sillón de las visitas con la boca abierta y la revista del

corazón abierta sobre las piernas. Alguien ha hecho croquetas otra vez. Sigo oliendo a croquetas.

La 412 está preparada. Cama hecha, monitor a un lado, silla para la mujer junto a la ventana, mesa de ruedas plegada en una esquina. Itxaso ha puesto una jarra de agua y un vaso encima de la mesilla. La habitación está a una temperatura que no es ni fría ni caliente, lo que en hospital es lo más caliente que se puede estar.

Aitor pasa la silla al lado de la cama. Itxaso ayuda a Goirizelaia a pasar a la cama. El señor se mueve solo, lo justo, agarrándose al respaldo. Le dejamos sentado, no tumbado. Begoña pone los dos abrigos en la silla junto a la ventana, encima del respaldo, doblados con la parte buena hacia fuera. Saca un libro del bolso y lo deja en la mesilla. Una novela en tapa dura. No me da tiempo a leer el título.

—Ya te dejo descansar —dice ella.

—Quédate un rato —dice él.

—Un rato.

—Un rato.

Lo registro. Esa es la primera frase humana que les he oído. Un rato. Un rato. La frase de un matrimonio de cuarenta y un años. Dos veces. La misma palabra. Bien colocada, eso sí.

—Voy a darle un repaso a las constantes y le dejo. ¿Le pongo el monitor ahora o prefiere terminar de instalarse?

—Adelante, doctora.

Itxaso le coloca los electrodos. Goirizelaia se desabrocha la camisa él mismo, sin teatro. El pecho es de hombre que ha cuidado su pecho durante mucho tiempo. Itxaso pega los parches. Conecta. El monitor arranca. Sinusal a ratos, FA a ratos, lo que ya sabíamos. Tensión: catorce con ocho. Saturación: noventa y seis. Bien.

—Si nota cualquier cosa, presione aquí —Itxaso le señala el botón—. Si le sube el ritmo o se marea, presiona y nosotros venimos.

—Gracias.

Itxaso sale. Yo le compruebo la vía. Sigue bien. Le ajusto el suero a la velocidad correcta. Le miro otra vez los tobillos: no edemas. Le palpo el pulso radial: irregular, sí, pero lleno.

—Yo también me retiro. Si necesita algo, llame. Pasamos a verle en la siguiente ronda, sobre las once.

—Doctora.

Es Begoña. Levanta la cabeza. Por primera vez desde urgencias me mira a la cara.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—En Cruces, catorce años. En Medicina Interna, los catorce.

—Ya.

—¿Conoce a alguien?

—No. No conozco a nadie. Era curiosidad.

—Vale.

Bajo los ojos al suero, no a Begoña. Si la miro otra vez con la cara que me tiene puesta no sé qué cara voy a poner yo. Salgo.

Cierro la puerta de la 412 detrás de mí. En el pasillo hay un silencio que no es de hospital. Es el silencio de la puerta cerrada, que dura los seis segundos que tardo en alejarme. Después vuelve la planta de siempre.

Itxaso está en el control, anotando.

—Listo —digo.

—¿Todo bien?

—Sí.

—Maja la mujer.

—Sí.

—Como sufrida, ¿no?

—Como cansada.

—Pues como sufrida es como yo le veo.

—Llámalo como quieras.

—Vale.

Me río. Itxaso es de esas personas que saben caer bien por encima de su propia gracia. Lleva tres meses en la planta y ya nadie se acuerda de cómo se llamaba la enfermera anterior.

Me voy al despacho. El despacho de adjuntos es una habitación de dos por tres, con una mesa, una silla, otra silla peor, un perchero, un radiador que no se apaga, y un calendario del Athletic de hace dos temporadas que nadie ha tirado. Cierro la puerta. Me siento.

Saco el cuaderno del bolsillo grande de la bata. Lo dejo encima de la mesa. Lo miro. Está azul. Tapa dura. A5. Comprado en la papelería Lurdes de Algorta, en marzo, una mañana de viento. La papelería todavía existe. Una de las pocas cosas en la calle Telletxe que todavía existe.

Lo abro por la primera página.

Hay una sola línea, escrita con boli azul, con letra mía:

A los Aritzeta les debo una hija. Marzo de 2025.

La letra es la mía. La que me sale cuando escribo deprisa y sin pensar. Más grande que la que me sale cuando paso a limpio.

Lo cierro.

Joder.

Lo dejo. Apoyo la mano izquierda encima de la tapa. La izquierda me ha dado un pequeño temblor antes, bajando del ascensor de urgencias. Ya no. Ya está quieta.

Salgo. Voy al office. Me pongo otro café. Está aguado, como todos. Me lo llevo al despacho. Cierro la puerta. Me siento. Bebo. El cuaderno sigue donde lo dejé.

Abro el cajón de arriba, lo meto, lo cierro. Llave. Me la guardo en el bolsillo del pantalón del pijama.

Me termino el café.

Subo a hacer la siguiente ronda.

4

Marzo

Era un viernes de marzo. El cielo de Algorta de marzo, que es un cielo que no se decide. Me había despertado a las once en el sofá, con la manta de Garazi por encima y un pie fuera. Llevaba en pijama desde el martes.

La bandeja estaba en la mesa de la cocina. Garazi me la había dejado antes de irse a Madrid, a las seis de la mañana. Pan tostado tapado con un plato, una mandarina, dos kiwis, una jarrita con zumo de naranja. Un pósit pegado al borde de la bandeja, escrito con boli verde: Vuelvo el domingo. Llamo. Te quiero. Y debajo, en letras más pequeñas: come.

Me lo tomé casi todo menos los kiwis. No me apetecían los kiwis. Me apetecía haber dormido más. Me apetecía no estar cansada. Hacía tres semanas que había salido del hospital y todavía me cansaba ir de la cocina al baño.

Me senté en la silla de la cocina. La luz entraba por la ventana de la calle Telletxe en una franja larga que cruzaba la mesa hasta tocar la pata de la silla de enfrente. La franja se movía despacio. Yo la miraba. Por la calle pasaba alguien que tosía.

El cuaderno estaba al lado de la bandeja. Lo había comprado ayer.

Ayer había salido por primera vez sola. Garazi tenía cosas en Bilbao, una reunión que llevaba tres meses retrasando, y yo le había dicho que estaba bien, que ya estaba bien, que iba a salir un rato a tomar el aire. Me había puesto una sudadera vieja encima del pijama, los

Bilbainas marrones que me regaló mi cuñada hace cuatro años y un gorro. Había bajado en ascensor. Había empujado la puerta del portal. Había salido a la calle Telletxe. Tres semanas sin pisar la calle. Eso lo registré.

Hacía viento. Me había quedado en la acera tres minutos sin saber adónde ir. El cuerpo había decidido por mí: papelería Lurdes, doscientos metros, cinco escalones, una puerta de cristal con una pegatina del Athletic.

Lurdes me había mirado como me había mirado siempre, desde que tenía siete años y mi ama me mandaba a por sobres. Levantó la barbilla.

—Hala. La doctora.

—Hola, Lurdes.

—¿Te has puesto bien?

—Voy.

—Ya. Mi marido también, con lo de las anginas. Tarda.

—Ya.

Fui al expositor del fondo. Cuadernos. Había de muchos. Cogí el primero que vi, un A5 azul de tapa dura, marca Miquelrius, hojas lisas. Lo llevé al mostrador.

—¿Solo eso?

—Solo eso.

—Pues son cuatro y ochenta.

Pagué con la tarjeta. Me dio la vuelta de los céntimos en la mano. Me cerró la bolsa con doble nudo, costumbre de cuando vendían cosas más grandes.

—Cuídate, hija.

—Tú también, Lurdes.

Salí. Volví al portal. Subí. No me crucé con nadie. Dejé el cuaderno en la mesa de la cocina, encima de la bandeja del desayuno que Garazi todavía no había recogido. No lo abrí. Me senté en el sofá. Vi una serie en el móvil sin enterarme de la trama.

Esta mañana el cuaderno seguía en el mismo sitio. Garazi, antes de irse a Madrid, había recogido la bandeja vieja y había puesto la nueva, pero no había tocado el cuaderno. Había puesto la bandeja al lado, como si supiera que el cuaderno tenía un sitio asignado y no se debiera mover.

Lo abrí.

La primera página estaba en blanco. Por supuesto. La segunda también. Las miré las dos. Pasé el dedo por una de ellas. El papel tenía un grano fino, agradable al tacto. Cerré el cuaderno.

Me serví un vaso de agua del grifo. Bebí. Volví a la mesa.

No es que yo supiera, esa mañana, que iba a escribir nada. No iba a escribir un diario. Llevaba sin escribir un diario desde los catorce años, y aquel diario lo había tirado el día que entré en la facultad. No iba a escribir un libro. No iba a escribir una carta para Garazi para cuando no estuviera, ni una lista de cosas pendientes, ni un memorándum de los síntomas para llevarlo a la consulta de la neuróloga. Hay una especie de neurólogos que les gusta mucho que les lleves una lista. La mía no era de esas. La mía me dejaba hablar.

Yo solo había comprado un cuaderno. Con eso bastaba.

Cogí el bolígrafo de la jarra de los lápices, el Bic azul que estaba ahí desde no sé cuándo, y abrí el cuaderno. Otra vez. Página uno.

Me quedé un rato.

Pensé en mi ama, sin querer. En Pilar Otaegi haciendo una tortilla un viernes de marzo en la cocina de Lekeitio cuando yo tenía nueve años y Maite trece. Mi ama hacía la tortilla en una sartén pequeña, las patatas cortadas finísimas, y la sacaba siempre un poco menos hecha, jugosa por dentro, como tiene que ser. Mi ama murió en dos mil nueve. Hacía dieciséis años de marzos sin Pilar Otaegi haciendo tortilla en ninguna cocina.

Pensé en Maite. Sin pensar mucho. Llevaba veintiún años pensando en Maite con un guion que ya me sabía. Mi hermana mayor, MIR de primero, una curva, un coche que vino en sentido contrario, un funeral con mucha gente. La pensaba siempre con las mismas

palabras y siempre en el mismo orden. Esa mañana la pensé también así. No me dolió más que otras veces. No me dolió menos.

Pensé en aita. En Sopelana, en el sillón orejero. Llevaba ya un año en la residencia. Le habían bajado la dosis de un fármaco esa semana y le habían subido otro. La auxiliar me había mandado un mensaje el lunes diciéndome que aita había preguntado por mí. Que decía mi nombre. Yo no había podido ir. Estaba todavía con poca fuerza. Le había dicho a Loreto que la semana que viene seguro. Era el lunes. Hoy era viernes. La semana que viene era el lunes que viene.

La franja de luz me había llegado a los nudillos.

Y entonces escribí.

Escribí una línea.

A los Aritzeta les debo una hija.

Marzo de 2025.

La miré. La letra me había salido grande, más grande de lo que me sale cuando escribo informes, más como cuando le escribía cartas a mi ama desde el campamento a los doce años. La A de Aritzeta tenía el palo torcido. La hija, muy clara, las cuatro letras separadas, como si las hubiera puesto una al lado de otra a propósito. La fecha, debajo, también más grande de la cuenta.

No lloré. No me dio nada. La frase estaba ahí. Era una frase. Tampoco era pequeña, tampoco era grande. Era una frase escrita en la primera página de un cuaderno, y la había escrito yo.

Cerré el cuaderno con la frase dentro. Lo dejé otra vez encima de la mesa.

La franja de luz había pasado de los nudillos a la muñeca.

Me serví otro vaso de agua. Bebí. Lavé el vaso. Volví a la silla. Me senté. Abrí el cuaderno. Leí la frase. La cerré. Volví a abrirla. La cerré.

Estuve así dos horas. No exagero. Cuando levanté la cabeza del cuaderno por última vez, la franja de luz había desaparecido y por la calle había empezado a pasar gente con bolsas, gente que volvía de

comprar el viernes para el fin de semana, niños del cole pequeños con la mochila demasiado grande. Eran las dos.

A las dos a mí me daba hambre. Antes de la enfermedad me daba a las dos. Después de la enfermedad me daba a otras horas, o no me daba, o me daba al revés, las dos llegaban y a mí no me pasaba nada, me daba a las cinco si acaso. Pero ese viernes me dio a las dos. Lo apunté como dato. La cabeza se me iba arreglando. Eso me dijo la neuróloga: te vas arreglando. Si hoy te dio hambre a las dos como antes, eso es que te vas arreglando.

Me levanté. Saqué dos huevos del frigorífico. Saqué una patata pequeña. La pelé. La corté fina, no tanto como la cortaba mi ama porque no soy Pilar Otaegi, la corté como sé. Puse aceite en la sartén. Eché la patata. Sal.

Mientras se hacía la patata, miré por la ventana. La calle Telletxe a las dos de un viernes de marzo es una calle. Pasa gente. Se oyen las contraventanas de uno de los pisos de enfrente, que las tiene mal sujetas. Hay un señor que saca a su perro con un termo de café, un perro pequeño, blanco, viejo. Los conozco. No sé sus nombres. Los conozco.

La mano izquierda me tembló un poco. Me la sujeté con la derecha. Pasó. La neuróloga me había dicho que pasaba, que iba a pasar, que era de los corticoides y de la propia anti-NMDA, que se iba a ir desapareciendo. Llevaba tres semanas viéndola desaparecer.

Sonó el teléfono fijo. Casi nadie llama al fijo. Lo tenemos porque cuando lo dimos de baja tardaron dos meses y al final lo volvimos a poner. Era Sor Maite.

—¿Cómo estás, hija?

—Mejor.

—¿Comes?

—Estoy haciéndome una tortilla ahora mismo.

—Hala. Bien. ¿Y Garazi?

—En Madrid hasta el domingo.

—Ya. ¿Quieres que me acerque mañana?

—No hace falta, Sor.

—Ya sé que no hace falta. Te pregunto si quieres.

Me quedé un segundo.

—Si te apetece, sí.

—Pues entonces voy. A las once.

—Vale.

—Llevo mermelada.

—Vale.

—Hala. Cuídate, hija.

—Tú también.

Colgué. La patata se había hecho. Batí los huevos. Salé. Mezclé. Eché en la sartén. Cuajó por un lado. Le di la vuelta con un plato. Cuajó por el otro. La pasé a otro plato. La corté en cuatro. Me senté.

Comí dos cuartos. Los otros dos los dejé tapados con un papel de aluminio en la encimera. Para cenar. Una tortilla de dos huevos no me la termino desde la enfermedad.

Recogí. Lavé la sartén. Lavé el plato. Lavé el tenedor. Dejé el cuaderno sobre la mesa, cerrado.

Volví al sofá. Me tapé con la manta de Garazi. Cogí el móvil. Garazi me había mandado un audio a la una y media. Lo escuché. Era ella en un taxi camino de no sé qué, contándome que había dormido bien, que las amigas de Madrid querían cenar el sábado, que si quería ella se volvía mañana, que me quería, que comiera. Le contesté con un audio corto. Le dije que había comido tortilla, que estaba bien, que se quedara, que la quería. No le dije nada del cuaderno. No supe por qué.

Pensé un momento, sin querer, en aquellas dos semanas en Galdakao. Lo que recordaba era poco, y lo que recordaba lo recordaba como visto, no como vivido. Una habitación con la luz amarilla por las noches. Una sonda. Garazi de pie junto a la ventana, una mañana, con el abrigo todavía puesto, mirando el aparcamiento, sin saber que yo la estaba mirando a ella. Yo no podía hablar

entonces. La miraba. Ella tenía la mano izquierda apoyada en el cristal. La derecha en el bolso. Estuvo así un rato. Luego se volvió, vio que yo tenía los ojos abiertos, dejó el bolso en la silla, se acercó, me cogió la mano, no dijo nada, se quedó conmigo. Eso lo recuerdo entero, no sé por qué. Lo demás es como ver una serie en el móvil sin enterarme de la trama.

A las cinco me dormí en el sofá. Me desperté a las siete. Por la ventana ya era de noche. Llovía un poco. Me levanté. Me bebí otro vaso de agua. Encendí la lámpara pequeña, no la grande. Cogí el cuaderno. Lo abrí.

La frase seguía ahí. Estaba escrita con una letra que era mía. No del todo mía. Mía cuando algo me sale más fuerte. Mía cuando estoy cansada y digo lo que pienso sin pensarlo.

Pasé la página.

En la dos no escribí nada. Todavía no. Me quedé mirando la página dos en blanco un rato y luego volví a la una. Leí. Cerré.

Fui al cuarto. Me lavé los dientes. Me cambié el pijama por otro pijama. Volví al salón. Me senté otra vez. Cené los otros dos cuartos de tortilla en el sofá, con el plato apoyado en la rodilla, viendo la televisión apagada. Garazi y yo nunca habíamos tenido la costumbre de poner la televisión.

Me acosté a las diez en nuestra cama, sola, como llevaba acostándome desde que me dieron el alta porque Garazi dormía en el sofá para que yo me revolviera tranquila. Esa noche Garazi estaba en Madrid. Yo en la cama. El cuaderno en la mesa de la cocina. La frase dentro. La franja de luz, ya no.

Dormí ocho horas seguidas. La primera vez en cinco semanas.

A la mañana siguiente, sábado, antes de que viniera Sor Maite, abrí el cuaderno otra vez.

Empecé a escribir.

5

El equipo

Las diez. El control se llena de gente.

Primero entran los residentes: Iker el R3 con la mochila colgada del hombro, Naia la otra R3 con un café de la máquina de cardio que se ve que se ha tomado en el ascensor, y Lola la R1 con la cara de quien ha llegado al hospital una hora antes y no ha sabido dónde sentarse. Después entra Wilson, abrigo gris, gorra de los del Athletic, la mochila colgada de la mano izquierda. Lleva un termo. Wilson siempre lleva un termo.

—Buenas, doctora.

—Buenas, Wilson.

Saluda a Itxaso con la cabeza, a Miren con un golpe de barbilla. Se mete por el pasillo del fondo a colgar el abrigo en su sitio. No se queda en el control.

Iker tira la mochila debajo de la mesa y se desploma en la silla de al lado de la mía como si volviera de una guerra. Iker es de Vitoria, R3, y tiene la teoría de que si exagera lo cansado que está, no le tocan los pacientes feos. La teoría no le funciona. Lleva tres años aplicándola.

—Aritzeta. Joder. Cuánto tiempo.

—Iker. Acabas de llegar.

—Ya. Pero psicológicamente.

—Ya.

Naia se sienta más callada, abre el ordenador, se conecta. Naia es de Mungia, R3 también, y es de las que prefieren el trabajo a la conversación. Me cae bien. Lola la R1, en pie, mira la pizarra como si fuera un tablón de anuncios en un idioma que no domina del todo.

—Lola, siéntate.

—Vale.

—Tu primera guardia en la planta, ¿no?

—No, mi tercera.

—Ah. Pues tampoco te quedes ahí parada.

—Vale.

Se sienta. Itxaso le acerca una hoja con los teléfonos importantes de la planta. Lola lee la hoja tres veces como si fuera a haber examen. La paciencia de Itxaso debería estar en algún tipo de reserva natural protegida.

Empiezo a pasar pacientes. Voy habitación por habitación. La 408, neumonía bilateral, antibiótico cada ocho, control de saturación. La 410, diabetes descompensada, ya está mejor, mañana se va. La 411, EPOC, va a aguantar la noche, mañana también se va. La 412...

—La 412, ingreso de las nueve. Insuficiencia cardiaca descompensada, FA con respuesta rápida, varón de setenta y uno. Estable. Suero, frenadora, monitor. Lo mira mañana cardio.

Iker levanta la cabeza.

—¿Quién es?

—Don Iñaki Goirizelaia.

Iker me mira como si le hubiera dicho que en la 412 hay un dragón.

—¿Goirizelaia? ¿El de Goirizelaia Construcciones?

—El mismo.

—Hostia. ¿Y por qué está aquí y no en clínica privada?

—Porque cardio está hasta los topes y porque a Larrañaga le ha parecido bien. ¿Algún problema?

—No, ningún problema.

—Pues no le toques. Lo llevo yo.

—Vale.

—Si pasa algo, me llamas a mí. Si quiere agua, llamas a Itxaso. Si quiere otra cosa, a su mujer.

—Vale.

Naia escribe algo en el ordenador y no levanta la vista. Lola la R1 sigue leyendo la hoja de los teléfonos. Itxaso me mira un segundo y vuelve a lo suyo.

Sigo con el parte. La 415, postoperatoria de cadera, va bien, problema social. La 417, insuficiencia renal, ajuste de diuréticos. La 419 — paliativa — no se entra esta noche salvo que la familia llame. Levanto la vista hacia los tres residentes.

—¿Preguntas?

—No.

—Ronda en una hora. Antes de eso, los que tengáis hambre, comed. Después se complica.

—Vale.

—Iker, quita la mochila de debajo de mi mesa.

—Sí.

La quita.

Me levanto. Voy al office.

El office a las diez de la noche de Nochevieja huele a las croquetas de antes, que ya no están porque alguien se las ha comido. Hay una bolsa de pan de molde abierta, tres botes de Cola Cao a la mitad, una caja de galletas que Itxaso trae de su pueblo y que no le come nadie aunque están buenísimas. La máquina de café zumba como un electrodoméstico que ha perdido la fe.

Me hago un café. Sale aguado, claro. Lo cojo. Me siento en la silla del rincón, la que tiene una cinta americana en la pata.

Aitana entra a los dos minutos.

Lleva el pijama verde de quirófano, las zapatillas de quirófano, el gorro de tela en la mano, el pelo recogido en un moño bajo. Me ve. No se sorprende. Va directa a la máquina.

—Joder, qué máquina. ¿Va?

—Va, pero saca aguachirle.

—Ya. Pues aguachirle.

Pulsa. Espera. Saca el vaso. Se da la vuelta. Me ve sentada. Coge la otra silla, la peor, y se sienta enfrente.

—Aritzeta.

—Solá.

—Cuánto tiempo.

—Cuánto.

Bebe. Hace una mueca.

—Joder qué malo está.

—Ya.

—¿Tú llevas mucho?

—Desde las ocho.

—Pobre. ¿Y eso?

—Cuadrante.

—Ya. Yo, libro. Pero me han llamado a las diez de la mañana para sustituir a la de Sopelana, que se ha puesto con gripe.

—Ya.

—Así soy yo. Una pringada.

—Una santa.

—Ya.

Bebe otra vez.

Aitana tiene treinta y ocho años, una hija de doce que se llama Iratxe, una manera de poner los codos sobre la mesa que es la misma desde que la conozco, y un pelo que ahora lleva más corto de lo que llevaba en dos mil dieciocho. En dos mil dieciocho lo llevaba

largo. Ahora no. No me lo había dicho nadie. Lo veo y lo registro. No le digo nada.

—¿Y la cría?

—En casa de su padre. Le toca esta semana.

—Le has comprado ya el iPhone, ¿no?

Aitana se ríe. Una risa pequeña, hacia adentro.

—Se lo compró su padre. Yo le pago las clases de inglés.

—Las clases de inglés salen más caras.

—A la larga sí. Pero el iPhone le hace más ilusión a la cría, así que su padre queda como el bueno y yo como la pringada que paga libros. Sale ganando él.

—Como siempre.

—Como siempre.

Bebe.

—¿Y tú qué tal?

—Aquí.

—¿Garazi sigue?

—Sigue.

—Pues ya es algo.

Sonrío a un lado. No mucho.

—¿En Madrid otra vez?

—¿Cómo sabes que está en Madrid?

—Joder, Aritzeta. Se sabe.

—Ya.

—Que no, mujer. Me lo dijo Edurne hace tres semanas.

—Ya.

Me bebo el café. Aún más aguado que el de antes. La cinta americana de la pata de la silla se está despegando.

Aitana mira por la ventana del office. Por la ventana del office no se ve nada bueno: el patio interior, una pared con los aires

acondicionados, la luz amarilla del pasillo de cardio en frente. Pero ella mira igual.

—La cría quería irse a campamento de inglés en febrero —dice—. A Irlanda.

—¿Y?

—Pues que igual se va.

—¿Y eso es bueno?

—Ya veremos. A la cría le hace ilusión y a su padre le da igual.

—¿A ti?

—Yo no sé. Doce años. Es un poco pronto. Pero igual no.

—Doce años para irse al extranjero, sí, pronto.

—Ya.

—Yo me fui a los catorce. A Irlanda también. Eso lo sabes.

—Lo sé. Tu ama te metió en un avión sola y tú no sabías ni decir hola.

—Decía hello.

—Hello no es decir hola, es decir hola si quieres ser camarera.

—Ya.

Aitana se ríe. Yo me río. Qué cabrona.

Un minuto sin hablar. Las dos miramos la ventana del patio interior. Las dos sabemos que llevamos doce años conociéndonos, que dos de esos doce no fueron como los otros diez, y que del resto nos hemos ido cruzando por cafeterías de Cruces y por pasillos de Cruces y por un bautizo en Mungia y un funeral en Sestao. Y que las cosas son como son. Eso lo sabe ella y lo sé yo. Lo decimos sin decirlo, mirando la ventana.

—Bueno —dice—. Subo.

—Sube.

—¿Qué cama llevas tú esta noche?

—La 412.

Levanta la vista.

—Joder. ¿Goirizelaia?

—Goirizelaia.

—Hostias.

—Sí.

—¿Y por qué está aquí?

—Porque cardio está hasta los topes y porque a Larrañaga le ha parecido bien.

Aitana asiente, una sola vez, despacio. Termina el café. Lo aplasta. Lo tira a la papelera, no a la de los plásticos, a la de la basura general. La de los plásticos lleva tres años con la pegatina y tres años nadie la usa.

—Bueno. Si te complica algo de cardio, me llamas.

—No es de cardio.

—Si te complica algo en general, me llamas, joder, eso quería decir.

—Vale.

—Eh.

—Eh.

Se va.

Me quedo con el vaso vacío en la mano. La máquina de café sigue zumbando. La cinta americana de la pata de la silla termina de despegarse del todo. La toco con el zapato. No la pego. La dejo así. La pegará otra.

Pasa Wilson por el pasillo. Lo veo desde la silla. Va con un carro vacío, lo va a dejar al fondo. Levanta la barbilla. Yo levanto la mía.

Vuelve un minuto después, sin carro. Asoma la cabeza por la puerta del office.

—Doctora.

—Wilson.

—¿Pasa Nochevieja aquí?

—Aquí.

—Yo también, doctora.

—Ya.

Nos miramos un segundo. Wilson tiene los ojos de un señor que ha visto tres muertes seguidas en los últimos seis años y no ha llorado en ninguna por motivos que no son los míos, que conozco, y por motivos que no son los míos y que no conozco. Lo registro. Lo dejo donde está.

—¿Necesita algo, doctora?

—No, gracias, Wilson.

—Pues hala.

—Hala.

Se va.

Me termino el café. Me levanto. Tiro el vaso a la papelera de los plásticos, por si alguien la mira. Salgo al pasillo. La planta está tranquila. Itxaso anota algo en el ordenador. Miren sale de la 408 con una cuña tapada con un papel. Iker está en una silla del control con los pies cruzados sobre otra silla. Naia escribe. Lola la R1 sigue leyendo la hoja de los teléfonos.

Voy al despacho de adjuntos. Cierro la puerta. Abro el cajón con la llave del bolsillo. Saco el cuaderno. Lo abro por la página cuatro, donde llevo la lista de hoy.

A las once cuarenta, ronda. A las doce, uvas para los del equipo si hay tiempo. A la una, comprobación del suero de la 412. A las dos, observación. A las tres, ronda. A las cuatro, otra. A las cinco, ya veremos.

Cierro el cuaderno. Lo guardo. Vuelvo al pasillo.

La cuarta planta a las diez y media de la noche está empezando, como siempre, lo que sea que vaya a empezar.

6

Mi hermana en enero

Llegué un viernes de enero a primera hora de la tarde. El autobús de Salamanca me había dejado en San Sebastián a las siete de la mañana. Había dormido cuatro horas en el asiento, mal. De allí había cogido el de Bilbao y luego el de Lekeitio. Llegué a la casa con la espalda hecha cisco y el pelo grasiento. Mi ama me abrió la puerta antes de que sacara la llave.

—Hala. Ya estás aquí.

—Hola, ama.

—Pasa, pasa. Estás cansada.

—Un poco.

—Va. A la ducha.

Me dio un beso. Cogió la mochila. Me empujó hacia el pasillo. Mi ama empujaba a la gente con cariño desde que yo tenía memoria. Le decía a mi hermana, a mí, a mi padre, que pasáramos, que entráramos, que fuéramos al baño, como si los pasillos fueran demasiado largos para llegar uno solo.

La casa olía a bacalao. Ya estaba en la sartén, y eso quería decir que mi ama lo había puesto a las once para que estuviera el pil-pil hecho a las dos. Bacalao al pil-pil los viernes. Eso no había cambiado en mi vida.

Aita estaba en el salón, sentado en su sillón, leyendo el Deia con las gafas en la punta de la nariz. Levantó la vista.

—Hola, hija.

—Hola, aita.

—¿Has comido algo?

—Una bolsa de patatas en San Sebastián.

—Pues come algo.

—Voy a ducharme.

—Bueno. Pero come algo después.

—Vale.

Me duché. El agua salía caliente, fuerte. Tres semanas de duchas de residencia universitaria me habían acostumbrado a que el agua saliera tibia y a presión de fuente romántica. La de mi casa salía de verdad. Estuve veinte minutos.

Cuando salí, oí la puerta de la calle.

—¡Maite!

Mi ama desde la cocina.

—¡Ama!

Mi hermana desde la entrada.

Salí al pasillo en bata, descalza. Maite estaba en la entrada con la mochila al hombro, el abrigo todavía puesto, las botas con barro hasta el empeine. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta, el flequillo despeinado, los ojos rojos del autobús. Estaba más delgada que en Navidad. Eso lo registré.

—Hala. Si está la pequeña.

—La pequeña, sí.

Tiró la mochila al suelo. Se sacó el abrigo y lo dejó tirado encima de la mochila. Mi ama, que llevaba dos décadas pidiéndole que colgara las cosas, no dijo nada. Llevaba dos décadas no diciéndolo. Yo la había imitado siempre que había podido.

—¿Tú cuándo has llegado?

—A la una.

—¿Y aita?

—Leyendo.

—Como siempre.

—Como siempre.

Vino a darme un beso. Olía a tabaco y a champú barato y a un perfume que no era el suyo de siempre. Eso también lo registré pero no le dije nada.

—¿Bacalao?

—Bacalao.

—Bien.

Comimos a las tres. Aita en su sitio de la cabecera, mi ama enfrente, Maite y yo a los lados. Mi ama había puesto la mesa con el mantel bueno, el de los viernes. Aita sacó del aparador una botella de Faustino V que llevaba ahí desde Reyes. Sirvió cuatro copas, una para cada uno. Mi ama se bebió la suya en dos tragos. Aita se rió.

—Pilar, tranquila.

—Pues sí, tranquila. Llevo desde las once con el bacalao. Tengo derecho.

—Tienes derecho.

Maite y yo nos miramos. La misma mirada de siempre. Mi ama bebía dos veces al año el vino bueno: en la cena del 24 y los viernes que veníamos las dos.

El bacalao estaba para morirse. Mi ama lo hacía mejor que nadie. Lo hacía como su ama se lo había enseñado, y la ama de su ama se lo había enseñado a ella, y así hacia atrás hasta una cocina con suelo de tierra batida en algún caserío de Markina. La salsa amarilla, brillante, espesa. El bacalao deshaciéndose. El pan de la panadería de la esquina para mojar.

—Aita —dijo Maite mientras mojaba pan—, ¿te acuerdas del Iturri?

—¿Del de la moto?

—De ese.

—Sí. ¿Qué?

—Que se ha casado.

—Hala. ¿Con quién?

—Con la hija de los Etxeberria.

—Hala.

—La pequeña.

—La pequeña, ¿la pelirroja?

—La pelirroja.

—Hala, mira tú.

Mi ama negó con la cabeza, como si la noticia le pareciera una decisión cuestionable, aunque a ella el Iturri y la pelirroja le importaban lo justo. Mi ama negaba con la cabeza con muchas cosas. Era una manera de participar.

—¿Y vosotras qué tal? —dijo aita.

—Yo bien —dijo Maite—. Mucho lío. Pero bien.

—¿Sigues en pediatría?

—Hasta marzo. Luego paso a internas.

—¿Y duermes algo?

—Algo.

—Pues a ver.

—Aita. Hago lo que puedo.

—Ya. Pues a ver.

Mi ama me miró a mí.

—¿Y tú?

—Yo bien. Aprobé todo en septiembre.

—Hala. ¿Todo?

—Todo.

—Hala.

Maite levantó la copa.

—A esta no se le pide que apruebe. A esta se le pide que se lo curra y luego sale lo que sale.

—Calla, hostias —dije yo.

—Es por el chico aquel —siguió Maite—. El que se llamaba…

—No empieces.

—¿Cómo se llamaba?

—No empieces.

—Aritz.

—Maite.

—Aritz el del instituto. El que te llevaba en el coche de su padre y aquella vez el coche se quedó en una cuneta de Berriatua porque Aritz no sabía conducir y vinieron los aitas con el faro a buscaros.

Mi ama se rió. No lo había contado yo. Lo había contado Maite cuando pasó, en la cena de Reyes de aquel año, y desde entonces lo contaba cada vez que podía.

—Nos vino a buscar el aita de Aritz, que era el que sabía dónde estábamos.

—Vino aita también.

—Vino aita también, ya.

Aita asintió, satisfecho. Aita siempre disfrutaba de la vez que había salido a buscar a su hija menor a una cuneta de Berriatua. Era uno de sus relatos. Maite se lo había regalado en cuneta para toda la vida.

—Pero apruebo —dije yo, picada.

—Apruebas, sí —dijo Maite—. Apruebas y te vas con el siguiente Aritz. Y luego apruebas otra vez.

—Vete a la mierda.

—Maite, Elena.

—Perdón, ama.

—Perdón, ama.

Mi ama señaló los platos.

—Pan.

Las dos cogimos pan. Mojamos las dos.

Maite empezó a contarle a aita un caso. Una niña. Una niña de cinco años que había entrado por urgencias el martes pasado con una infección importante y a la que le había tocado a Maite quedarse de guardia. La niña tenía miedo de la vía. Tenía a la madre llorando al lado, lo cual no ayudaba. Maite le había contado un cuento de un perro que se llamaba Patxi mientras la R3 le canalizaba. La niña se había quedado muy quieta. Luego, cuando la R3 le había pinchado, la niña le había mirado a Maite fijamente, como si solo Maite existiera, y Maite le había seguido contando lo del perro Patxi como si nada. La niña no había llorado. La niña tenía cinco años. La niña se había puesto bien al día siguiente.

Mientras Maite contaba, la voz se le iba poniendo más despacio. Al final, cuando la niña se ponía bien, a Maite se le humedecieron los ojos. No lloró. Pero los ojos los tenía húmedos. Mi ama miraba el plato de Maite con la cara de no ofrecerle ya más bacalao porque no era el momento.

—Bueno —dijo aita—. Vais a ser buenas médicas las dos.

—A ver —dijo Maite, recuperándose.

—Yo estoy en segundo, aita —dije yo.

—Tú irás. Yo lo veo.

—Calla, aita.

—Calla tú.

Mi ama levantó los platos. Le ayudé yo. Maite se quedó en la mesa mirando la copa. Aita se levantó, se puso la chaqueta, se fue al bar de la plaza a tomar el café porque siempre se iba al bar de la plaza a tomar el café los viernes, y porque mi ama le había dicho hace treinta años que en su cocina el café ya lo hacía ella sola, gracias.

Mi ama y yo recogimos en silencio. Mi ama lavaba a mano. Yo secaba.

—Tu hermana está rara —me dijo bajito, mirando la espuma.

—Está cansada.

—Está delgada.

—Está cansada, ama.

—Vale, vale.

Maite asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—¿Salimos al balcón?

—Salimos.

Cogí mi paquete de Lucky de la chaqueta. Maite cogió el suyo de Marlboro Light. Mi ama no nos miró cuando pasamos por la cocina con los cigarros en la mano. Hacía cinco años que sabía que fumábamos las dos. Hacía cinco años que pretendía no saberlo.

El balcón era el balcón de siempre. Tres por uno y medio. Hortensias en macetas que mi ama había sacado dentro por el frío. Una silla de plástico blanca con una pata coja. Una mesa de hierro pintada de verde que la lluvia había despintado por arriba. Y la vista. La bahía de Lekeitio con la isla de San Nicolás enfrente, las luces del puerto encendiéndose una a una, los pesqueros descansando del trabajo de la semana, el pueblo bajando hasta el mar como un mantel mal puesto.

Maite encendió. Yo encendí. Las dos echamos el humo hacia la bahía a la vez, sin querer, y nos reímos.

—Joder qué frío.

—Joder qué frío.

—Ponme el codo.

Le pasé el codo. Apoyó el suyo sobre el mío. Las dos contra la barandilla, los hombros tocándose por el abrigo.

Estuvimos un rato sin hablar. Por debajo subía el ruido de los pesqueros y el de un perro que ladraba en una calle del pueblo. Una luz roja parpadeaba en la punta del muelle. Maite tenía la coleta torcida. Le faltaba un pendiente, no sé cuál de los dos.

—Oye —dijo Maite—. Tú con los chicos, eh.

—¿Yo qué?

—Que vas con cuidado.

—Voy con cuidado.

—No vas.

—Voy.

—No vas. Yo te conozco.

—Voy, Maite. Joder.

—Vale.

—Si me lo dices con esa cara no voy a contestarte.

—Ya. Es la cara.

—Es la cara.

—Es que tienes diecinueve años.

—Tengo diecinueve años, sí.

—Y a los diecinueve una se cree inmortal.

—Tengo dieciocho meses para no creerlo.

—No los vas a aprovechar.

—Maite.

—No te enfades, hostias. Te lo digo porque te quiero.

—Ya.

Apagó el cigarro contra el cenicero metálico que mi ama dejaba para nosotras sin decir nunca que era para nosotras. Encendió otro. Encendió mucho más rápido el segundo de lo que hubiera tenido que encenderlo. Eso lo registré también, en su momento, sin darle importancia. Le iba a dar importancia más tarde, mucho más tarde, con menos información de la que tenía aquella noche y con menos derecho a ninguna conclusión.

—¿Tienes hambre?

—No.

—Pues luego, queso. Mi ama ha traído del Idiazabal del de Markina.

—Vale.

—Y yo, pan.

—Tú siempre, pan.

—Yo siempre, pan.

Nos quedamos otro rato sin hablar.

Maite me dijo otra cosa más, en algún momento de aquel rato sin hablar. Algo que no recuerdo bien. Algo de un chico de Bilbao, o de un compañero del MIR, o de no sé qué. La voz se le había puesto otra vez más despacio. Yo la escuché distraída, mirando el pueblo, pensando en una cosa de Salamanca que tampoco recuerdo. Maite me dijo lo que quiso decirme y yo no lo cogí. No sé si era importante. Probablemente no. Probablemente tampoco.

A las nueve, Maite se metió. Yo me quedé. Las luces del puerto ya estaban todas encendidas. La isla de San Nicolás era una sombra negra dentro de una sombra azul oscuro. Hacía un viento que no era de mar, era de monte, y bajaba frío. Me terminé el cigarro. Encendí otro. Lo fumé entero mirando la bahía.

Cuando me metí, mi ama estaba viendo la tele. Maite, en el sofá, con la cabeza en el regazo de mi ama, dormida. Mi ama le pasaba la mano por el pelo, despacio, como cuando éramos pequeñas. No me miró cuando entré. Mi ama tenía la cara de quien sabía algo y no quería que nadie se lo notara. Me senté al lado. Me apoyé en el otro brazo del sofá. Vi un programa que no me acuerdo, con mi ama acariciándole el pelo a mi hermana, y mi hermana respirando despacio, y la casa a mi alrededor, y aita todavía abajo en el bar de la plaza terminando el café.

Eso fue todo. No pasó nada más. Fue un viernes de enero.

7

La capilla a las once

A las once me bajo a por un café del hall.

El de la planta sigue saliendo aguado, y a esta hora ya he tomado tres y prefiero el de la cafetería del hall, que cierra a las diez y media pero deja la máquina enchufada hasta las dos por si acaso. No me apetece ver a nadie. Bajo por la escalera. La escalera huele a desinfectante y a que alguien ha fumado por la rendija de la puerta de la segunda. Wilson, probablemente. Wilson y todos los celadores de Cruces fuman ahí desde mil novecientos noventa y pico.

La planta baja a las once de la noche del 31 de diciembre está vacía como solo las plantas bajas saben estarlo en Nochevieja. Las luces fluorescentes encendidas de cualquier manera. La recepción cerrada con un cartel que dice URGENCIAS POR LA OTRA PUERTA. El expositor de las revistas, vacío. Una limpiadora que no es Maritxu, esta no la conozco, está pasando una mopa por el suelo del pasillo central con la cara de quien ha hecho mil cuadrantes y va a hacer mil más. Levanto la mano. Levanta la mano. Sigue.

La capilla está a la izquierda del hall, entre la cafetería y la sala de espera grande. Es una habitación normal con una puerta de madera y una placa que pone CAPILLA en castellano y KAPERA debajo en euskera. La puerta está entreabierta. Eso quiere decir que hay alguien dentro.

No tendría que entrar. Voy a pasar de largo.

Paso de largo. Llego a la cafetería. La máquina está encendida. Saco el monedero. Echo la moneda. Pulso. Café solo. La máquina zumba. Sale. Lo cojo. Está caliente.

Vuelvo hacia los ascensores. Paso otra vez delante de la puerta de la capilla. Esta vez paro.

La empujo.

Sor Maite está sentada en el primer banco, sola. De espaldas a la puerta. Lleva el hábito gris y el chaquetón doblado al lado y el gorro de los del Decathlon encima del chaquetón. Está rezando, supongo. O no está rezando. Está sentada. Las dos cosas se parecen en Sor Maite.

Oye la puerta. Se vuelve.

—Elena.

—Sor.

—Pasa, pasa.

Paso. Cierro la puerta despacio. La capilla huele a flores secas y a una vela eléctrica que está al fondo, parpadeando como si dudara. El crucifijo es pequeño, de madera oscura. La virgen, una talla mediocre, pintada de azul y de blanco. Hay seis bancos. Yo me siento en el tercero. Sor Maite no me dice que me acerque. Lo registro y lo agradezco.

—¿Qué haces aquí abajo, hija?

—He bajado a por café. El de planta no se puede beber.

—¿Y de paso te has metido aquí?

—De paso me he metido aquí.

—Bien.

Bebe agua de una botellita pequeña que tiene al lado. Le tiembla un poco la mano cuando la coge. No el temblor que tiene la mía. Otro. Más de mujer mayor. Cincuenta y dos años no son tantos pero llevan algo encima.

—¿Y la mermelada? ¿Le ha gustado a aita?

—Esta mañana se la he dejado en la mesilla. No la ha probado todavía. La probará Loreto por él, supongo.

—Loreto es santa.

—Loreto es santa.

—Yo le hago dos tarros más en febrero. La de naranja amarga. Y le mando uno también a ti.

—Vale.

—¿Cómo lo viste?

—Como ayer. Como hace dos meses. Igual.

—Ya.

—Yo fui a verle el martes —dice—. Estaba dormido.

—Loreto me lo dijo.

—Loreto me dice las cosas también a mí. Es una manera de tenernos a las dos atadas, supongo.

—A las dos atadas, sí.

—Dos cabezas. Bueno, una sola cabeza partida en dos. Es lo que hay para él.

—Es lo que hay.

Se queda mirando al frente. Yo bebo el café. Está caliente, de verdad caliente, y eso me lo apunto como pequeña victoria de la noche. La virgen del frente es realmente fea. Quien la haya pintado le quería poco.

—¿Y Garazi?

—En Madrid.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta el martes.

—Hala. Es tarde.

—Sí.

—¿Hablas con ella?

—Sí.

—¿Mucho?

—Lo normal.

—Lo normal.

—Sor.

—Te pregunto, hija.

—Ya.

Se ríe sin sonido, una sola sacudida del hombro. Sor Maite se ríe así desde que la conozco. No le sale la risa entera nunca, le sale el primer movimiento de la risa y ahí lo deja, como si se sintiera algo culpable de tener gracia.

—No te enfades.

—No me enfado.

—Que es Nochevieja. Pregunta una.

—Vale.

Bebe otra vez de la botella. La cierra. La deja al lado.

—Hace mucho frío esta noche, ¿eh?

—Mucho.

—Han dicho que va a nevar.

—Eso han dicho.

—En Markina ya está cayendo.

—¿Ah sí?

—Me ha llamado mi hermana hace un rato. Dice que ya está blanco.

—Pues entonces baja para aquí.

—Para aquí baja, sí. A las dos o tres de la madrugada lo tienes en Bilbao.

—Pues qué bien.

—Pues qué bien.

Nos quedamos calladas. La vela eléctrica del fondo sigue parpadeando. Por la rendija de la puerta llega el sonido lejano de la

mopa de la limpiadora y, debajo, el zumbido de un ventilador del techo del hall que lleva ahí veinte años.

—¿Tú cómo estás, hija?

—Aquí.

—Aquí, ya. Te pregunto por dentro.

—Por dentro, aquí.

—Vale.

—Es Nochevieja. Estoy de guardia. ¿Cómo voy a estar?

—Ya. Te pregunto.

—Lo sé.

Levanto los ojos al crucifijo. No tengo nada contra él. Tampoco nada a favor. La cabeza me pesa un poco en este banco. Llevo desde las ocho. Llevo desde marzo, también, y eso no se lo voy a decir a Sor Maite.

—¿Te tomas algo de antes? —dice.

—¿Antes de qué?

—Antes de subir.

—No. ¿Por?

—Por nada. Por preguntar. Si quieres una pastilla yo tengo paracetamol en el bolso.

—Estoy bien.

—Vale.

Pasa un minuto. Yo termino el café. El vaso de plástico se me queda en la mano. La virgen sigue siendo fea.

—Bueno —digo.

—Bueno.

—Yo subo.

—Sube.

Me levanto. Cojo el vaso. Doy dos pasos hacia la puerta. Sor Maite también se levanta, con cuidado, apoyándose en el respaldo del

primer banco. Camina hasta donde estoy. Yo estoy ya con la mano en el pomo.

—Hija.

—Sor.

Y entonces alarga la mano. La derecha. Con la idea de tocarme la mejilla, o el brazo, o algo. Es un gesto pequeño, lento, de tía mayor en bautizo.

Yo me echo hacia atrás un milímetro.

Lo justo para que la mano no llegue. Lo justo para que ella lo note y yo no lo note del todo. Lo justo para que se quede colgado el gesto en el aire, dos segundos, y luego baje.

Sor Maite no se ofende. Sor Maite no parpadea. Sor Maite baja la mano, la mete en el bolsillo del hábito, asiente una vez con la cabeza, y me sonríe.

—Hala. Sube.

—Hala.

—Cuídate, hija.

—Tú también.

Salgo. Cierro la puerta. Me quedo un segundo en el pasillo del hall con el vaso vacío en la mano y la mano izquierda temblando otra vez. Le doy un golpe a la mano izquierda con la otra, suave. Se calma.

Tiro el vaso a la papelera. Voy hacia el ascensor.

En el ascensor, sola, me miro en el espejo. No me reconozco mucho, pero más o menos. Llego a la cuarta. Salgo.

Itxaso está en el control con Lola la R1 explicándole algo del programa de informes. Iker está en una silla con el móvil. Naia escribe. Wilson sale de la 408 con un carrito.

—¿Buen café? —pregunta Itxaso.

—Caliente.

—Hala. Eso es ya algo.

—Eso es ya algo, sí.

—Te ha llamado el de la 412 hace cinco minutos. Ya le he subido yo. Quería agua.

—¿Solo agua?

—Solo agua. Y saber qué hora es.

—¿Le has dicho la hora?

—Le he dicho la hora.

—Pues ya está.

—Pues ya está.

Voy al despacho. Cierro la puerta. Me siento. Apoyo la frente en la mesa, dos minutos. La mesa está fría. Después me incorporo. Salgo. Hago la ronda de las once y cuarto.

8

La última frase entera de aita

Una mañana de mayo de dos mil dieciocho. Garazi conducía. Yo iba en el asiento de al lado con un termo de café en las rodillas y una bolsa con dos camisas planchadas para aita y un tarro de mermelada de Sor Maite. Era sábado. Habíamos salido de Algorta a las nueve.

—Pon la radio si quieres —dijo Garazi.

—No.

—Vale.

No la pusimos. Garazi conducía bien, sin prisa, sin frenadas. La carretera de Lekeitio, los túneles, la curva grande pasada Markina. Yo miraba por la ventana. Garazi no preguntaba. Garazi nunca preguntaba en el coche cuando íbamos a Lekeitio. Sabía que el coche no era el momento.

Llegamos a casa de aita a las diez y media.

La casa olía a café recién hecho y a algo de cocina que no tocaba: lentejas a las diez y media, no tocaba, y a la vez tocaba porque aita comía a las once treinta porque si comía más tarde se le pasaba el hambre. Inma, la auxiliar, salió a abrirnos en zapatillas de andar por casa. Inma tenía treinta y un años y una hija pequeña en Bermeo que le tenía la madre los sábados. Llevaba con aita ocho meses.

—Doctora, hola. Hola, Garazi.

—Hola, Inma.

—Pasad. Está sentado.

Pasamos. Aita estaba en el sillón orejero del salón, el mismo que más tarde iba a viajar con él a Sopelana, vestido con el pantalón gris y una camisa azul y el chaleco de punto que Pilar le había hecho en mil novecientos noventa y algo. La camisa estaba bien planchada. Aita siempre había tenido las camisas bien planchadas.

—Aita.

Levantó la cabeza. Un poco más despacio que la última vez. Eso lo registré. Lo registraba siempre.

—Hola, hija.

—¿Cómo estás?

—Aquí.

—¿Has desayunado?

—Café con leche.

—¿Y tostadas?

—Una.

—Bien.

Garazi se acercó. Aita la miró. No la reconocía siempre, en aquella época. Algunos días sí. Algunos días no.

—Hola, aita —dijo ella.

—Hola, hija.

Le decía hija. Garazi sonrió a un lado. Las dos sabíamos que a Garazi también le decía hija desde dos mil quince, cuando empezó a olvidarse de cómo se llamaba ella, y desde entonces nos había convertido a las dos en hijas, lo cual a Garazi le hacía gracia y a mí también, las primeras veces.

—Yo me voy con Inma a la cocina, ¿vale?

—Vale.

Salió. Las dos se metieron en la cocina. Yo me senté en la silla de enfrente del sillón, la silla baja con el cojín de tela que Pilar había bordado el verano de no me acuerdo cuál. Crucé las piernas. Apoyé

el termo en el suelo. Saqué del bolso el tarro de mermelada, lo dejé en la mesilla.

—Sor Maite te ha mandado mermelada.

—Hala.

—De naranja amarga.

—Bien.

Asintió. Miró el tarro. Miró la mesilla. Miró otra vez al frente.

Estuvimos callados un rato. Por la cocina se oía a Garazi y a Inma hablando, no se distinguía qué decían. Algo de las lentejas, supongo. Algo del tiempo. Algo de la hija de Inma. Inma hablaba de su hija con todo el mundo y Garazi era buena oyente.

Aita movió la mano izquierda en el regazo, despacio, como si la moviera para comprobar que todavía se movía. Lo registré. Lo dejé estar.

—Aita.

—Sí.

—¿Quieres que te ponga un poco de la mermelada en una galleta?

—No.

—Vale.

—Luego.

—Luego.

—Pon agua.

Le serví agua de la jarra que Inma había dejado en la mesilla. Bebió un sorbo. Le sequé una gota que se le había quedado en la barbilla con una servilleta de papel. Aita me dejó. No siempre dejaba.

—Aita. He traído camisas.

—Bien.

—Las dejo en el armario.

—Bien.

No me levanté a dejarlas. Las dejaría al salir. Me quedé sentada delante de él. Aita miraba al frente, hacia el balcón. El balcón tenía

las puertas cerradas porque hacía viento. Las hortensias estaban allí, todavía vivas, aunque más feas que cuando las cuidaba ama. La de la izquierda se estaba secando por arriba. La del medio aguantaba.

Pasaron uno o dos minutos sin que ninguno dijera nada. Yo bebí un sorbo del termo. Estaba todavía caliente. Me supo bien.

Aita se volvió hacia mí.

Me miró.

Me miró un segundo entero y largo, con los ojos enteros y largos, sin la niebla que tenía a veces. Me reconoció. Eso lo registré también.

—Hija.

—Sí, aita.

—¿Y la otra?

Me quedé con el termo en la mano. El termo seguía calentando. La cocina seguía sonando.

—Aita, ya sabes.

Me miró.

Asintió. Asintió una vez, despacio, una sola vez. Se volvió otra vez hacia el balcón. Apoyó la cabeza en el respaldo.

No volvió a hablar más en toda la visita.

Estuve con él hora y media. Le di la mermelada en una galleta María. La masticó con cuidado. Le limpié los dedos con la servilleta. Le subí la temperatura del jersey, apretándole el cuello del chaleco. Le aparté el flequillo de la frente. Aita se quedó dormido a las doce menos cuarto, con la boca un poco abierta y la mano izquierda otra vez quieta.

Inma entró sin hacer ruido.

—Se ha quedado —dijo.

—Sí.

—Bien que ha dormido esta noche, eh.

—¿Sí?

—Once horas tirado. Le he tenido que despertar yo. Si lo dejo, sigue.

—Hala.

—Pues sí.

Se quedó a su lado. Yo me levanté. Cogí las dos camisas, fui al cuarto, las metí en el armario, en su balda. La balda olía a la lavanda que ama metía dentro y que Inma seguía metiendo, no sé si porque le había dicho yo o porque a Inma la lavanda también le gustaba.

Volví al salón. Garazi estaba en la puerta de la cocina con el abrigo otra vez puesto.

—¿Vamos?

—Vamos.

—Inma, hasta la próxima.

—Cuidaos, eh.

—Tú también.

Le di un beso a aita en la frente. No se despertó.

Salimos. La calle olía a mar y a lluvia próxima. El coche estaba aparcado dos portales más arriba. Garazi abrió, me dejó entrar, dio la vuelta, entró ella, arrancó.

—¿Qué tal le has visto?

—Igual.

—¿Igual?

—Igual, Garazi.

—Vale.

Salimos de Lekeitio. Pasamos por delante del cementerio. Pasamos por la rotonda de Mendexa. Pasamos por la curva grande, esa que pasa cerca de Ispaster, y luego ya por Markina.

Lloré desde la curva grande hasta los túneles de Berriatua. Veinte minutos exactos, igual veintidós. No fue un llanto bueno, no fue un llanto feo. Fue lo que es llorar en un coche de mañana, sin ruido, con la cara mirando por la ventana, con un kleenex viejo del bolso. Me lo limpié dos veces. Me sequé. Volví a llorar. Me sequé otra vez.

Garazi no me miró. Garazi no preguntó. Garazi conducía con las dos manos en el volante. La radio la tenía baja, casi muda, con un programa de fin de semana en el que dos hombres discutían de no sé qué del fútbol como si les fuera la vida. La voz de uno me molestaba. No se la pedí cambiar. La voz seguía. Yo lloraba.

Cuando dejé de llorar, en los túneles, me sequé una última vez y me bebí el resto del termo, que ya estaba tibio. Garazi alargó la mano derecha y me la puso encima de la rodilla, dos segundos, y la volvió a poner en el volante.

—¿Estás?

—Estoy.

—Vale.

No habló más en lo que quedaba de viaje. Yo tampoco.

Llegamos a Algorta a la una. Aparcó delante del portal. Subimos. La casa olía a domingo de mayo aunque era sábado, a lo que huele un piso al que no se ha entrado en cinco horas.

Garazi se metió en la cocina a hacer café. Yo me lavé la cara en el baño, dos veces, con agua fría. Salí. Me senté en la mesa de la cocina.

—¿Qué le tiene, lentejas? —dijo Garazi.

—Lentejas.

—Hala. ¿Y le gustan?

—Le gustan.

—Bien.

Me puso un café delante. Se sirvió ella otro. Se sentó.

—¿Cómo está aita?

—Igual.

—¿Igual?

—Igual.

Asintió una sola vez, como había asentido aita una hora antes mirando al balcón, y bebió el café.

No le dije lo de la pregunta. No supe por qué. O sí.

9

Las dos de la madrugada

Las dos.

La planta lleva una hora sin llamar. Eso es bueno. La 408 respira. La 410 sigue dormida. La 411 ronca como si fuera ya un caballo, lo cual en las EPOC quiere decir que está bien. La 412 — el monitor del control me la pone delante: sinusal, sesenta y dos, bajita la tensión pero sostenida. La 415 también ronca, otra cosa. La 417 ha pedido agua a la una y se ha vuelto a dormir. La 419 no la entro. Sigo con la puerta cerrada y el cartel rojo. Por la rendija no sale luz. Familia entera dormida o no.

Salgo al pasillo. Está tranquilo. Las luces a media potencia, las que hay en la cuarta a partir de la una. Los cabeceros de las habitaciones, apagados o con la luz de noche. Una de las puertas, la 408, entreabierta. Itxaso debe haber pasado.

En el control, Wilson está sentado.

No está haciendo nada. No está mirando el ordenador, no está leyendo, no está con el móvil. Está sentado en la silla del fondo, la que da a la pared, con la espalda recta y las manos en las rodillas. Mirando al suelo. Mirando una baldosa concreta del suelo. La gris. Hay una gris cada cuatro blancas.

Me siento dos sillas a la izquierda. No enfrente. Saco un café que ya está frío de hace media hora. Bebo igual.

—¿Estás bien, Wilson?

—Aquí, doctora.

—Ya.

—Aquí, ya.

—Si quieres echarte un rato, vete al cuarto del fondo. Eso lo hacéis por ahí, ¿no?

—No, doctora.

—Vale.

—Yo aguanto.

—Ya.

Bebe del termo. Es café, no es té. El café de Wilson es siempre café. El termo es de los antiguos, plateado, con el tapón de rosca y dos golpes en un lateral. Lo trae cada noche. Se lo prepara en su casa antes de salir, supongo. Se lo bebe a sorbos, despacio. Le dura toda la guardia.

—¿Y la cría?

Lo digo y solo después de haberlo dicho me acuerdo. Me acuerdo que se lo había preguntado a Wilson una vez, hace tres años, y que Wilson me había contestado, y que yo me había sentido mal por habérselo preguntado, y que después se me había olvidado. Joder.

Wilson no parpadea.

—Está descansando, doctora.

Lo dice como si la cría se acabara de dormir hace cinco minutos en el sofá con la tele puesta.

—Ya.

—Gracias por preguntar.

—Wilson.

—Doctora.

No hay nada más que decir y los dos lo sabemos. Yo lo registro como se registra una cosa que se va a quedar dentro varios días. Wilson termina su sorbo. Cierra el termo. Apoya las manos otra vez en las rodillas.

—Pase usted, doctora.

—¿Eh?

—Pase usted. Que yo me quedo aquí un poco más.

—Vale.

Me levanto. Paso por delante del cuarto de guardia camino del despacho. La puerta está entreabierta. Iker está tumbado en una de las literas, con los zapatos puestos, la boca abierta y un brazo colgando hacia el suelo. Ronca. La R3 estará en el cuarto de la R3, al lado, eso no se mezcla. Lola la R1 no está en ninguno de los dos. Lola la R1, sospecho, está en algún sitio leyendo todavía la hoja de los teléfonos.

Sigo. Despacho. Cierro la puerta. Apoyo la espalda en la puerta dos segundos. La cabeza me pesa. Las muñecas también. La mano izquierda no tiembla pero está rara, como si la hubiera tenido apoyada mucho rato encima de algo. La sacudo, una vez. Se calma.

Me siento. El despacho a las dos de la madrugada huele a desinfectante de hace tres días y al radiador que no se apaga. El radiador zumba. El radiador lleva zumbando desde dos mil dieciocho.

Saco la llave del bolsillo. Abro el cajón. Saco el cuaderno. Lo abro por hoy.

La página tiene dos partes. Arriba, lo que iba escribiendo a mano deprisa los lunes a la salida del despacho cuando se me ocurría algo. Abajo, lo que pasaba a limpio cuando llegaba a casa de noche, con calma, con la letra más cuidada. La página de hoy tiene las dos.

Leo. Cinco líneas en la mitad de arriba, con hora delante. Cuatro en la mitad de abajo, sin hora. Una de ellas tiene un círculo alrededor. Otra tiene una flecha hacia una palabra que está en la página anterior y que no me apetece ir a buscar. Hay un fármaco. Hay un nombre. Hay un grupo sanguíneo. Hay un número de tres cifras.

Lo de las dos lo miro. Lo miro. Lo cierro.

Cierro el cuaderno.

Lo guardo. Cierro el cajón con la llave. Me la meto en el bolsillo del pantalón.

Apoyo la frente en la mesa, dos minutos. La mesa está fría. La mano izquierda me empieza a temblar otra vez. Le doy un golpe a la mesa con la palma derecha, suave, dos veces. Se calma.

Suena la alarma del control.

Salgo al pasillo. Itxaso ya está en pie, mirando el monitor.

—La 415.

—¿Pepita?

—Pepita.

—¿Qué es?

—Saturación. Le ha bajado a ochenta y siete tres segundos, ha vuelto a noventa y cinco.

—Apneas.

—Apneas.

—Voy.

Voy. La 415 está oscura. Pepita duerme en la cama, con la boca un poco abierta y la cara hacia la pared. Le miro la saturación: noventa y siete. Le miro el ritmo: regular. Le miro la cara: dormida. Tiene las manos cruzadas encima de la sábana, como las pone mi ama cuando dormía con dolor. Pepita tiene ochenta y cuatro años y tres hijos y dos nietas. La hija no vino esta noche. La hija no viene los domingos esta vez porque no es domingo, no vino tampoco esta noche que es Nochevieja. Bueno.

Salgo. Cierro despacio.

—Falsa.

—Vale —dice Itxaso—. La marco. Tiene cuatro esta noche.

—¿Cuatro?

—Cuatro apneas. La pongo a saco para no oírla.

—Dale.

—Dado.

—¿Café?

—Acabo de hacer.

—Trae.

Voy al control. Wilson ya no está. Se ve la silla vacía y, encima de la silla, una galleta María envuelta en una servilleta. Wilson, antes de irse, ha dejado una galleta María envuelta en una servilleta encima de la silla. La cojo. Está fría. Me la guardo en el bolsillo.

Me siento. Itxaso me trae el café. Aguado. Lo bebo. La pantalla pequeña del monitor me pone delante a la 412.

Sinusal, sesenta y dos. Tan tranquilo, el cabrón.

Me quedo mirando el trazado. La línea sube, baja, sube, baja, cada espacio del cuadradito un latido, cada cinco cuadraditos un segundo, cada cinco segundos uno grande. Lo aprendí a contar a los veintidós años, en una rotación de cardio en Salamanca. Maite se lo había aprendido a los veintitrés en una rotación de Cruces. Maite lo sabía contar mejor. Maite lo sabía contar todo mejor.

Sinusal, sesenta y dos.

Itxaso, sin levantar la vista del ordenador:

—¿Estás dormida?

—No.

—Pues parece.

—Estoy mirando.

—Vale.

—La mando bien.

—La mandas bien.

Sigo mirando. El trazado no cambia. Sube, baja, sube, baja. La 412 sigue donde la dejé. La 412 va a seguir donde la dejé hasta que la 412 deje de seguir donde la dejé. Eso lo decide la 412.

—Aritzeta.

—¿Sí?

—Te has quedado.

—No me he quedado.

—Vale.

Levanto la vista del monitor. Itxaso me mira a un lado, sin parar de escribir. Tiene una galleta de las suyas, las que trae del pueblo, encima del teclado.

—Coge una.

—Vale.

Cojo. Me la como. Está buenísima.

—Te lo digo siempre.

—Me lo dices siempre.

—Y nunca me haces caso.

—Te hago caso esta noche.

—Tampoco mucho.

—Lo justo.

—Ya.

Termino la galleta. Me termino el café. Saco la galleta María de Wilson del bolsillo. La pongo en la mesa. La miro un rato. La devuelvo al bolsillo, envuelta en su servilleta. Esa galleta no es para comer. Esa galleta es otra cosa.

Me levanto. Hago la siguiente ronda.

10

El entierro de Pilar

Era un viernes de marzo. Llovía como llueve en Lekeitio en marzo: una llovizna fina que mojaba sin que se notara y que en media hora te dejaba el abrigo pegado a la espalda. El cielo era plano, gris, sin variantes. El cementerio estaba en la subida, detrás de la iglesia, con vista al puerto. La vista al puerto a aita le había parecido siempre una buena idea para un cementerio. Pilar nunca había opinado.

Habíamos salido de casa a las once. Aita en el coche con mi tía Enkarni, mi prima Ainhoa y yo. Detrás venía un coche con dos vecinas. Detrás otro con un primo de aita, de Markina. Yo iba en el asiento de atrás con aita. Llevaba tres días sin hablar.

Tres días.

Desde el martes por la noche, cuando salimos del hospital con el papel de los servicios funerarios, aita no había encadenado una frase. Había dicho que sí cuando le habían preguntado si quería un café. Había dicho que no cuando le habían preguntado si quería ducharse. Había dicho gracias en la carnicería el jueves. Pero hablar, lo que es hablar, no había hablado.

En el coche, durante el trayecto desde casa al cementerio, miraba por la ventana. Yo le había puesto la mano encima de la suya. Él no la apartó. No la cerró tampoco. La dejó.

Llegamos. Bajamos.

La gente ya estaba arriba. Veinte, veinticinco personas. Vecinas de toda la vida de mi ama. Una compañera del coro, Karmele, que

había cantado al lado de mi ama treinta años seguidos los domingos a las once en la iglesia de Santa María, y que llevaba un pañuelo de lana negro encima de la cabeza como si todavía estuviéramos en mil novecientos cincuenta. Sus dos hermanas, mis tías, las dos vivas todavía, una mejor que la otra. Mi prima Ainhoa, que era la única hija de mi tía Begoña y que no tenía con quién venir aparte de su madre. Don Patxi, el cura, ya esperando, con la estola sobre el alba y un libro en la mano. Y Sor Maite.

Sor Maite estaba enfrente, al otro lado de la fosa. De hábito. Recién profesa. Llevaba una toca distinta de la que la había visto las dos veces que había bajado a Lekeitio el año anterior, una toca más sobria, más blanca. Se había puesto un abrigo encima del hábito porque hacía frío. Llevaba unas botas que no eran de monja, eran de andar por monte, marrones, gastadas. Eso lo registré.

No se acercó. Levantó la cabeza cuando me vio. Yo levanté la mía. Nos miramos por encima de la caja, que ya estaba sobre las cintas, lista para bajar. Estuvimos un segundo así. Bajó la cabeza ella. Bajé la mía yo.

Don Patxi empezó.

Don Patxi llevaba tres años en Lekeitio y había enterrado a mi ama dos veces antes en otros entierros de la familia, una vez al primo de aita en Berriatua, otra vez a la abuela Bittor en dos mil cuatro. Conocía a Pilar Otaegi Beistegi de hablar con ella en el coro. Pilar había cantado en el coro de la iglesia desde los catorce años. Don Patxi lo dijo. Lo dijo bien. Sin emoción de profesional. Con la cabeza un poco inclinada hacia la fosa.

Recordó tres cosas de Pilar. La voz cantando. El bacalao de los viernes. Los geranios del balcón de Atxurra. No había geranios en el balcón de Atxurra, eran hortensias. Yo no le corregí. Aita tampoco. Aita miraba la caja.

Bajaron la caja con las cintas. Los enterradores eran los mismos dos de siempre, los que habían bajado a la abuela en dos mil cuatro y al primo de Berriatua dos años antes. Hacían su trabajo. Aita echó tierra cuando le tocó echar tierra. Ainhoa echó tierra. Yo eché tierra.

Mi tía Enkarni se rió sin querer cuando se le quedó tierra entre los dedos del guante, una risa pequeña, del nervio. Nadie le dijo nada.

Sor Maite no echó tierra. Se quedó al otro lado, mirando.

Cuando terminamos, la gente empezó a moverse hacia la salida. Karmele, la del coro, me cogió del codo al pasar y me dijo no sé qué de mi ama, que había sido una santa, que la iba a echar mucho de menos en la misa del domingo. Le di las gracias. No me acordé después de qué le había contestado exactamente. Karmele tenía las manos como pajaritos pequeños, dos pajaritos sin peso. Aita se quedó quieto al borde de la fosa. Yo le cogí del brazo. No se movió. Esperé.

Sor Maite cruzó.

Vino por el lado largo, despacio, las botas crujiendo en la grava mojada. No me miró a mí. No miró a la fosa. Vino directa a aita. Le puso una mano en el hombro derecho. Le acercó la cabeza. Le dijo algo al oído. No oí qué.

Aita asintió. Una sola vez. Cerrando los ojos.

Sor Maite quitó la mano. Le dio dos golpecitos en el hombro, dos golpecitos pequeños, con la palma cerrada. Volvió por donde había venido. Pasó por mi lado. Levantó la cabeza, me la inclinó como cuando se saluda a alguien con mucho respeto, y siguió de largo. No me dio el pésame. No me tocó. Se fue.

Aita se quedó quieto otro minuto. Después, de su propia cuenta, dio un paso atrás. Después otro. Después se volvió. Empezamos a salir.

—Aita —dije bajito, ya en el camino, ya casi en la puerta del cementerio—. ¿Qué te ha dicho la prima?

Aita siguió andando dos pasos. No me miró. Después, sin parar:

—Que rece por nosotras.

—¿Por quiénes?

No contestó. Llegamos al coche. Le abrí la puerta. Entró. Cerré.

La tía Enkarni se sentó delante. Ainhoa se sentó atrás conmigo y aita. Arrancamos. El coche bajó por la cuesta del cementerio,

despacio, con cuidado, hasta el puerto.

Esa frase me la guardé. No la entendí. La metí en algún sitio, al lado de otras cosas que tampoco había entendido nunca y que llevaba cinco años no entendiendo, y la dejé ahí.

En casa, las vecinas habían preparado comida. Sopa, tortilla de patata, pan, queso, vino blanco. Comimos en la mesa del salón porque la mesa de la cocina no nos cabía. La gente comía y hablaba en voz baja, como se come y se habla en estas comidas, de cosas que no son la difunta porque ya se ha hablado de la difunta lo suficiente y porque ahora hay que estar.

Aita no comió. Aita se quedó sentado en el sillón, con un plato delante en una mesita pequeña, con la sopa enfriándose. Nadie le insistió. Yo le acerqué un trozo de pan. Lo cogió. No lo mojó. Se quedó con el pan en la mano, mirando la sopa, hasta que mi tía Enkarni le retiró el plato y le sustituyó la sopa por un café.

Sor Maite no había venido a casa. Se había vuelto al convento en el coche que la había traído, supongo. O al monasterio, no sé cuál de los dos por aquel entonces. Yo no había preguntado.

Una vecina que no recuerdo cuál era me dio un Tupperware con croquetas. Otra me dijo que si necesitaba cualquier cosa, lo que fuera, llamara, que ella estaba abajo. Otra se fue sin decir nada, solo apretándome el brazo dos segundos al pasar. Esas tres mujeres yo las había visto crecer y las había visto envejecer y no me sabía sus nombres. Mi ama sí. Mi ama sabía los nombres y las edades de los hijos y los aniversarios y los días que hacían bacalao y los días que no.

A las cinco se fueron los vecinos. A las seis se fueron mis tías. A las siete Ainhoa se fue también, después de fregar lo último. A las ocho éramos aita y yo en el salón. La calle ya estaba oscura. La lluvia seguía.

Aita se quedó en el sillón, dormido o no, con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados.

Yo cogí del aparador la foto de mi ama. La de boda no. La otra. La de antes. La de los veintidós años de mi ama, la que llevaba siempre

al fondo del aparador detrás del juego de copas, la que ella misma no quería ver. Una foto de mil novecientos setenta y dos. Pilar Otaegi sentada en una silla de madera en el caserío del aitite, con un vestido azul cielo y los ojos casi negros y el pelo recogido y una sonrisa de las que mi ama no había vuelto a poner después.

La saqué del aparador. La llevé al sofá. La puse encima de mis rodillas. Me senté.

Estuve un rato mirándola. La cara, las manos, la silla. Pilar Otaegi. Veintidós años. Sin saber nada todavía de nada. Sin saber que iba a tener una hija que se le iba a morir a los veinticuatro. Sin saber que iba a tener otra hija que iba a sobrevivir a la primera. Sin saber que se iba a morir un martes de marzo de dos mil nueve a los cincuenta y nueve años con un cáncer que no le había avisado bien. Sin saber nada.

Me la quedé mirando. La mirada de Pilar Otaegi a los veintidós años no era una mirada de saber.

Aita se removió en el sillón. No abrió los ojos.

Yo me apoyé en el brazo del sofá, con la foto encima de las rodillas, y se me cerraron los ojos sin querer. Lo último que recuerdo es el ruido de la lluvia en la ventana del balcón, las hortensias secas dentro porque hacía frío, y aita respirando despacio en el sillón, todavía sin haber hablado.

Me dormí.

11

El piercing

Las tres y diez.

He hecho la ronda de las dos y cuarto, todo bien. La 412 sigue donde la dejé. La 415 con sus apneas, las marca el monitor, se las callamos. La 408 respira mal pero respira. La 419 sigue cerrada. La 410 ronca, la 411 también. La 417 ha pedido un caldo y le hemos dicho que mañana, que ahora a dormir.

Estoy en el office. Me he hecho un café aguado, lo de siempre. Me he sentado en la misma silla, la del rincón, la de la cinta americana de la pata que sigue despegada porque Itxaso tampoco la pega. Itxaso pega cosas. La cinta no.

A las tres y diez, el office a oscuras suena así: la nevera vibrando bajo, la máquina de café zumbando alto, el fluorescente del techo con una nota fina como de mosquito, los pasos de alguien dos plantas más abajo y, debajo de todo, esa especie de pulso que tienen los hospitales por dentro y que no termina de saberse de dónde viene. Llevo catorce años trabajando en este, y el pulso lo he oído cinco mil noches. Sigo sin saber.

Itxaso entra a las tres y once.

—Aitana baja a por café.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho ella. Acaba de salir de quirófano.

—¿Qué tenía?

—Un señor con una hemorragia digestiva que se ha puesto fea sobre las dos. Han endoscopiado, han parado, han pasado a UCI.

—¿Quién ha hecho la endoscopia?

—El de digestivo de guardia. El nuevo, el que tiene cara de niño.

—Salido bien.

—Salido bien.

—El de cara de niño es buen endoscopista, ¿eh?

—Eso me ha dicho Aitana. Que mejor que el otro.

—Pues ya está.

—Pues ya está.

Itxaso pone agua a calentar, saca dos infusiones, deja una en la mesa.

—Esta es para ti si la quieres. Manzanilla, te calmará.

—Estoy calmada, Itxaso.

—Ya. Te la dejo igual.

—Vale.

Sale. La puerta se queda quieta dos segundos, sin terminar de cerrar, y después se cierra sola, igual que se cerrará dentro de un rato cuando Aitana también se vaya.

Me quedo sola con el agua hirviendo en la jarra. Apoyo la cabeza en la pared del fondo. La pared está fría. Cierro los ojos diez segundos. Los abro. Doce segundos. Los cierro otra vez. La planta sigue sin llamar.

Cuando ya no me apetece tener los ojos cerrados, me sirvo la manzanilla en otro vaso porque el del café aguado todavía está medio lleno y me da rabia tirarlo. Me bebo medio vaso de manzanilla. Está más buena que el café. No le digo nada a nadie.

A las tres y trece aparece Aitana.

Lleva el pijama verde de quirófano otra vez, otra mañana del mismo pijama, las zapatillas de quirófano, el gorro de tela en la mano, el pelo recogido en un moño bajo otra vez pero más bajo. Tiene una

mancha de algo en la pernera derecha. Algo marrón. Café o sangre, no le pregunto, el código de quirófano en pantalón verde es siempre algo marrón.

—Aritzeta.

—Solá.

—Otra vez.

—Otra vez.

—Me cago en quirófano y en quien lo inventó.

—Bienvenida al club.

Va a la máquina. Pulsa. Sale. Lo coge. Se sienta enfrente. Estira las piernas debajo de la mesa, las dobla, las vuelve a estirar. Aitana en una silla nunca se queda quieta más de cuarenta segundos. Eso lo sé desde dos mil dieciocho. Tiene las manos un poco rojas en los nudillos, no es nuevo, lleva cinco años así, desde la pandemia y los geles, y nunca se ha puesto crema. Lo dejo donde está, como se dejan estas cosas.

—Joder, qué planta tan tranquila.

—Tranquila lo has dicho rápido.

—¿Pasa algo?

—Goirizelaia sigue estable. Pepita se desatura cuatro veces por hora pero es ella. La 408 respira mal.

—Pero nada nuevo.

—Nada nuevo.

—Pues tranquila.

—Pues tranquila, sí.

Bebe.

—¿Y la endoscopia? —digo.

—Sí. Bien. Lo que pasa es que llevo doce horas y todavía me quedan ocho y al señor lo van a tener que volver a endoscopiar a las seis y a mí me vuelven a llamar.

—Pues vente arriba a hacerme compañía hasta entonces.

—Me venía. Si no fuera porque entre medias me toca la cesárea de la 32 de mañana.

—Hostias.

—Sí.

—¿Cuándo tienes prevista la cesárea?

—Pues a saber. La de la 32 lleva dilatando desde las once.

—Pobre.

—Pobre, sí.

—¿Primípara?

—Primípara. Y treinta y nueve años. Y aterrada.

—Pues fenomenal.

—Fenomenal.

Bebe otra vez. Mira el café. Hace una mueca.

—¿Esto sigue saliendo aguachirle?

—Sigue.

—Ya.

Pausa. Le doy un sorbo a la manzanilla. Aitana no me lo comenta. Aitana sabe que cuando algo me sabe mal me cambio. Le he visto la mirada caer un segundo en mi vaso y volver al suyo, sin observación. Bien.

—Oye —dice Aitana—, te tengo que contar una cosa.

—Dime.

—Iratxe.

—¿Qué le pasa?

—Me ha dicho hoy que se quiere hacer un piercing.

—¿Dónde?

—En el ombligo.

—Hostia.

—Ya.

—¿Y tú?

—Yo le he dicho que ni de coña.

—Vale.

—Pero su padre, su padre le ha dicho que se lo paga. Que en cuanto cumpla los trece, en abril, le paga el piercing.

—Hostias.

—Eso es lo que le ha dicho. Le ha dicho: cumples trece, te lo pago.

—¿Y tú?

—Yo. Yo no sé. La cría está con que sí. Su padre con que sí. Yo voy a ser la única que diga que no.

—Pues di que no.

—Es que digo que no y se va a hacer igual. La diferencia es que se hará yo enfadada o sin yo enfadada. Y enfadada es peor para todos.

—Aitana.

—¿Qué?

—Es un piercing. Si quiere ponérselo, que se lo ponga. Se lo quitará a los catorce.

—¿Tú crees?

—Yo creo.

—Yo no estoy tan segura.

—Pues entonces que se lo ponga y que se aguante con él. La cría tiene que aprender a vivir con sus decisiones.

—La cría tiene doce años y medio, Aritzeta.

—Tiene doce años y medio.

—Joder.

—Joder.

Bebe.

—¿Dónde se lo va a hacer?

—En un sitio que conoce ella, del Casco Viejo, que dice que va su amiga Maddi.

—Maddi se lo ha hecho ya, ¿no?

—Maddi sí. Y Naia, la otra del cole. Pero la tercera del grupo no.

—¿Y la tercera por qué no?

—Porque la madre es médica y no la deja.

—Hostias.

—Eso le he dicho yo a Iratxe. Que la madre médica es la que no la deja.

—¿Y qué te ha contestado?

—Que la madre de la otra no es médica. Es ginecóloga. Que es distinto.

—Hala.

—Hala, sí.

—Pues está bien la cría.

—Está bien la cría, sí.

—Tú a su edad, ¿qué hacías? —dice.

—¿Yo? Ir y volver de Lekeitio en bici.

—¿Y nada más?

—Y enamorarme de una tal Maialen del instituto que no me daba ni la hora.

—¿Maialen?

—Maialen. Tenía una trenza así de larga.

—Hala. Eso no me lo habías contado.

—Pues no.

—¿La ves todavía?

—La vi en el pueblo en agosto. Está casada con un farmacéutico de Ondarroa.

—Hostias.

—Ya.

Aitana se ríe. Una risa pequeña, hacia adentro. Más larga que la de antes.

—La cría querrá saber quién era Maialen en cuanto se lo cuentes.

—No se lo voy a contar.

—Pues mejor.

Pausa otra vez. Itxaso pasa por la puerta del office, ve que estamos las dos, hace que no nos ha visto, sigue. Las dos lo registramos. Ninguna de las dos lo dice.

Aitana mira el café. Le da una vuelta con el dedo dentro, lo cual es asqueroso pero es Aitana. Aitana metía el dedo en el café desde dos mil dieciocho.

—Oye —dice—. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—El lavavajillas se me sigue pirando.

—¿El qué?

—El lavavajillas. El lavavajillas.

—¿Te gotea?

—Gotea desde febrero.

—¿Febrero?

—Febrero.

—¿Y por qué no llamas al de Bosch?

—Porque cuando llamo al de Bosch me dicen que es de garantía pero que la garantía expiró en enero. Y entonces me dicen que pague una visita de noventa euros para que lo miren y luego una pieza de cien y luego otra visita de noventa para ponerla.

—Total, doscientos ochenta euros.

—Doscientos ochenta euros.

—Pues paga doscientos ochenta euros, joder.

—No, gracias.

—¿Y qué haces?

—Pues una toalla debajo. Y la cambio cada dos días.

—Aitana.

—¿Qué?

—Eso no es una solución.

—Es la solución que tengo.

—¿De dónde gotea?

—De la junta de abajo.

—¿Cuánto te gotea, un vaso al día? ¿Un litro?

—Un vaso si lo uso. Más si pongo dos.

—Iratxe se va a resbalar y se va a partir el piercing recién puesto.

—Ojalá.

—Aitana, joder.

—Que sí, que sí. Ya sé que tengo que llamar.

—Llama a un técnico de barrio. Hay uno bueno en Algorta, en la calle Sarrikobaso. Yo te paso el teléfono.

—Vale.

—Te lo paso ahora.

—Pásamelo ahora.

Saco el móvil. Le mando el contacto. Lo recibe. Asiente.

—Gracias.

—Llámale el lunes.

—El lunes le llamo.

—Yo me ducho con esa toalla en la cabeza si la veo otra vez.

—Que sí, Aritzeta. Hostia.

—Hostia tú.

Las dos nos quedamos sin hablar un minuto. Bebo manzanilla. Aitana bebe café. La planta sigue sin llamar.

—Oye —digo yo ahora.

—Dime.

—La última vez que te vi así, sentada, fue en lo de Garbiñe.

—¿Lo de Garbiñe?

—La boda.

—Hostia. La boda.

—Sí.

—Hace cinco años.

—Hace cinco. Yo creo que hace cinco. Otoño de dos mil veinte.

—Otoño de dos mil veinte. Sí.

—La rara.

—La rara.

Aitana se ríe. Más larga esta vez.

—Joder qué rara fue. Entre la mascarilla, el hidrogel, las dos sentadas en la mesa de los solteros con dos tipos de Madrid.

—El uno se llamaba Borja.

—El uno se llamaba Borja. El otro Ignacio.

—El otro Ignacio. Te lo pidió Borja por debajo de la mesa.

—Borja me cogió la mano por debajo de la mesa, sí. Le dije que estaba con alguien. Se lo creyó.

—Estabas conmigo.

—Estaba contigo.

—Pero no.

—Pero no. Hacía siete meses que ya no.

—Ya.

—Y tú llevabas el vestido azul.

—El azul, sí.

—El que te habías comprado en Bilbao en febrero.

—Lo había comprado en febrero.

—Te lo pusiste a propósito.

—Me lo puse a propósito.

—Lo sé.

—Que se te jodieran las narices.

—Mis narices se jodieron.

—Bien jodidas.

—Bien.

Bebe. La pernera del pijama verde tiene la mancha marrón en la rodilla que sigue ahí. Sigue ahí desde quirófano. Bien.

—Garbiñe está bien, ¿no? —digo.

—Garbiñe está bien. La vi en septiembre. Sigue con el de Madrid.

—Hala. Aguanta lo suyo.

—Aguanta lo suyo.

—¿Iratxe la conoció?

—La conoció en la propia boda. Garbiñe la presentó como tía suya.

—Vamos.

—Iratxe tenía siete años y medio. Llevaba un vestido de tirantes y estaba comiendo aceitunas con los dedos en la mesa de al lado. Eso me acuerdo bien.

—Yo me acuerdo de las aceitunas también.

—¿Sí?

—Sí. Le dijiste que cogiera con palillo.

—Le dije que cogiera con palillo. La cría se rió en mi cara.

—Hala.

—Hala.

Pausa. Las dos nos quedamos mirando el café cada una.

—Garazi sigue, decías —dice.

—Sigue.

—Hala.

—¿Y tú? ¿Sigues con nadie?

—No.

—Vale.

—Bueno. Una cita aquí. Otra allá. Nada serio.

—Ya.

—Ya.

Pausa.

—Aritzeta —dice.

—Dime.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Lo digo de verdad.

—Y yo lo digo de verdad.

—No. Tú lo dices porque estamos en el office del hospital a las tres de la mañana. Yo te lo pregunto porque te conozco.

—Estoy bien, Aitana. Estoy de guardia. Es Nochevieja. Llevo a un señor.

—Ya.

—Eso es todo.

—Vale.

Me mira. Me mira un segundo más de la cuenta. Yo le sostengo la mirada. Soy buena sosteniendo miradas. Llevo años practicando. Le sostengo la mirada un segundo entero. Después aparto los ojos hacia el café aguado, por darle algo.

Aitana asiente. Una sola vez. Despacio. Como si ese asentimiento le costara más que el del primer trago.

—Te he visto rara antes, en las diez —dice, ya sin presionar, como cerrando un capítulo que sabe que no va a abrir—. Cuando te he dicho lo de la 412.

—Ah, ¿sí?

—Ya tú sabrás.

—Yo sabré.

—Vale.

Termina su café. Se levanta.

—Subo.

—Sube.

—Iratxe el piercing al final, ¿qué crees?

—Que se lo pone y que en agosto ya no lo lleva.

—Eso me ha gustado más que tu primera respuesta.

—Pues quédate con esa.

—Me quedo.

Se acerca a la papelera. Tira el vaso. La de los plásticos sigue ahí, sigue con la pegatina, sigue sin usar. Aitana tira el suyo a la otra. Tradición.

Va hacia la puerta.

—Eh.

Me vuelvo.

—¿Qué?

—Si necesitas algo, me llamas, ¿eh?

—Vale.

—Lo que sea.

—Ya.

—Lo que sea, Aritzeta. No me vengas luego con que no te lo dije.

—Ya.

Sale. La puerta del office se queda quieta un segundo, sin terminar de cerrar, y después se cierra sola.

Me quedo con el vaso en la mano. La manzanilla ya está fría. La cinta americana de la pata sigue donde estaba. Itxaso me ha dejado un pósit encima de la mesa: 412 sigue. Un dibujo de una cara sonriente al lado.

Cojo el pósit. Lo doblo. Me lo guardo en el bolsillo, junto con la galleta de Wilson y la llave del cajón. El bolsillo grande de la bata empieza a tener cosas suficientes para construir algo.

Por debajo de la puerta llega el ruido de los zuecos de Aitana subiendo por la escalera. No espera el ascensor cuando puede. No lo ha esperado nunca. Subió siete pisos en el viaje a Lisboa de dos mil

diecinueve, en aquel hotel de Alfama, porque dijo que le aterraba meterse en una caja con una desconocida. La desconocida era yo.

Los zuecos suben. El ruido cambia de planta y se aleja. Cuando ya no se oyen, me termino la manzanilla, vacío el vaso del café aguado en el fregadero, lo aplasto, lo tiro a la papelera de los plásticos por si alguien la mira luego, y salgo.

Voy al control. Hago la siguiente ronda.

12

Madrid

A las tres y cuarenta me suena el móvil.

Estoy en el despacho. Acabo de bajar del control después de dejar la ronda terminada y de pasar por la 412 a comprobar el suero, que sigue donde tiene que estar. Me he sentado en la silla de la mesa. Iba a abrir el cajón del cuaderno, pero no he sacado la llave. Me había quedado un segundo mirando el cajón cuando ha sonado el móvil.

Lo cojo. Garazi.

Respiro una vez. Descuelgo.

—Hola.

—Hola.

—Feliz año.

—Feliz año, Elena.

Tiene la voz cansada. La voz de la una de la mañana de quien lleva en hoteles desde hace cinco días, que es distinta a la voz de la una de la mañana de quien lleva en su casa. La voz de hotel está más despertada por fuera y más cerrada en sí misma por dentro. La conozco.

—¿Qué tal la cena? —digo.

—Bien.

—¿Solo bien?

—Bien. Estaba el de la galería, los de la fundación, una mujer de Sevilla que iba a darnos una nota más alta y al final no nos la ha dado, y un chico que no sabía qué hacía allí. Cinco horas de cena. He cenado de pie y de sentada, las dos cosas, con dos copas de un blanco que no era ni blanco ni nada, y con un menú que ahora si me preguntas no sé decirte.

—Pero bien.

—Bien.

—¿Has comido algo?

—He comido algo. La sopa tenía gracia. El segundo no, había cordero. Sabes que el cordero a mí.

—Sí.

—Bueno. Lo justo.

—Lo justo.

Por su lado se oye un coche pasar por una calle, y luego un silencio. Está en la habitación. La ventana abierta o entornada. El hotel será uno cerca de la Castellana, no me lo había dicho cuál. Se oye otro coche, despacio. Se oye también, más cerca, lo que parece la voz de alguien hablando en otra habitación detrás de un tabique fino. Una risa de mujer. La voz de un hombre. Otra vez la risa.

—Hay un matrimonio al lado —dice—, lleva una hora dándole.

—¿Bien o mal?

—Bien. Por eso me molesta más.

—Hala.

—Ya.

Otra pausa.

—¿Y tú? —dice.

—Aquí.

—¿Mucha movida?

—Lo normal de Nochevieja.

—Vale.

—Estoy bien.

—Vale.

No me pregunta más. No le cuento más. Eso es nuevo, lo de no preguntar. O no es nuevo. Pero esta noche se nota.

—¿Y mañana? —digo.

—Mañana, taller a las once. Comida con la directora. Por la tarde tengo libre. Dije que igual me iba a ver una exposición. Pero igual no.

—Igual no.

—No.

—¿Vas a dormir un poco?

—Lo voy a intentar. He pedido al chico de recepción que no me despierte hasta las nueve y media. Dijo que vale. No le creo.

—Suelen despertar.

—Suelen despertar.

—Garazi.

—Dime.

—Concierto, ¿qué fuiste a ver?

Se queda un segundo.

—¿Eso te lo había dicho?

—Me lo dijiste el martes pasado. Que ibas a un concierto el día treinta.

—Ah. Sí. Fui.

—¿Y?

—Y bien. La de Suecia que me había dicho que tenía que ver. La sala era pequeña. Me mandó la entrada el de la fundación.

—¿Te gustó?

—Me gustó. Me gustó más de lo que esperaba. Por momentos me quedaba callada, ¿sabes? Como cuando algo te calla.

—Sí.

—Pues eso.

Se queda otra vez en silencio. Yo también. Por su lado se oye una sirena lejana, una de policía, dos tonos de los antiguos. Por el mío se oye el zumbido del radiador del despacho y, más lejos, una alarma de constantes que ha sonado y ha vuelto a callar en un pasillo que no es el mío. La planta lo asume y lo deja pasar.

—Elena.

—Sí.

—Cuando vuelvas el martes hablamos.

—Vale.

—¿Vale?

—Vale, Garazi.

—Bien.

—¿De qué?

—De cosas. Hablamos.

—Vale.

No le pregunto más. Si le pregunto más, va a tener que contestarme algo concreto, y si me contesta algo concreto, las dos sabemos que va a quedarme grabado y que se lo voy a sacar el martes con esa frase grabada por delante. Si no le pregunto más, se queda como queda. Garazi también lo sabe. Lo lleva sabiendo dieciséis años.

—¿Estás ya acostada? —digo.

—Sí. La cama es enorme. La cama de hotel. Tengo seis almohadas.

—¿Seis?

—Seis. He puesto cuatro a un lado. En las otras dos estoy yo.

—Como en casa.

—Como en casa, sí. Pero más almohadas.

Sonrío, con la cara para nadie. La luz del despacho zumba sobre mi cabeza, una luz fría.

—Te dejo dormir —digo.

—Vale.

—Vale.

—Aritzeta.

—Sí.

—Cuídate esta noche.

—Cuídate tú.

—Te quiero.

—Y yo.

—Hala.

—Hala.

Cuelga ella. Yo me quedo medio segundo con la pantalla encendida en la mano, mirando la foto del chat. La foto del chat es una de Pasaia, de hace tres años, con un cielo gris. La sacó ella. Me la mandó por Whatsapp. Yo la puse de portada y nunca la cambié.

Bloqueo la pantalla. La pantalla se apaga.

Me quedo con el móvil boca arriba al lado de la llave del cajón, al lado del bolígrafo Bic que escribe siempre con el segundo intento. Pongo la mano encima del móvil un segundo. La retiro. La mano la dejo encima del cajón. El cajón sigue cerrado.

La planta sigue sin llamar.

Cuando pasen seis horas y yo esté en otra parte de Bilbao, sin guardia, sin uniforme, en mi cocina, Garazi seguirá en su hotel de Madrid, dormida o levantada o ya en la ducha, y entre nosotras va a haber estado el martes hablando una frase de seis palabras. Hasta entonces, no.

Salgo. Voy al control. Hago la siguiente ronda.

13

Larrañaga

A las cuatro en punto, suena el ascensor del personal en la planta y se abre.

Estoy en el control. Itxaso me había dicho hace un rato que iba a pasar por todas las habitaciones a comprobar los goteros antes de las cuatro y media. Lo está haciendo. Iker sigue dormido en el cuarto de guardia. Naia escribe. Lola la R1 está en la 408 con un saturímetro mirando a la señora respirar como si nunca hubiera mirado a alguien respirar.

Yo estoy en la silla del control con la barbilla apoyada en la mano. Llevo así dos minutos. La planta no llama. La 412 sigue.

Suena el ascensor. Levanto la cabeza.

Sale Larrañaga.

Un sábado de Año Nuevo a las cuatro de la mañana, en una planta de Medicina Interna del Hospital Universitario Cruces, no debería salir Larrañaga del ascensor. Pero sale.

Va con un abrigo gris largo, una bufanda azul oscuro, traje debajo del abrigo, corbata roja. La corbata se le ve un poco torcida, eso quiere decir que la tarde no le ha cuadrado del todo, pero no demasiado torcida, eso quiere decir que tiene quien le va detrás aflojándosela y diciéndole cómo está. Zapatos de los de saber leer una factura. Reloj que pesa.

Levanto la cabeza un poco más cuando lo veo. Le miro. Él ya me está mirando a mí.

—Aritzeta.

—Larrañaga.

—¿Cómo va la cosa?

—La cosa va. ¿Cómo se ha enterado de que estoy yo de guardia?

—Me ha llamado un amigo.

—Ya.

Larrañaga huele a colonia de sus padres. La habrá heredado, junto con la corbata roja, el reloj, los zapatos y la idea de que aparecer a las cuatro de la mañana en un hospital donde no estás de guardia es una manera correcta de demostrar nada.

—Quería pasar a saludar a don Iñaki —dice—. ¿Está despierto?

—No lo sé. Hace media hora estaba sinusal y dormido. Ahora puede que sí.

—¿Está estable?

—Está estable.

—¿Ha pasado algo desde que entró?

—Nada. FA controlada. Tensión sostenida. No ha pedido nada.

—Bien.

—¿Quiere que entre con usted?

—Si no le molesta.

—No me molesta.

Me levanto. Salgo del control. Vamos por el pasillo. Larrañaga va a mi izquierda, dos pasos atrás, como si yo fuera la propietaria de la planta y él un visitante. Lo es. Lo soy. Esta noche sí.

—¿Y Edurne? ¿Le tocaba a ella esta tarde?

—Le tocaba a ella, sí. Se fue a las ocho.

—Ya. Pues tú llevas a don Iñaki.

—Lo llevo yo.

—Bien.

—Bien.

Llegamos a la 412. Toco con los nudillos en la puerta. Tres golpes flojos. Espero un segundo. Empujo.

La 412 está con la luz baja, la del cabecero encendida. Goirizelaia está incorporado en la cama, con el respaldo subido a treinta grados, el cuello del pijama abierto, una taza pequeña de plástico blanco entre las manos. Begoña está sentada en la silla de la ventana, otra vez con los dos abrigos doblados encima del respaldo, otra vez el bolso a sus pies, un libro cerrado sobre el regazo y un termo grande, plateado, de los buenos, encima de la mesilla. La habitación huele a caldo. Caldo de pollo casero. El olor tiene aliño y verdura.

Goirizelaia ve a Larrañaga. Sonríe. Es la primera sonrisa entera que le veo a este señor desde que ingresó.

—Ander.

—Iñaki.

—Vienes tú. A las cuatro.

—Vengo yo. A las cuatro.

—Hostia.

—Hostia.

—Pasa, pasa, ¿qué tal?

—Bien. Vine a verte.

—No tendrías que haber venido.

—Tenía que venir.

—Bego, mira quién ha venido.

—Buenas, doctor —dice Begoña, sin levantarse del todo, levantando una mano y volviéndola a poner sobre el libro—. Buenas noches.

—Buenas noches, Bego. ¿Cómo estás?

—Aquí.

—Ya.

Larrañaga se acerca a la cama. Le coge la mano a Goirizelaia con las dos suyas, la suelta, le toca el hombro derecho dos veces, retira la

mano. El gesto del hombro lo aprenden los hombres de su clase a los catorce años en algún sitio. Yo me he quedado en pie cerca de la puerta, con los brazos cruzados, sin meterme.

—Iñaki, te veo bien.

—Pues tú me ves bien y a mí me dicen que tengo una arritmia.

—La arritmia te la quitan en dos días los del tres.

—Eso me han dicho.

—Y la doctora —Larrañaga gira media cara sin mirarme del todo—, la doctora Aritzeta es de las buenas.

—Eso ya me lo había imaginado.

—La tienes en buenas manos.

—Sí, sí. Si yo encantado.

Begoña, en su silla, sigue con el libro cerrado sobre el regazo. No mira a ninguno de los dos. Mira el termo.

—¿Cómo está la familia? —dice Goirizelaia.

—Bien. La grande, ya sabes, en Boston. La pequeña, en Madrid. La de en medio se ha comprado piso en Bilbao por fin, en Indautxu.

—Hala. La de en medio. ¿Cuántos años tiene ya?

—Veintiocho.

—Joder. Veintiocho. Si la otra noche estaba haciendo el bachillerato.

—Si, eh.

—¿Y la grande sigue en lo de la consultora?

—Sigue. Le han ascendido en septiembre.

—Hala. Eso es imán de ascensos esa hija.

—Algo así.

—¿Y a la pequeña le va bien Madrid?

—Le va. Lo que pasa es que se queja del piso, que es pequeño, y de la jefa, que es peor.

—Las jefas siempre son peor.

—Las jefas siempre.

Aquí los dos se quedan un segundo callados, satisfechos. Yo sigo cerca de la puerta. Begoña sigue con su termo. Goirizelaia toma un sorbo del caldo, despacio. La taza le tiembla un poco al volver a la mesilla. Begoña alarga el brazo y se la coloca mejor. Lo hace sin mirarle.

—Iñaki —dice Larrañaga—. ¿Y lo de Galdakao?

—Lo de Galdakao está en pausa.

—¿Cómo en pausa?

—El ayuntamiento. Ya sabes.

—Joder.

—Que sí. La concejala esa de la oposición. Que me ha pedido tres informes nuevos, los tres que no tocaba pedir. Y que el alcalde no se moja.

—Los del alcalde no se mojan nunca.

—No se mojan nunca.

—¿La concejala no es la pequeña de los Goikoetxea?

—La pequeña de los Goikoetxea, sí.

—Joder.

—Pues sí. Ya ves la sangre.

—La sangre es la sangre, Iñaki.

—La sangre es la sangre.

—Pero el proyecto está bien.

—El proyecto está cojonudo. Veintiocho viviendas, dos plazas de garaje cada una, locales abajo. Si lo dejaran me lo ahorraba yo el invierno.

—Lo van a dejar.

—Ojalá lo dejen.

—Lo van a dejar, Iñaki.

—Bueno.

Larrañaga le da otra palmada en el hombro. Suelta una risa pequeña, masculina, de las que solo entienden los dos. Goirizelaia le

responde con otra del mismo tipo. La habitación, durante quince segundos, deja de ser una habitación de hospital. Es un balcón. Es un palco. Es un sitio donde dos hombres con corbata se ríen de cosas sin temer que les escuche nadie. Yo escucho. Begoña también. Las dos lo dejamos pasar.

Llevo doce minutos viéndolos hablar y no he existido para ninguno de los dos.

—Bueno —dice Larrañaga—. No te entretengo. A descansar.

—Bien. Tú te vas a casa.

—Me voy a casa. Los chicos esperan.

—Los chicos esperan, ya. ¿Cuántos tienes ahora en casa?

—Dos. La pequeña ha venido por Año Nuevo.

—Hala.

—Pues hala.

—Bego, ¿estás cómoda en la silla? ¿Quieres que te suban un sillón?

—Estoy bien, doctor, gracias.

—Si quieres un sillón, le digo a la chica del control y le suben un sillón.

—Estoy bien, gracias.

—Vale.

Goirizelaia mira a Begoña. La mira un segundo más de la cuenta, exactamente del modo que llevo registrando esta noche cómo lo hace la gente, y le dice, con voz un poco más baja:

—No te aburras, mujer. Que pronto nos vamos a casa.

—Ya, Iñaki.

Lo dice como si llevara cuarenta y un años respondiéndole esa frase. Una sola sílaba. Yo. Ya. Eso es matrimonio, también.

Larrañaga se vuelve hacia mí.

—Doctora.

—Doctor.

—Salimos.

—Salimos.

Le abro la puerta. Pasa. Yo paso detrás. Cierro despacio.

En el pasillo, fuera del campo de oído de la habitación, Larrañaga se para. Se ajusta la bufanda. Me mira por primera vez de frente.

—Aritzeta.

—Sí.

—Cuídamelo bien.

—Le voy a cuidar como cuido a todos, doctor.

—Ya. Pero cuídamelo bien.

—Vale.

—No te lo agradezco yo, te lo agradecerá toda la junta.

—Ya.

—La junta de patronato. Tú me entiendes.

—Le entiendo, Larrañaga.

—Vale.

—Vale.

Me da una palmada en el hombro. La misma que le ha dado a Goirizelaia. La misma palmada que le habrán dado a él en algún sitio cuando tenía dieciséis y todavía estaba aprendiendo. Me la da a mí porque no sabe darla de otra manera. Yo la registro. La dejo donde está. Mañana la mancha del jersey ya no estará pero la palmada sí.

—Buena noche.

—Buena noche.

Llama al ascensor. Espera. Yo no espero. Yo voy hacia el control. Antes de doblar, le oigo entrar en el ascensor. Las puertas se cierran detrás de él. La planta vuelve a ser mía.

Llego al control. Itxaso ha vuelto.

—¿Quién era?

—Larrañaga.

—¿A las cuatro?

—A las cuatro.

—Hostias.

—Hostias.

—Bonita la corbata.

—Bonita la corbata.

—¿Qué quería?

—Saludar a don Iñaki.

—Hala.

—Ya.

—¿Lo conoces de antes?

—Lo conozco de antes.

—Vale.

—Vale.

Voy al despacho. Cierro la puerta. Saco la llave del bolsillo. Abro el cajón. Saco el cuaderno. Lo abro por la página de hoy.

Cojo el bolígrafo. El Bic azul, el del segundo intento, escribe a la primera. Pongo una entrada nueva en la mitad de abajo, en la letra cuidada, debajo de la última.

Escribo dos palabras. Le pongo una hora delante. Dejo dos centímetros de espacio en blanco después.

Cierro el cuaderno. Lo guardo. Cierro el cajón. Llave al bolsillo.

Apoyo la espalda en el respaldo y cierro los ojos diez segundos. La mano izquierda, esta vez, no me tiembla. Pequeña victoria de los últimos diez minutos.

Salgo. Vuelvo al control.

—¿Vas a volver a entrar a la 412? —pregunta Itxaso.

—Voy a volver. A las cuatro y cuarto.

—Vale.

—Si la mujer pide algo antes, me llamas. Si Goirizelaia se pone feo, me llamas. Si Larrañaga vuelve a aparecer, me dices que estoy

ocupada.

—Vale.

Itxaso vuelve a su informe. Yo me quedo en el control, mirando el monitor de la 412.

Sinusal, sesenta y cuatro. Tan tranquilo, el cabrón.

14

La jeringa de cinco

Las cuatro y dieciocho.

Larrañaga se ha ido hace tres minutos. Itxaso ha vuelto a su informe. Yo estoy en la silla del control con el monitor de la 412 enfrente. Sinusal, sesenta y dos. La 412 sigue.

Suena el ascensor del personal en el otro extremo de la planta. La puerta se abre. Salen unos zuecos. No son los de Larrañaga. Estos pesan distinto y van más rápido.

Aitana.

Lleva el pijama verde otra vez, otro de los pijamas verdes, las zapatillas de quirófano, el pelo recogido en el moño bajo, una mancha nueva en la pernera izquierda, café probablemente esta vez. Trae una bandeja pequeña entre las manos con tres jeringas vacías y un blister vacío de algo. Camina como si fuera a un sitio concreto y al mismo tiempo no fuera a ningún sitio concreto. Aitana caminando es siempre así.

—Aritzeta.

—Solá.

—Te robo cinco minutos.

—Róbame.

Va a la mesa del office, que está pegada al control con una puerta abierta entre los dos espacios. Deja la bandeja. Coge el termo de

café común y se sirve. Lo prueba. Pone la cara que pone Aitana cuando algo está aguado.

—Es del de las dos.

—Ya lo sé. Lo voy a tirar igual.

—Vale.

Lo tira. Vuelve a hacer otro café. Espera. La máquina zumba.

—¿Qué tal Goirizelaia?

—Sigue.

—¿La sat?

—Noventa y cuatro.

—Vale.

—¿Cómo está tu señor?

—Mi señor sigue sangrando, pero menos. Lo van a tener que volver a endoscopiar a las seis.

—Lo decías antes.

—Lo decía antes. Lo sigo diciendo.

—Vale.

Aitana se sienta en la silla de al lado de Itxaso. Itxaso levanta la cabeza, le sonríe medio, sigue. Aitana bebe el café nuevo, despacio. Tiene los nudillos un poco rojos otra vez. La derecha, sobre todo. La izquierda no tanto. La izquierda la lleva caída encima del muslo, abierta. Quieta del todo.

Esa quietud la conozco. Aitana cuando está concentrada en una cosa pone la izquierda quieta antes que las otras partes del cuerpo. Lo hacía ya en dos mil dieciocho.

—Oye —dice.

—Dime.

—¿Tenéis aquí jeringas de cinco?

—Tenemos.

—Las nuestras de quirófano se han acabado y la del almacén no me las van a subir hasta las cinco.

—Itxaso, ¿le das tres jeringas de cinco a Aitana?

—Le doy.

Itxaso se levanta. Va al carro. Saca tres jeringas de cinco mililitros, todavía con el envoltorio. Las trae. Se las pone en la bandeja a Aitana, encima del blister vacío.

—Cuatro, mejor.

—Cuatro, vale.

Itxaso vuelve. Saca una más. La añade.

—Gracias, hija.

—De nada.

Itxaso se sienta otra vez. Aitana mira las cuatro jeringas en la bandeja. Las recoloca. Las pone con la punta hacia el mismo lado, las cuatro, alineadas. Lo hace sin pensarlo. Aitana ordenando jeringas en una bandeja antes de meterlas en el bolsillo es un gesto que llevo años viendo.

—¿Para qué las quieres?

—Para mi señor. Por si vuelvo a quirófano.

—Ya.

—Y por si me pides una a ti antes.

Aquí Aitana levanta la cabeza. Me mira. Una sola vez. Me mira un segundo más de la cuenta. No dice nada. Yo tampoco.

Miro el monitor. La 412 sigue. Sesenta y dos.

—No te voy a pedir una jeringa, Aitana.

—Vale.

—Mi señor está sinusal.

—Tu señor está sinusal.

—Y va a seguir.

—Y va a seguir.

—Vale.

—Vale.

Aitana coge la bandeja. Se levanta. Se queda un segundo en pie con la bandeja contra el cuerpo, mirando hacia la 412 desde el control. La 412 está al fondo del pasillo, con la puerta entornada y la luz baja. Begoña debe estar dentro. Goirizelaia, dormido.

—¿Quieres que entre yo a verle un momento?

—¿A Goirizelaia?

—Sí. De pasada. Le miro la vía.

—La vía está bien. Itxaso la cogió hace dos horas.

—Ya. La miro yo igual. Cinco segundos.

Lo dice así. Sin presionar. Sin guiño. Como si se le acabara de ocurrir, lo cual es mentira, lo cual las dos sabemos.

—No, Aitana.

—Vale.

—Si necesito anestesia, la pido.

—Si la necesitas, la pides.

—La voy a pedir.

—Vale.

Aitana asiente. Una sola vez. Igual que la última vez en el office, hace una hora, cuando le dije que estaba bien y ella supo que no le estaba diciendo todo. Esto es lo mismo. Esto es lo mismo otra vez.

—Entonces subo.

—Sube.

—Aritzeta.

—Dime.

—Si me llamas, contesto a la primera.

—Vale.

—La primera.

—La primera.

—Hala.

—Hala.

Va al ascensor. Yo no me levanto. Itxaso, tampoco. La puerta del ascensor se abre, se cierra. Aitana baja a quirófano otra vez con cuatro jeringas de cinco y un blister vacío en la bandeja.

Itxaso no me mira. Sigue escribiendo.

—¿Sabes lo que te digo? —dice, sin dejar de escribir.

—¿Qué?

—Que esa mujer te quiere, Aritzeta.

—Itxaso.

—Que sí. Que te quiere desde hace siete años. Que llevas siete años fingiendo que no sabes y ella otros siete fingiendo que se le ha pasado. Y las dos lo lleváis bien, hasta que noches como esta.

—Itxaso, joder.

—Que sí. Que ya lo sé. Que no me meto. Pero te lo digo.

—Vale.

—Vale.

Sigue escribiendo.

Yo me quedo mirando el monitor de la 412. Sinusal, sesenta y dos. Tan tranquilo, el cabrón.

La cuarta planta a las cuatro y veinticuatro de la madrugada del primero de enero del dos mil veintiséis sigue. La 408 respira. La 410 ronca. La 411 también. La 415 con sus apneas. La 419 cerrada. La 412 sigue.

Saco el cuaderno azul del bolsillo grande de la bata. Lo recoloco. No lo abro.

Sigue.

14

Brain on Fire

Era un viernes de finales de febrero. La luz que entraba por la ventana del cuarto, una ventana que daba al aparcamiento de Galdakao, era una luz que no se parecía a ninguna luz del año. Llevaba veintiocho días viéndola. La conocía mejor que mi cara.

Me desperté a las siete y media. La auxiliar entró con el desayuno: café con leche aguado, dos tostadas, mantequilla en monodosis, mermelada en monodosis, un yogur. Lo de siempre. Comí tres bocados de la primera tostada. Bebí el café. Dejé lo demás. La auxiliar volvió a los veinte minutos, recogió, no me dijo nada.

A las ocho me duché. Me duché yo sola por primera vez desde el día siete. Garazi me había duchado, una auxiliar me había duchado, otra auxiliar me había duchado, y los últimos tres días había habido una conversación en la que se me preguntaba si quería intentar yo, y los últimos tres días yo había dicho mañana, y al final ese viernes mañana era ese día.

El agua salía caliente. La presión, la justa. Me lavé el pelo dos veces. Me sequé yo, despacio. Me puse una camiseta y unos pantalones de chándal que Garazi había traído de casa. Los pantalones me caían. Lo registré.

Volví al cuarto. Me senté en la silla, no en la cama.

La cama de hospital, vista desde la silla, parece otra cosa. No parece la cama donde estuviste mal. Parece una cama cualquiera, con sábanas blancas, con un respaldo eléctrico que no entiendes ya por

qué tiene tantos botones, con el botón rojo de llamada colgando del lateral. Estuve mirándola un rato.

A las nueve apareció Garazi.

Llevaba un abrigo gris que conocía y unas bambas blancas que también, y un bolso pequeño con dos plátanos asomando. Cerró la puerta detrás de sí, despacio, como si yo todavía estuviera durmiendo. Vio que estaba en la silla, vestida, lavada.

—Hala.

—Hala.

Me dio un beso en la frente. Se apartó. Me miró un segundo. No comentó.

—¿Has comido?

—Tres mordiscos.

—Te he traído fruta.

—Vale.

Se sentó en la otra silla, la de las visitas. Sacó del bolso un kiwi pelado dentro de un Tupperware pequeño, un tenedor, una servilleta de papel doblada en cuatro.

—Come.

—Ahora.

—Ahora no, ahora.

—Vale.

Comí. El kiwi estaba en su punto. Me supo bien, lo cual era nuevo. Llevaba diez días sin que nada me supiera bien. Lo registré también. Llevaba cuatro semanas registrando cosas como una doctora registra cosas en un paciente que es ella.

A las nueve y media entró la neuróloga.

Llevaba una bata abierta encima de un jersey gris y una falda azul oscuro. Tenía un cuaderno en la mano y un bolígrafo asomando del bolsillo izquierdo. Se llamaba Itziar. Llevaba cuarenta y dos años en

el oficio. Hacía tres semanas que era la persona del mundo que más sabía de mí.

—Buenos días.

—Buenos días, doctora.

—¿Cómo se encuentra hoy, Aritzeta?

—Bien.

—Bien. ¿Y la mano izquierda?

—Tembló esta mañana cuando me lavaba los dientes. Ya no.

—Lo había pensado.

Se sentó al borde de la cama. Yo seguí en la silla. Garazi se quedó en la otra, callada, con el Tupperware vacío en el regazo y el tenedor encima.

—Le voy a explicar varias cosas. ¿Quiere que las apunte yo o quiere apuntar usted?

—Apunte usted, por favor.

—Vale.

Sacó el bolígrafo. Abrió el cuaderno. Empezó a hablar despacio, como había hablado siempre conmigo, sin prisa, sin compasión profesional, sin esa cosa de algunos médicos que hablan al paciente como si fuera tonto pero suave.

—Su diagnóstico final, ya se lo había dicho, es encefalitis autoinmune por anticuerpos anti-receptor NMDA. Es un cuadro infrecuente y bien descrito desde dos mil siete. Se ha tratado con corticoides a dosis altas, inmunoglobulinas y rituximab. Ha respondido bien.

—Bien.

—La fase aguda se ha resuelto. Le quedan secuelas. Algunas se irán en semanas, otras en meses, alguna puede quedarse de fondo durante años. No le voy a poder decir hoy cuáles.

—Vale.

—Lo más probable que veamos en los próximos seis meses: fatiga. Mucha fatiga. Como de gripe larga. La cabeza pesará. Las muñecas pesarán. Eso desaparecerá hacia el verano, en su mayor parte.

—Vale.

El segundo día del ingreso no podía levantar la cabeza de la almohada para mirar a Garazi. Garazi estaba a la izquierda y yo no podía. Eso lo recordaba.

—Episodios disociativos breves. Estará haciendo algo, una conversación, una tarea, y a los pocos segundos no recordará haberla empezado. No son episodios largos. Son lapsos. Aparecerán bajo estrés.

—Vale.

Una mañana del ingreso me había levantado al baño y al volver a la cama no había recordado habérselo levantado. La auxiliar me lo había dicho. Yo le había dicho que sí, que claro, gracias.

—Alteraciones de memoria autobiográfica. Sobre todo de eventos antiguos. Le pueden volver recuerdos en bloque, o por capas, o con una claridad nueva. A veces le pueden parecer vistos en lugar de vividos. La memoria autobiográfica suele estabilizarse en seis meses.

—Vale.

Una noche, día catorce o quince, vi a Maite. La vi sentada al pie de mi cama, con el pelo recogido como lo llevaba en dos mil cuatro, con el flequillo torcido y la coleta deshecha por un lado. Me dijo algo en voz baja, despacio. No recuerdo qué me dijo. La vi entera. La vi tan entera que cuando la enfermera entró a coger constantes le pregunté si la había visto a la chica. La enfermera me dijo no, hija, aquí solo estamos tú y yo. Maite ya no estaba. Pero había estado. Eso lo registré como dato, no como milagro. Las pacientes con anti-NMDA ven cosas. Yo lo sabía. Por eso lo registré como dato y no como otra cosa.

—Irritabilidad. Lenguaje desinhibido. Especialmente en periodos de estrés. Cosas que no diría ni se le ocurriría decir antes pueden

salirle. Es un síntoma de la corteza prefrontal todavía recuperándose.

—Vale.

Una tarde le dije a Garazi tres frases que nunca había pensado que pensaría. Las tres seguidas. Garazi no se enfadó. Garazi me cambió la almohada. No volvió a sacar el tema.

—Hipersexualidad transitoria. No es lo más frecuente, pero le aviso. Puede aparecer en periodos cortos.

—Vale.

Tres días seguidos, día veinte, veintiuno, veintidós, no tenía hambre, no tenía dolor, no tenía nada de nada. Solo quería que me tocara alguien. Le pedí a Garazi que se metiera en la cama. Garazi se metió en la cama. No pasó nada, las dos sabíamos que no podía pasar nada en una cama de hospital con goteo. Pero dormimos juntas, y por la mañana me dijeron que la enfermera había entrado a las seis y nos había visto y había salido sin despertarnos.

—Su personalidad puede cambiar ligeramente. Algunos pacientes lo notan. Otros no lo notan y los nota la familia.

Garazi no levantó la cabeza.

—Vale.

El día veinticuatro me miré en el espejo del baño y vi dos cabezas. Una grande, mía, con la cara que llevaba puesta toda la vida. Otra más pequeña, dentro, que también era mía, con una cara que me sonreía como una desconocida que me reconocía. Las dos cabezas estaban en el mismo cuerpo. Las dos eran yo. Eso lo registré. Eso no se lo dije a nadie.

—Y un consejo, no es médico, pero se lo doy. Escriba un diario. No para nadie. Para usted. Anote cosas. Ideas. Listas. Lo que se le ocurra. Y cada cierto tiempo, vuelva a leerlo.

—¿Por qué?

—Porque va a haber cosas que escriba que no recordará después haber escrito. La propia letra puede sorprenderse. Y a usted, que es

médica, le va a interesar saberlo. No para preocuparse. Para tenerlo controlado.

—Vale.

—Eso es lo que quería decirle.

—Vale.

Cerró el cuaderno. Lo dejó encima de la cama. Sacó del bolsillo de la bata un papel ya rellenado y un sobre. Me los pasó.

—El alta está firmada. Tiene revisión conmigo el dieciocho de abril, a las once. Aquí en consulta externa.

—Bien.

—Llámenos antes si pasa algo que no entienda.

—Bien.

—Cualquier cosa. Aunque le parezca tontería.

—Bien.

—Aritzeta.

—Sí.

—Va a estar bien.

—Bien.

—Se ha portado.

—Bueno.

—Bueno.

Se levantó. Me dio la mano. La di yo. Garazi se levantó también. Itziar le dio la mano. Salió.

La puerta se cerró. La habitación volvió a quedar como había estado las cuatro últimas semanas: cama, silla, otra silla, mesilla, ventana al aparcamiento, suelo blanco con una marca de roce que llevaba ahí desde que entré y que probablemente seguiría ahí cuando entrara la siguiente.

—Vamos —dijo Garazi.

—Vamos.

Recogimos las cosas. La maleta pequeña. La bolsa con la ropa sucia. El neceser. Los dos libros que no había abierto. El móvil que Garazi me había recargado cada noche. Una cajita con los regalos de cuatro personas: Sor Maite (un rosario, no me había puesto a pensar qué hacía con él), Edurne (una caja de pastillas de las del Athletic), Aitana (una nota de tres líneas que no me la sé), y Loreto (dos pares de calcetines de aita lavados y secos, vinieron por error). Lo metí todo en una bolsa de la compra de El Corte Inglés que Garazi había traído.

Bajamos. La auxiliar nueva nos acompañó a la salida. En el ascensor Garazi me cogió la mano. Yo le devolví el gesto, un poco más débil de lo que se lo había devuelto siempre.

La silla de ruedas que el protocolo me obligaba a usar para salir nos esperaba en la entrada. Me senté. La empujó Garazi hasta el coche. El coche estaba aparcado donde siempre lo aparcaba ella, en la zona del tercio oeste donde había sombra. Me ayudó a entrar. Cerró. Subió a su lado. Arrancó.

Salimos de Galdakao. El cielo era plano. Una nube larga ocupaba todo el oeste, gris pero no de lluvia, gris de invierno cualquiera. La carretera no me dijo nada.

Me dormí a los diez minutos, en el asiento, con el cinturón puesto. Me desperté en la rotonda de Berango. Volví a dormirme. Me desperté otra vez en la calle Telletxe.

—Ya estamos.

—Ya estamos.

Subí. El piso olía a vacío, a piso que ha sido aireado mucho pero no caminado. Garazi había puesto flores en la cocina, dos tulipanes amarillos en una jarra. Me senté en la mesa.

—Voy a hacerte una sopa.

—Vale.

—Es de sobre. No había otra cosa.

—Vale.

Hizo la sopa. Me la trajo. Comí media taza. Me supo a otro mundo. Me la terminé. Garazi también comió, más despacio, frente a mí. No habló. Yo tampoco.

Después, cuando terminamos, fui al sofá. Garazi puso una manta encima de mí. Cerró las contraventanas a la mitad. Encendió la luz pequeña de la mesilla, no la lámpara grande del techo. Se sentó al otro lado del sofá, en su sitio, con un libro que no abrió.

Me dormí a los pocos minutos.

Soñé.

Soñé algo importante. Soñé cosas. Soñé largo. Vi a Maite. Vi a aita en una carretera. Vi una mano en un volante. Vi una luz que venía. Vi otra cosa que no me sabría decir. Estaba allí adentro y estaba todo claro, todo. Y entonces alguien me llamó por mi nombre, no Garazi, una voz más antigua, y me desperté.

Me desperté a las cuatro de la tarde con la boca seca y la luz pequeña encendida y Garazi mirándome desde su sitio.

—¿Estás?

—Estoy.

—¿Bien?

—Bien.

—¿Quieres agua?

—Vale.

Me trajo un vaso. Lo bebí entero. Se lo devolví. Lo dejó en la mesa baja del sofá.

—¿Has soñado?

—He soñado.

—¿Algo bonito?

—No me acuerdo.

Y no me acordaba. No me acordaba de Maite, ni de aita en la carretera, ni de la mano en el volante, ni de la luz. Lo que había estado dentro de mí hacía cinco minutos había desaparecido como

desaparecen los sueños que la cabeza no quiere mantener. Sabía que era algo. No sabía qué. Sabía que era importante. No sabía por qué.

Me incorporé. Garazi me alargó la manta sin pedirla yo. Me la puse en las piernas. Me quedé un rato sentada en el sofá, con los pies fríos, con la manta en las rodillas, mirando los tulipanes amarillos del jarrón de la cocina por encima del respaldo del sofá.

—Voy a comprarme un cuaderno —dije.

—¿Un cuaderno?

—La neuróloga me ha dicho que lo haga.

—Mañana.

—Vale.

Garazi no preguntó más. Garazi llevaba dieciséis años sabiendo cuándo no preguntar. Eso siempre se lo había agradecido. Esa tarde se lo agradecí también. Me apoyé en el brazo del sofá y me quedé un rato sin pensar nada concreto, oyendo la nevera y a Garazi pasar las páginas de un libro que sí había abierto en algún momento mientras yo no miraba.

Eso fue ese viernes. Eso fue mi alta. Lo demás vino después.

15

El caldo de Begoña

A las cuatro y cuarto subo a la 412. Itxaso me sigue con el ojo desde el control. Naia escribe. Iker no se ha movido del cuarto de guardia. Nadie llama. La planta es como un sotechado vacío con monitores zumbando bajos.

Llamo a la puerta de la 412. Tres golpes flojos. Espero un segundo. Empujo.

La luz del cabecero, baja. La luz pequeña de la mesilla, encendida también. La luz de la ventana, ninguna; las contraventanas entornadas. Goirizelaia está dormido otra vez. La cama vuelve a estar a treinta grados, con él incorporado pero con la cabeza caída sobre el hombro derecho, los labios un poco abiertos, una respiración por la nariz. La taza pequeña de plástico blanco que tenía en las manos hace cuarenta minutos está encima de la mesilla, vacía, manchada por dentro de un círculo amarillo de caldo. Begoña le ha colocado el embozo hasta debajo de la barbilla. La conozco hace siete horas y ya tengo claro que ese pliegue no es cariño. Es oficio.

Begoña está en la silla, donde la dejé.

El termo grande, plateado, con dos golpes en un lateral, sigue encima de la mesilla. Al lado del termo hay un vaso de plástico blanco con caldo, lleno hasta tres dedos del borde. Hay otro vaso de plástico blanco, con caldo también, en la mano de Begoña. Ese está medio bebido. Al lado del termo, un kleenex usado y doblado. Encima del regazo, un libro, abierto bocabajo. Patria, de Aramburu.

Edición de tapa dura. Página doscientos y pico, no me da tiempo a leer cuál.

Levanta la cabeza al verme entrar. Se la inclina dos centímetros, en saludo.

—Doctora.

—Begoña. Comprobación rutinaria. ¿Le va bien?

—Sí, sí. Pase.

Cierro la puerta despacio. Me acerco al lado izquierdo de la cama, el de la vía. Saco la pinza del cuello. Saco la linterna del bolsillo. Compruebo la vía: bien, sin signos de extravasación, conexión firme. Compruebo el suero: ritmo correcto, etiqueta correcta, sin partículas. Compruebo el monitor: sinusal, sesenta y seis, tensión catorce con siete, saturación noventa y siete. Le palpo el pulso radial: lleno, ligeramente irregular, lo de la FA. Le miro los tobillos por debajo del embozo: sin edemas. Bien.

Begoña no me mira. Mira el vaso medio bebido. Bebe un sorbo pequeño. Lo deja en el regazo, encima de la portada del libro.

—Está bien, ¿verdad? —dice.

—Está bien. Sinusal. Tensión sostenida. La saturación está mejor que cuando ingresó.

—Bien.

—¿Ha pedido algo desde la visita del doctor Larrañaga?

—Pidió un poco de caldo.

—Vale.

—Se ha tomado media taza. Después se ha quedado.

—Vale.

—Ha estado tranquilo.

—Bien.

Cierro la libreta de constantes. La devuelvo al gancho del pie de cama. Le quito una arruga al embozo de Goirizelaia, en el lado del pecho, sin pensar. Begoña lo registra. No comenta.

Voy hacia la puerta.

—Doctora.

Me vuelvo.

—¿Sí?

Begoña me señala con la barbilla el vaso lleno encima de la mesilla.

—Ese es para usted.

—Begoña, yo no.

—Está caliente todavía. Lleva en el termo veinte minutos.

—Yo no.

—Pruebe usted, anda.

Lo dice como lo decía mi tía Enkarni cuando me ponía un trozo de queso delante a los ocho años y yo le decía que no me apetecía. Como una pared con paciencia.

Vuelvo a la cama. Cojo el vaso. No me siento. Lo registro al cogerlo: el vaso ya estaba servido antes de que yo entrara. Begoña me lo ha tenido preparado. No sé desde cuándo. No le voy a preguntar. Si se lo pregunto va a contestarme algo y no quiero saber. Bebo un sorbo de pie.

Joder. Está bueno. Está muy bueno.

—Está muy bueno —digo.

—Es de pollo. De pollo de caserío. Lo hago yo.

—Hala.

—Lleva apio. No mucho. Y un puerro fino. Y una rama de perejil que se le saca al final.

—Apio.

—Apio. La gente lo evita por la cabeza. Pero el apio en el caldo es lo que le da fondo.

—Pues sí.

—Pues sí.

Bebo otro sorbo. La cabeza me pesa menos al instante, como si el caldo me llegara antes de bajar. Eso es mentira, eso es el azúcar de

la cebolla, lo sé. Pero se siente como si fuera otra cosa. Begoña bebe del suyo. Mira el termo.

—El termo se lo regaló a Iñaki su padre cuando ingresó él en la empresa, en el sesenta y cinco —dice—. Con sus iniciales en una placa pequeña abajo. Se le cayeron las iniciales hace veinte años. Pero el termo guarda el calor.

—Hala.

—Sí.

Sesenta y cinco. Iñaki Goirizelaia entró en la empresa de su padre en mil novecientos sesenta y cinco. A los once años no. Tendría catorce, quince, los que tuviera. Los hombres como él entraban pronto.

Begoña se queda mirando la respiración de su marido. La sigue, no como quien cuida. Como quien comprueba.

—¿Está usted bien, Begoña? —digo, sin saber por qué. Es el caldo, supongo.

—Estoy bien, doctora.

—¿Necesita algo? ¿Una manta?

—Tengo manta.

—¿Quiere descansar un poco? Si quiere, le pido al celador que le suba un sillón. Aquí en la silla no se va a dormir.

—No voy a dormir.

—Vale.

—No voy a dormir, doctora. Esta noche no. Ya dormiré.

—Vale.

Bebe un sorbo. Mira el termo otra vez.

—Lleva ahí cuarenta años —dice.

No levanta la vista.

Me quedo con el vaso medio vacío en la mano. Lo mando volver despacio a la mesilla. La frase me ha entrado entera pero no del todo. Lleva ahí cuarenta años. El termo. El caldo. El marido. La

cocina del caldo. La placa de las iniciales que se le cayeron hace veinte. Cuarenta años llevan muchas cosas en esta habitación. Una de las cosas no es el termo. El termo lleva sesenta y un años, eso lo acaba de decir ella.

Begoña sigue sin levantar la vista.

—Sí —digo.

—Sí —dice ella.

No añade nada. Yo tampoco. Termino el caldo. Lo termino entero. Pongo el vaso encima de la mesilla, al lado del suyo. Las dos tazas, las dos vacías. Dos mujeres, un hombre dormido en medio. Mi tía Enkarni también pondría así las tazas.

—Gracias, Begoña.

—De nada, doctora.

—Si necesita algo, llama. Itxaso está en el control.

—Itxaso. Vale.

—Itxaso es la enfermera. La rubia.

—La rubia. Vale.

—Yo voy a estar yendo y viniendo. Vuelvo a las cinco a comprobar.

—Vale.

—Si hay algún cambio antes, llamen.

—Llamamos.

Voy a la puerta. Pongo la mano en el pomo. Antes de abrir, me vuelvo a mirar a Goirizelaia, no sé por qué. Sigue dormido. La respiración por la nariz es regular. La cara, en ese momento concreto, es una cara cualquiera de viejo dormido. Cualquier cosa que yo le haya dicho a este señor en los últimos siete meses por dentro, ahora mismo, mirándole desde la puerta con el caldo bajándome todavía, no la diría.

—Hasta luego, Begoña.

—Hasta luego, doctora.

Salgo. Cierro la puerta despacio.

En el pasillo me quedo un segundo con la mano en el pomo, por fuera. La planta sigue. Itxaso, desde el control, levanta la cabeza, me mira, sigue escribiendo. Wilson sale del office con un carrito vacío y un termo distinto al de Begoña, otro tipo de termo, el suyo, el negro de los antiguos. Levanta la barbilla. La levanto yo.

Voy al control.

—¿Todo bien? —dice Itxaso.

—Todo bien.

—¿Quieres una galleta?

—No.

—Vale.

Me siento. Miro el monitor de la 412. Sinusal, sesenta y seis. Cojo el bolígrafo del bote. Anoto en el parte la hora, la constante, la observación corta. Cierro el parte. Dejo el bolígrafo.

La cabeza me pesa menos. Eso no es el caldo. Eso es algo más raro.

Voy al despacho. Cierro la puerta. Apoyo la espalda en la puerta dos segundos. Diez segundos.

Cuando me incorporo, Itxaso ha pasado un pósit por debajo de la puerta. Lo recojo. Pone: 412 sigue. Otro dibujo de una cara sonriente al lado.

Doblo el pósit. Lo guardo en el bolsillo.

Salgo. Hago la siguiente ronda.

16

Las dos letras

Era el dieciocho de abril, viernes. Garazi había puesto el despertador a las nueve menos cuarto, había hecho café para los dos, había sacado de la nevera la mantequilla que ella sabía que yo prefería a la otra, había puesto un platito con pan tostado encima de la mesa de la cocina, y a las nueve y veinte estábamos las dos saliendo del piso con el pelo todavía mojado y un cuaderno mío en mi bolso.

El cuaderno azul.

Llevaba siete semanas con él. Lo había comprado el sábado siguiente al alta, en la papelería Lurdes de la calle Telletxe, después de Sor Maite, después del taxi. Había escrito en él casi todos los días. A veces solo cuatro palabras. A veces tres páginas. Lo había llenado sin un orden particular y a veces lo abría por una página al azar para releer lo que había puesto la semana anterior.

Esa mañana, antes de salir, lo había metido en el bolso por si Itziar me preguntaba.

—¿Llevas todo? —dijo Garazi, ya en el descansillo.

—Llevo todo.

—¿Las recetas?

—No las traje.

—¿Quieres bajar a por ellas?

—No me las va a pedir hoy.

—Vale.

Bajamos. El coche estaba en el aparcamiento de la cuesta. Garazi conducía. Yo iba en el asiento de al lado, con el bolso encima de las rodillas y el cuaderno azul en el bolso. Salimos de Algorta por el paseo. Cogimos la salida hacia Galdakao. La autovía tenía algo de tráfico de las nueve y media, lo justo. Garazi puso una emisora de música baja. No habló. Yo tampoco.

Nos llevó treinta y cinco minutos. Aparcamos donde aparcaba siempre, en la zona del tercio oeste donde había sombra. Subimos. La planta de neurología, consulta externa, segundo ascensor, pasillo a la derecha, sala de espera con cuatro filas de sillas naranjas y una televisión apagada en una esquina alta.

Había una mujer mayor con su hija. La mujer mayor tendría ochenta y tantos. La hija, sesenta y poco. La hija llevaba un bolso de los grandes, en el regazo, con un termo asomando. La mujer mayor estaba sentada con las dos manos encima del bolso de la hija, como si fuera el suyo. No hablaban. La hija miraba el suelo.

Las miré tres segundos. Aparté la vista. Las pacientes de neurología no se miran entre sí más de tres segundos. Las acompañantes tampoco.

Garazi se sentó. Sacó un libro. Lo abrió.

—¿Quieres que entre contigo? —dijo, sin levantar la vista.

—No.

—Vale.

—Si me llaman.

—Si te llaman te llamo.

—Vale.

A las once y diez salió la enfermera por la puerta de la consulta y dijo mi nombre. Me levanté. Dejé a Garazi con su libro. Entré.

Itziar estaba en su mesa, con la bata abierta otra vez, con el mismo jersey gris, con una falda distinta esta vez, marrón. El despacho era estrecho. Una camilla con un papel encima. Una báscula. Un perchero con dos batas. Un cartel del cerebro en la pared, pegado con cinta americana.

—Aritzeta.

—Doctora.

—Pase, siéntese. ¿Cómo estamos?

—Bien.

—¿Cómo es bien?

—Mejor que en febrero.

—Eso me lo había imaginado. Cuénteme con detalle.

Me senté. Saqué del bolso un papel doblado, en el que la noche anterior había apuntado las cosas que quería decirle. Lo desdoblé. No lo leí. Lo dejé encima de la mesa.

—La fatiga ya no es como en febrero. Sigo con cabeza pesada por las tardes, sobre todo si he estado de pie. Las muñecas pesan menos. La mano izquierda tiembla a veces, casi siempre por la mañana, cuando la lavo o cuando levanto un vaso. No tiembla mucho. Tiembla.

—Bien.

—Lapsos breves, sí. Una vez por semana o así. Estoy haciendo una cosa, paro, y a los pocos segundos no sé si la había empezado. Duran como mucho diez segundos.

—¿Frecuentes?

—Una vez por semana, ya digo. Diez segundos como mucho.

—Memoria. Me vuelven recuerdos antiguos. De cosas de hace veinte años. Más claros que antes. Los registro y siguen.

—¿Le molestan?

—No me molestan.

—Irritabilidad. Sí. Más con Garazi que con nadie. Le he hablado mal dos o tres veces en cosas de tonterías. Le he pedido perdón después.

—Vale.

—Sueño, normal. Como siete horas.

—Y eso es todo.

—Hipersexualidad —dijo Itziar, sin levantar la vista del cuaderno—. ¿Algo?

—No.

—Vale.

—Bueno. Pequeñas cosas. Pero no he hecho nada con eso.

—No le voy a preguntar más, no se preocupe.

—Vale.

Itziar apuntó. Cerró el cuaderno. Se levantó.

—Venga, vamos a explorarla. ¿Le importa?

—No me importa.

Me llevó hasta la camilla. Me senté. Me quité los zapatos. Me tumbé. Itziar repitió la batería que me había repetido en febrero: siga el dedo con los ojos, ahora sin mover la cabeza, ahora cierre los ojos y tóquese la nariz con el dedo, los reflejos de los pies, los del codo, fuerza contra mi mano, sensibilidad con un palillo de madera. Apuntó después de cada cosa.

—La izquierda sigue un poco más floja —dijo.

—Lo sé.

—Pero menos.

—Pero menos.

—Bien.

Volvimos a la mesa. Me senté.

—Aritzeta.

—Sí.

—¿Cómo va el diario?

Saqué el cuaderno azul del bolso. Lo dejé entre las dos. No lo abrí.

—Va bien.

—¿Lo abre?

—Lo abro. Cada dos o tres días releo.

—¿Y?

—Y nada. Está lleno.

—¿De qué está lleno?

—De cosas. Listas. Días. Lo que me había dicho usted que apuntara.

—¿Hay algo que la sorprenda?

Aquí esperé un segundo. Itziar no me apuraba. Itziar no apuraba a nadie.

—Hay cosas que cuando las releo no me acuerdo de haberlas escrito.

—Vale.

—No son muchas. Son algunas.

—¿Cuántas a la semana, diría usted?

—Tres, cuatro entradas a la semana las leo y digo "esto no lo recuerdo haberlo escrito". Pero está mi letra. Está la fecha.

—Bien.

—Bien.

—¿Le preocupa?

—No me preocupa.

—¿Por qué?

—Porque se lo había dicho usted. Que iba a pasar.

—Ya. Pero hay paciente que le decimos que va a pasar y cuando pasa se asustan igual.

—Yo no me asusto.

—Vale.

—Lo registro como dato.

—Aritzeta.

—Sí.

—Hay otra cosa que quiero preguntarle. ¿Puede?

—Puede.

—¿La letra es siempre la misma?

Aquí me quedé quieta tres segundos.

—¿La letra?

—Sí. Cuando relee lo de la semana pasada y lo de hoy, ¿la letra de las dos páginas es la misma?

—Es mi letra.

—Ya. Pero ¿es la misma letra siempre, o algunas cosas las ha escrito con la letra rápida y otras con la letra cuidada?

—Con las dos.

—Vale.

—Mucha letra rápida cuando me viene una idea. Letra cuidada cuando me siento de noche a pasar a limpio.

—Vale.

—Como siempre.

—Como siempre. ¿Le pasa eso desde que es estudiante?

—Desde que soy estudiante.

—Vale.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada concreto. Es algo que vemos a veces en pacientes anti-NMDA en fase de recuperación. La letra se les separa más de lo que estaba antes. La letra rápida se hace más rápida. La letra cuidada, más cuidada. Como si la cabeza tuviera dos modos.

—Hala.

—Sí. No es grave. No tiene tratamiento. Es un dato.

—Vale.

—¿Hay algo que tenga que vigilar?

—No. Solo que se acuerde. Que la letra rápida y la letra cuidada son las dos suyas. Aunque le parezca a veces que están escritas por dos personas distintas.

—Vale.

—La propia letra puede sorprenderse, Aritzeta. Ya se lo había dicho.

—Me lo había dicho.

—Vale.

Cerré el cuaderno. Lo metí en el bolso. Itziar terminó de apuntar lo último. Cerró el suyo.

—Próxima revisión, en julio. Tres meses. Si todo sigue así, le doy ya el alta laboral progresiva.

—Bien.

—Y, Aritzeta.

—Sí.

—Si pasa algo entre medias que no entienda, no espera. Llama.

—Vale.

—Cualquier cosa. Aunque le parezca tontería.

—Cualquier cosa.

—Eso.

Me dio la mano. Se la di. Salí.

Garazi seguía en el libro, dos sillas más cerca de donde me había sentado yo. Levantó la cabeza al verme. Cerró el libro.

—¿Bien?

—Bien.

—¿Te ha dado algún papel?

—Una receta. Y revisión en julio.

—Vamos.

Bajamos. Salimos al aparcamiento. El sol pegaba ya, abril mediado, primer día del año en que el coche del aparcamiento estaba caliente al tocarlo. Garazi abrió, esperó dos minutos a que se ventilara, subimos. Arrancó.

—¿Quieres parar a comer algo?

—Si tú quieres.

—No tengo hambre.

—Yo tampoco.

—Pues vamos a casa.

—Vamos a casa.

Volvimos por la autovía. Garazi puso otra vez la emisora baja. Yo apoyé la cabeza en el cristal. La luz de la mañana entraba por la ventanilla y me daba en la cara. Me dejé.

Me dormí cinco minutos en la subida de Algorta. Me desperté en el aparcamiento de casa. Subimos. Garazi calentó la sopa de la noche anterior. Comimos. No hablamos. Después se sentó a trabajar en el sofá, con el ordenador encima de las rodillas, y yo me fui al estudio pequeño, el que daba al patio interior, con el cuaderno azul.

Lo abrí.

Lo abrí por una página al azar, como hacía siempre los días en que algo me hacía abrirlo. Era una página de la semana anterior, miércoles. Arriba, dos líneas con la letra rápida. Abajo, cinco líneas con la letra cuidada.

Las dos letras eran mías. Sabía que eran mías. La rápida la conocía desde que tenía once años y empecé a tomar apuntes en clase. La cuidada la conocía desde que tenía diecisiete y empecé a hacerme listas para no perder cosas en las mañanas de instituto.

Las dos eran mías.

Joder. Las miré un rato.

Sabía que eran las dos mías. Lo sabía como dato. Lo registraba como dato.

Y aun así, mirando esa página de un miércoles cualquiera de abril, en el estudio pequeño que daba al patio interior, con la luz de Algorta entrando por la ventana y Garazi tecleando despacio en el sofá del salón, me costó un poco más de lo que tenía que costarme creer que no había escrito esas líneas dos personas distintas.

Cerré el cuaderno.

Lo guardé en el cajón del escritorio. Cerré el cajón.

Eso fue ese viernes. Eso fue mi revisión de abril. Lo demás siguió.

17

La etiqueta

Sor Maite baja al sótano por la escalera del personal. Cuatro tramos, cincuenta y dos peldaños, los conoce de memoria desde los años en que subía y bajaba por aquí cada mañana antes de que la pasaran a capellanía. La luz de las escaleras es fría, fluorescente, parpadea un poco en el segundo tramo desde hace tres meses. Nadie la arregla. Sor Maite tampoco se queja.

Lleva las manos en los bolsillos del hábito. En el bolsillo derecho, el papel doblado con el recado del padre Joseba para Idoia, una nota corta de tres líneas sobre la salud de la madre de Idoia, que está en la residencia de Markina y que el padre quería que la hija supiera que había rezado esa tarde por ella. En el bolsillo izquierdo, la etiqueta.

La etiqueta está dentro de una funda de plástico transparente, cerrada al vacío. Lleva impresa la fecha del día —1 de enero de 2026—, el código del banco, el nombre del paciente —Iñaki Goirizelaia Berriategui—, el número de identificación del banco de sangre y el grupo sanguíneo. El grupo sanguíneo no es el correcto. El grupo sanguíneo es uno que no se cruza con el de don Iñaki.

Sor Maite hizo la etiqueta en julio. La hizo en la impresora pequeña de la sacristía, una tarde de viernes en la que el padre Joseba estaba con un funeral en Erandio. Pidió prestado el ordenador de la secretaria de la parroquia, ajustó la plantilla, imprimió ocho versiones distintas con tipos de papel parecido, eligió la que mejor pegaba en una bolsa de plástico de muestra que se había llevado del

hospital. La metió en una funda. La cerró. La lleva encima desde entonces. Cinco meses, un día, doce horas.

Llega abajo. Pasillo. Suelo de baldosa beige. Olor a refrigerador, a plástico nuevo, a algo que recuerda al pan de las hostias sin serlo. La puerta del banco de sangre está al final, automática, con un cristal de seguridad y un escáner de tarjetas. Sor Maite no necesita escáner. La conocen.

Antes de cruzar el último tramo del pasillo, se para un segundo. Cierra los ojos. No reza. No es el momento. Solo respira tres veces, despacio, y se persigna sin mover las manos del bolsillo.

Madre del amor hermoso. Que Dios me perdone. Que Dios la perdone. Que Dios lo perdone a él también, pobre hombre, que él tampoco supo nunca lo que hizo.

Empuja la puerta. Se abre.

Idoia está en el mostrador, escribiendo en el ordenador. Levanta la cabeza. Ve a Sor Maite. Sonríe.

—Hala, Sor. ¿Tú aquí a estas horas?

—Idoia, hija.

—Pasa, pasa.

—Te traigo una cosa.

—¿De parte de quién?

—Del padre Joseba.

Sor Maite saca el papel del bolsillo derecho. Se lo extiende. Idoia lo coge.

—Es de tu madre. De cómo está.

—Hala. ¿Y esto a las cuatro y media de la mañana?

—Lo iba a haber dejado en tu casillero. Pero estaba de paso.

—Anda.

Idoia abre el papel. Lo lee. Le tiembla un poco la sonrisa al final del segundo párrafo. Vuelve al principio. Lo lee otra vez.

Sor Maite, mientras tanto, ha avanzado dos pasos. Está al lado del mostrador. Encima del mostrador, en una bandeja pequeña de plástico azul, hay dos bolsas de sangre con etiquetas blancas, listas para entrega inminente. Las prepara Idoia siempre así cuando la petición está prevista, las saca del frío treinta minutos antes para que estén a temperatura cuando suban. Las dos bolsas llevan cartulinas con los nombres encima. La de arriba dice GOIRIZELAIA BERRIATEGUI, IÑAKI. Grupo: AB-. La bolsa que pedirán si la cosa se complica.

Sor Maite saca la mano izquierda del bolsillo. Saca la funda. Saca la etiqueta. Sostiene la funda en la palma, doblada por dentro de los dedos, así nadie la ve si entra.

—Sor —dice Idoia, con la voz un poco ronca.

—¿Sí, hija?

—Esto es bonito. Es muy bonito que el padre te haya hecho esto.

—Es un buen hombre, hija.

—Es un buen hombre, sí.

—Tu madre está bien, ¿eh?

—Está bien. Lleva un mes sin caerse.

—Lo decía la chica del pueblo.

—Lleva un mes sin caerse.

—Bueno.

Idoia vuelve al papel. Lee el final tres veces. Se gira hacia la pared del fondo del mostrador, donde tiene una caja pequeña de pañuelos encima del archivador. Se seca el rabillo del ojo izquierdo con el dorso de la mano, sin teatro, todavía dándole la espalda al mostrador.

Sor Maite, en esos tres segundos, alcanza la bandeja con la mano derecha. Coge la bolsa de arriba. La sostiene contra el cuerpo, por debajo del filo del mostrador, donde Idoia no llega a verla aunque se gire. Despega la etiqueta blanca con la uña del pulgar, despacio, sin rasgar el plástico. Sale entera. La guarda en el bolsillo izquierdo, en

el espacio que ha dejado la otra. Saca la nueva. La pega encima del rectángulo de pegamento que ha quedado libre. Aprieta una vez con la palma. Devuelve la bolsa a la bandeja, encima de la otra, en la posición exacta de donde la cogió.

Total: catorce segundos.

Idoia sigue con la mirada en el bolsillo donde ha guardado el papel. No ha levantado la cabeza ni una vez.

Sor Maite vuelve al mostrador.

—Bueno, hija. Yo subo.

—¿Quieres una manzanilla, Sor?

—Te lo agradezco. Pero subo. Tengo que pasar por capellanía antes de las cinco.

—Vale.

—¿Le digo al padre Joseba que has llorado un poco?

—Si quiere, sí.

—Le voy a decir.

—Vale.

—Hala, hija. Cuídate.

—Cuídate tú, Sor.

—Yo me cuido.

Sor Maite cruza la puerta. Se cierra detrás. Camina por el pasillo del sótano sin mirar atrás. Sube las escaleras. Doce peldaños. Trece. Catorce. Cuando llega al primer rellano se para. Se apoya en la pared con la palma derecha. Cierra los ojos.

Madre del amor hermoso, dice por dentro. Madre del amor hermoso, Madre del amor hermoso.

No reza más. No le sale.

Saca del bolsillo izquierdo la etiqueta vieja, la blanca, la que dice AB-. La mira un segundo. La rompe en cuatro pedazos. Se los guarda en el otro bolsillo, mezclados con un pañuelo y dos caramelos de eucalipto.

Sigue subiendo.

Cuando llega a la planta cuarta, mira el reloj del pasillo. Son las cuatro cuarenta y dos. Toda la operación, desde que salió de capellanía hasta ahora, ha durado doce minutos.

Cruza por delante del control. Itxaso levanta la cabeza, la saluda con una inclinación. Sor Maite le devuelve el saludo sin pararse. Itxaso vuelve al ordenador.

En el pasillo de la cuarta huele a desinfectante y a café del office. Sor Maite respira despacio. Ya no está tensa. Lo que tenía que hacer ya está hecho. Lo demás lo decidirán otros, los códigos del hospital, los protocolos del banco, las manos que pidan la bolsa cuando llegue el momento. Ella ha hecho su parte. Como hizo su parte aquella noche de diciembre del dos mil cuatro en la curva de Ispaster. Como hizo su parte cuando le habló a Pilar dos años después, en la cocina de Lekeitio, mientras pelaban patatas las dos sin mirarse. Como ha hecho su parte siempre, en todos los momentos en los que la familia Aritzeta ha necesitado que alguien hiciera la parte que no se podía decir.

Pasa por delante de la 412. La puerta está cerrada. La luz de la rendija, baja. Don Iñaki duerme. Begoña vela.

Sor Maite no entra. Sigue.

Entra en la capilla. Se persigna. Se sienta en el primer banco, el de siempre. Saca el rosario. Empieza por el primer misterio de gozo.

En el bolsillo izquierdo, la etiqueta nueva ya no está. En el derecho, los cuatro pedazos de la vieja. En el regazo, el rosario. En la cabeza, el rezo aprendido a los seis años en la cocina del caserío del aitite, el rezo que Pilar Otaegi también había aprendido a los seis en otra cocina, el rezo que Maite Aritzeta aprendió a los seis en una cocina más, todas iguales por dentro, todas con una mujer mayor enseñando palabras antiguas a una niña pequeña.

Reza un padrenuestro. Diez avemarías. Un gloria. Sigue.

Cuando termine el primer misterio serán las cuatro cincuenta. Para las cinco habrá pasado al segundo. Lo que tenga que pasar arriba,

pasará a la hora que pase. Ella estará rezando.

18

Treinta segundos

Era un martes de octubre. Lo recuerdo porque el lunes había llovido todo el día y el martes amaneció con un cielo limpio y un viento del norte que se llevaba las hojas de los plataneros del paseo de Algorta como si las arrancara una a una. Iba a la residencia. Cogí un taxi en la parada de la plaza de los chicos.

El taxista era nuevo. No me reconoció. Yo no le dije nada. Le di la dirección de la residencia y abrí el móvil para no hablar.

Llegué a las cuatro y cuarto. Loreto estaba en el control de la primera planta, escribiendo un parte. Levantó la cabeza.

—Buenas tardes, Elena.

—Buenas tardes, Loreto.

—Está despierto.

—Bien.

—Anselmo también. Y de buenas, hoy.

—Bien.

—Pasa, anda.

Subí. La puerta de la 14 estaba entornada. Empujé. Aita estaba en su sillón al lado de la ventana, con un jersey gris que Garazi le había comprado en septiembre, los pies en zapatillas de cuadros, las manos en el regazo. Anselmo, en su cama, tenía la radio puesta bajita en La Cope. Una voz del fútbol explicaba algo del partido del domingo.

—Buenas, Anselmo.

—Buenas, hija. ¿De quién eres?

—De Joxe Mari.

—Ah. Joxe Mari está bien hoy.

—Bien.

Anselmo volvió al fútbol. Aita giró la cabeza despacio. Me miró tres segundos sin terminar de enfocar. Bajó la cabeza. Volvió a la ventana.

Me senté en la silla pequeña al lado del sillón. La silla, esa, llevaba ahí desde marzo. Antes habían sido dos sillas distintas y a Loreto le había parecido mejor cambiar las dos por una buena. Yo no había opinado.

—Hola, aita.

No contestó.

—¿Cómo has estado?

No contestó.

—Te he traído mermelada.

No contestó.

Saqué del bolso un tarro pequeño que me había dado Sor Maite el sábado. Naranja amarga. Lo dejé encima de la mesilla, al lado del vaso de plástico de aita. La mesilla tenía también: un calendario de los Maristas con una foto de un faro, dos pañuelos de papel doblados, una pastilla blanca dentro de un blíster ya empezado, y una foto pequeña de mi ama en un marco oval con la fecha del setenta y dos por detrás, la misma foto que yo me había llevado al sofá la noche del entierro.

Le toqué la mano izquierda a aita con dos dedos. La tenía fría. La tenía siempre fría.

—Ya está hoy, ya. Hace bueno.

No contestó.

A las cinco entró Loreto con una bandeja: un plato pequeño con sopa de cocido y un vaso de agua. Lo dejó encima de la mesilla.

—Le doy yo, Loreto. No te preocupes.

—Vale. Si necesitas, llamas.

—Llamo.

Loreto salió. Cogí el plato. Cogí la cuchara. Probé la sopa. Templada, como le gustaba a aita. Le acerqué la cuchara a la boca. Aita abrió. Cerró los ojos. Tragó.

Otra cuchara. Otra. Otra.

A la cuarta cuchara aita levantó la cara.

Y abrió los ojos.

Los abrió de otra manera.

Llevaba seis o siete meses sin abrir los ojos así. Los abrió enteros, con la mirada enfocada, con el peso de cabeza presente, con la cara que tenía aita cuando volvía a casa de pescar y entraba por la puerta de Lekeitio y le pedía a mi ama un café antes de hablar. Esa cara.

Me miró.

—Hija.

—Sí, aita.

—Hija.

—Aquí estoy, aita.

Se quedó un segundo sin hablar. Yo bajé la cuchara. Apoyé el plato en el regazo. No me moví. Sabía qué era. Estos momentos, Loreto me los había explicado: duraban poco, había que dejarlos pasar sin estirarlos, no había que pedir cosas que no iban a venir.

—¿Trajiste el coche?

—No, aita. En taxi.

—Vale. Bien hecho.

—Sí.

—Bien hecho.

Lo repitió. Le tembló un segundo el labio inferior, no de pena, de los músculos. Volvió a quedarse quieto. Yo le sostuve la mirada. Llevaba seis o siete meses sin que aita me sostuviera una mirada.

—Tu madre.

—Sí, aita.

—Tu madre lo sabía, ¿eh?

—¿El qué, aita?

—Lo otro.

—¿Qué otro, aita?

No contestó. Bajó la cabeza un segundo. La levantó. Otra vez los ojos enteros. Otra vez aita.

—Ya.

—Ya, aita.

—Ya, hija.

—Sí.

Cerró los ojos. Los apretó dos segundos. Cuando los abrió, ya no estaban. Ya no estaba. La mirada volvía a no enfocar. La cabeza se le había caído un milímetro hacia el hombro derecho. La boca se le había abierto medio dedo.

Treinta segundos. Quizá menos.

Le pasé el dorso de la mano por la mejilla. La tenía caliente. Por dentro estaba caliente, aunque las manos las tuviera frías. Eso siempre había sido así.

—Aita.

No contestó.

—¿Quieres más sopa?

No contestó. Pero abrió la boca un poco. Le acerqué la cuchara. Tragó. Otra. Tragó. Otra. Tragó.

Le di la sopa entera. Tardé veinte minutos. Aita comió como cualquier otra tarde de las cien que llevaba comiendo así. Sin

mirarme. Sin saber del todo que era yo. Tragando porque cuando se le acercaba la cuchara, había que tragar.

Cuando terminamos, le limpié la barbilla con una servilleta. Le coloqué el embozo de la mantita por encima de las rodillas. Le toqué el hombro, dos segundos. Recogí el plato. Lo puse en la bandeja.

Anselmo, en su cama, dijo algo del Athletic.

—¿Qué decís, Anselmo? —dije, porque tampoco tenía con quién más hablar en esa habitación.

—Que el míster es un melón.

—Hala.

—Pues sí.

—Pues sí.

Salí. Loreto estaba en el pasillo con un carro de toallas.

—¿Bien?

—Ha estado un rato.

—¿Te ha hablado?

—Treinta segundos, te diría. Me ha preguntado por el coche.

—¿Por el coche?

—Por si lo había traído. Le he dicho que no, que en taxi.

—Hala. Eso es bueno, ¿eh? Que se acuerde de cosas.

—Sí.

—¿Ha dicho algo más?

Me quedé un segundo con la mano apoyada en el carro de Loreto.

—Algo de mi madre.

—Bueno. Eso lo dice cada tres días, ¿no? Que la nombra.

—Sí.

—Vale.

—Vale.

Bajé. Cogí el bolso del armario del fondo, donde lo había dejado. Le di las gracias a la chica de recepción. Salí.

En el aparcamiento esperé al taxi de vuelta cinco minutos. El viento del norte seguía. Las hojas de los plataneros volaban por encima del aparcamiento. Una se me pegó al abrigo y se fue por sí sola en un golpe.

Llegó el taxi. Subí. Le di la dirección de Algorta.

—¿Calle Telletxe?

—Calle Telletxe.

—Vale.

Apoyé la cabeza en el cristal. Me dormí cinco minutos. Me desperté en la rotonda de Berango. Volví a dormirme. Me desperté en la calle Telletxe.

Subí. Garazi estaba en el sofá con el ordenador.

—¿Cómo está?

—Igual.

—Vale.

—Ha estado un poco lúcido.

—¿Sí?

—Treinta segundos.

—¿Te ha dicho algo?

—Me ha preguntado por el coche.

—Hala.

—Ya.

—¿Algo más?

—Algo de mi madre.

—¿De la tuya?

—De la mía.

—¿Qué?

—Algo. Que ella sabía.

—¿Que sabía qué?

—No lo dijo.

—Vale.

—Ya.

Garazi no preguntó más. Garazi llevaba dieciséis años sabiendo cuándo no preguntar.

Me senté en el otro lado del sofá. Me quité los zapatos. Apoyé los pies en el cojín del medio. Garazi siguió tecleando. Yo me quedé mirando una mancha pequeña que tenía la pared del fondo, encima del marco de la puerta del balcón, una mancha que llevaba ahí desde que nos habíamos mudado y que las dos llevábamos años sin pintar porque siempre se nos olvidaba.

Aita me había dicho que mi madre lo sabía. Lo otro. Mi ama lo sabía. Lo otro.

No había sabido contestarle.

Joder.

Eso lo registré. Lo dejé donde estaba. Cerré los ojos. Me quedé un rato así.

Eso fue ese martes. Eso fue una tarde de octubre del dos mil veinticuatro. Lo demás siguió.

19

Sestao

En la sala de material, a las cuatro cuarenta y cinco, Wilson saca la jeringa del bolsillo interior de la chaqueta. Lleva ahí desde las nueve y media de la noche, cuando se la metió antes de salir de casa. El plástico se ha calentado contra el cuerpo. Eso le viene bien. Lo frío llama la atención. Lo a temperatura, no.

La jeringa es de tres mililitros. La aguja, fina. Dentro, un líquido turbio amarillento que él consiguió en octubre del primo de Lourdes que limpia un laboratorio en la Universidad. El primo no preguntó. Wilson tampoco le explicó. El primo le debía un favor desde dos mil dieciocho, cuando Wilson le ayudó con un papel de extranjería, y cuando Wilson le pidió esa cosa concreta hace tres meses, el primo dijo sí, hermano, y al sábado siguiente le entregó una bolsita pequeña con tres ampollas en una caja de polietileno blanco de las del marisco congelado.

Eso fue en octubre.

Wilson la guardó en la nevera de abajo, la pequeña, la del garaje, que es la suya y no la sube nadie. La movió a la mochila el día treinta de diciembre. La metió en una funda térmica de las del seguro médico. Esta noche la ha llevado encima toda la guardia.

Cierra la puerta de la sala de material por dentro. Solo unos segundos. Aprieta el pequeño émbolo de la jeringa hasta que sube una gota minúscula a la punta de la aguja, comprueba que pasa el líquido, vuelve a tirar el émbolo hacia atrás dos décimas. Bien.

Se mete la jeringa en la palma cerrada, con la aguja hacia el interior de los dedos. La protege con el pulgar. Desde fuera, una mano cerrada normal.

Abre la puerta. Sale. Cruza el pasillo despacio.

En la 410, ronquidos. En la 411, ronquidos también. En la 415, Pepita respira por la boca. La 419 sigue cerrada. La 412 está al final del pasillo, tras la curva.

Itxaso no le ve. Itxaso está escribiendo en el ordenador del control, espalda hacia el pasillo. La 412 queda fuera de su línea de vista desde su silla.

Wilson llega a la 412. Toca con los nudillos, dos golpes muy flojos. Espera tres segundos. Empuja.

Begoña levanta la cabeza desde la silla. Tiene el termo medio vacío. Tiene un libro abierto. Tiene los ojos un poco hinchados, no de llorar, de las cuatro y cuarenta y cinco de la mañana en una silla de hospital.

—Buenas, señora.

—Buenas.

—Vengo a llevarme la bandeja del caldo. Si me deja.

—Sí, sí. Lléveselo, hijo.

—Gracias.

Wilson se acerca a la mesilla, por el lado derecho, el que da a la cama. La bandeja está donde la había dejado Begoña hacia las dos, después del primer caldo. El plato pequeño, la cucharilla, la servilleta. Wilson la coge con la mano izquierda, despacio, como si pesara. Pesa lo justo.

Don Iñaki duerme. Cabeza un milímetro hacia el hombro derecho, la boca abierta medio dedo, una respiración por la nariz que ya no hace ruido.

—Está tranquilo el señor.

—Está tranquilo, sí.

—Bueno.

Wilson levanta la bandeja con la mano izquierda, a la altura de la cintura. Con la mano derecha, la del puño cerrado, se apoya en la barra de la cama, como quien se ayuda al dar la vuelta. Esa apoyada le pone la mano a treinta centímetros del puerto en Y de la línea de suero, el pequeñito, el blanco, el de pinchar.

Begoña está mirándole. Wilson sostiene la mirada un segundo, le sonríe sin enseñar dientes, dice:

—¿Quiere que le suba algo del office, señora? ¿Una manzanilla?

—No, hijo. Gracias.

—¿Un agua?

—Un agua sí, mira. Si me la trae.

—Se la traigo.

—Gracias.

Begoña baja la cabeza al libro. Aparta la vista dos segundos. Es lo que Wilson necesita.

Wilson, con la mano derecha que tenía cerrada en la barra, hace un solo movimiento. Saca la jeringa. La acerca al puerto en Y. Pincha. Empuja el émbolo, los dos décimos enteros, casi cero punto seis mililitros. Aprieta hasta el tope. Saca la aguja. Se mete la jeringa otra vez en la palma cerrada. Vuelve a apoyarse en la barra como si no hubiera pasado nada.

Cuatro segundos.

Begoña sigue con el libro.

—¿La bandeja se la subo entonces? —dice Wilson, con la voz exactamente igual que antes.

—Sí, sí. Y el agua.

—Y el agua.

Wilson se separa de la cama. Lleva la bandeja en la mano izquierda. La derecha, otra vez en el bolsillo, con la jeringa dentro.

—Hasta ahora, señora.

—Hasta ahora.

Sale. Cierra la puerta despacio.

En el pasillo se queda quieto un segundo. La planta sigue. Itxaso no ha levantado la cabeza. Nadie ha visto nada.

Camina hacia la sala de material. Pasa por delante del office. Dentro, Iker el residente está ahora despierto, con una taza de café en la mano y los ojos rojos. Iker le saluda con la barbilla. Wilson le devuelve el saludo. Sigue.

En la sala de material, abre el contenedor de biocontaminantes. Es un cubo amarillo con tapa pivotante. Tira la jeringa dentro, con cuidado de meterla por la apertura sin mirarla más. La jeringa cae sobre otras. Cierra la tapa. Lo registra como cualquier otro día.

Se queda un segundo de pie en la sala vacía. Apoya la palma derecha en la pared, no le tiembla. Eso lo había pensado: que iba a temblar. No tiembla.

Ahora va a por el agua de Begoña. La señora ha pedido un agua. Hay que llevársela. Por dignidad. Por respeto. Por que la cosa que él ha hecho hace ochenta segundos no se note en ningún sitio del resto de la noche.

Va al office. Coge una botella de agua pequeña, de las de medio litro, de la nevera del personal. Coge un vaso de plástico de la torre. Coge una servilleta. Va.

Toca puerta. Entra. Le deja a Begoña la botella y el vaso encima de la mesilla, separados de la bandeja del caldo, que ya se ha llevado.

—Aquí tiene, señora.

—Gracias, hijo.

—Si necesita cualquier cosa, llame, ¿eh?

—Llamo.

Sale. Cierra. Camina hacia el control. Wilson respira despacio. Cuando llega al control, Itxaso levanta la cabeza por primera vez en quince minutos.

—¿Bandeja?

—Bandeja.

—¿Bien la señora?

—Bien.

—¿El señor sigue dormido?

—Sigue dormido.

—Vale.

—Vale.

Wilson se sienta en su silla. La silla del rincón, la suya, la que tiene la cinta americana en la pata desde antes de que Itxaso entrara a trabajar en esta planta. Saca el termo negro del bolsillo. Lo abre. Se sirve un sorbo pequeño de café. Lo bebe.

El café no le sabe a nada.

Eso ya se lo había explicado Lourdes una vez, hace muchos años, cuando él volvía del entierro de su madre en Esmeraldas y se sentaba en la cocina del apartamento de Sestao y se servía un café y no le sabía a nada. Lourdes le decía, mijo, esto es porque la cabeza está en otra parte. La lengua espera a la cabeza. Cuando la cabeza vuelva, la lengua también.

Lourdes lo decía bien.

Wilson no piensa hoy en Lourdes mucho. Hoy piensa más en Karla. En que hoy, primero de enero, Karla habría cumplido veinticinco años. La cuenta la lleva siempre. La cuenta no se olvida. Un primero de enero del dos mil uno nació Karla en la maternidad pública de Quito, a las cuatro y veintitrés de la madrugada, hora exacta. Esta hora era la suya. Esta hora era la de cumpleaños.

Wilson se queda con el termo entre las dos manos. La planta sigue tranquila. La 412, monitor sinusal, sesenta y siete. Eso ya empieza a subir. Eso ya empieza.

En la cabeza, despacio, Wilson cuenta lo que sabe.

Karla nació en Quito. Karla creció en Quito hasta los nueve años. Karla vino a España en dos mil diez, en abril, en un avión con su madre y con él, a un piso de la calle Cotorruelo de Sestao, número doce, segundo derecha. Karla estuvo en ese piso siete años. Karla

estaba en ese piso cuando Lourdes murió en dos mil quince, cuando le dieron el cáncer en el hospital de Cruces, en la planta de oncología del cuarto sótano, sin que él pudiera hacer nada. Karla siguió en ese piso después, los dos solos, los dos haciendo lo que se podía. Karla salió de ese piso en agosto de dos mil diecisiete porque vino el papel del juzgado. El papel decía Goirizelaia Construcciones, S.L. El papel decía abandono del inmueble a los treinta días. El papel decía que el dueño del bloque entero lo había vendido al fondo, y que el fondo había vendido el bloque a la promotora, y que la promotora era de Goirizelaia Construcciones, S.L., y que iban a tirar el bloque entero para hacer un apartahotel.

Wilson llamó. Wilson escribió cartas. Wilson fue a la oficina de la avenida del Ferrocarril a hablar con el comercial. El comercial era un señor con corbata, joven, de unos treinta, que le dijo, hijo, esto no es conmigo, esto es con el dueño, y el dueño está en Bilbao, y el dueño no recibe a nadie. Wilson le dijo, soy padre soltero, tengo a mi hija de quince años, y el señor de la corbata le dijo, papá, lo siento, los tribunales son los tribunales.

Wilson y Karla se mudaron a una pensión que se llamaba Marisol, en una calle pequeña detrás de la estación de cercanías. Una habitación con cocina americana, baño compartido, ventana al patio. Cinco años allí. Karla terminó el bachillerato. Karla empezó a trabajar de camarera en un sitio de la Gran Vía. Karla pensó a veces en estudiar, pero no estudió. Karla no se quejó.

En marzo del dos mil veinte vino el confinamiento. Karla no podía trabajar en el sitio de la Gran Vía. La pensión cerró el desayuno. La calefacción del bloque la racionaban. Karla cogió primero un constipado en la primera semana. Después una bronquitis. Después algo peor. Al cabo de doce días le subió la fiebre a treinta y nueve y medio y no le bajaba con paracetamol. Wilson llamó al cero ochenta y dos. Le dijeron, espere. Llamó al ciento doce. Le dijeron, no es grave. Llevó a Karla a la urgencia de Cruces andando, porque no había taxi, porque era el siete de abril del dos mil veinte y no había taxi. La triajearon a las nueve de la noche. La ingresaron a las once.

La intubaron a las dos de la madrugada. La perdieron a las cinco y diez de la mañana del ocho de abril.

Karla tenía diecinueve años.

Wilson volvió a la pensión a las siete de la mañana del ocho de abril en una ambulancia que le acercó porque ya no era hora de andar por Sestao. La habitación estaba como ellos la habían dejado a las siete y media de la noche anterior: la lámpara encendida, la taza de manzanilla a medio en la mesilla, el pijama de Karla doblado encima de la cama por si le hacía falta. Wilson cerró la puerta. Se sentó en la cama. Se quedó tres días.

Cuando volvió a hablar con alguien, fue con Idoia del banco de sangre, que vino a verle a la pensión con una bolsa con comida y un termo de caldo. Idoia le dijo, hijo, no estás solo. Wilson le dijo, gracias, hija. No estaba solo, no, pero ya no estaba acompañado tampoco. Eso era distinto.

Wilson volvió a Cruces al cabo de un mes. La gerencia le tuvo de baja con sueldo dos meses más. Cuando volvió, Larrañaga, el jefe del servicio, le dio la mano. Le dijo, Wilson, lo de tu hija fue muy duro, todos lo sentimos. Wilson le dio la mano. Le dijo, gracias, doctor. Larrañaga le palmeó el hombro. Larrañaga era amigo de Goirizelaia desde hacía cuarenta años. Wilson lo sabía. Wilson lo sabía desde el principio.

Eso fue dos mil veinte.

Cinco años y nueve meses después, esta noche, primero de enero del dos mil veintiséis, Wilson termina su café del termo a las cinco menos diez. La 412 marca sinusal, sesenta y ocho.

Itxaso, sin levantar la vista del ordenador, dice:

—La 412 le está subiendo un poquito el ritmo, ¿eh?

—Un poquito.

—Aviso a la doctora en una vuelta más.

—Vale.

—¿Tú estás bien, Wilson?

—Estoy bien, hija.

—Vale.

Wilson cierra el termo. Lo mete en el bolsillo grande de la bata. Saca de otro bolsillo una galleta María envuelta en una servilleta. Se la pone delante. La mira un segundo. La devuelve al bolsillo sin probarla.

La galleta tampoco le sabría a nada hoy. Ya volverá el sabor.

Cuando vuelva, será otra cosa.

20

La planta llama

A las cuatro y cincuenta y cinco, Itxaso me llama por el comunicador.

—Aritzeta. La 412.

—Voy.

Cuelgo. Cierro el cuaderno que estaba mirando —ya cerrado realmente, lo había guardado, pero el gesto de cerrarlo otra vez es lo que hace el cuerpo cuando hay marrón. Salgo del despacho. La planta a las cuatro cincuenta y cinco no es la planta de las dos. La planta a las cuatro cincuenta y cinco es la planta que ya empieza a mover algo.

Llego al control. Itxaso está de pie frente al monitor.

—Sinusal a ciento doce, Aritzeta. Ha subido en seis minutos.

—Tensión.

—Ochenta y cuatro con cincuenta y dos. Hace diez minutos era trece con siete.

—Joder.

—Joder.

—Saturación.

—Noventa y dos.

—Vamos.

Iker viene detrás. Se ha terminado el café. Tiene la bata bien puesta y los ojos rojos pero presentes. Bien.

—Naia, Lola, ¿dónde?

—Naia escribe. Lola está en la 408.

—Avísalas. Naia que se prepare. Lola que siga ahí, que la 408 tampoco está bonita.

—Vale.

Vamos a la 412. Itxaso a la izquierda, yo en medio, Iker a la derecha. Toco la puerta dos veces. Empujo.

Begoña ya está en pie al lado de la cama. Goirizelaia tiene los ojos abiertos. Tiene la boca abierta también, no medio dedo, abierta del todo. Suda. La frente le brilla. Tiene la mano izquierda fuera del embozo, agarrando el brazo de la cama, agarrándolo con fuerza, los nudillos blancos.

—Doctora —dice Begoña. La voz le ha cambiado. La voz le ha bajado.

—Begoña, tranquila. Vamos a estar todos aquí.

—Le ha dado una cosa.

—Vamos a verlo. Ahora. ¿Vale?

—Vale.

Voy directa al lado de la vía. Iker al de la cabecera. Itxaso al monitor. Goirizelaia me mira. Tiene los ojos un poco amarillos por la fiebre y muy abiertos por el susto. Eso es lo que hay esta vez.

—Don Iñaki, soy Aritzeta, su médica. ¿Me oye?

—Aritzeta —dice. Lo dice con esfuerzo. Tose una vez. Dos.

—Bien. Eso es bueno. ¿Le duele algo?

—Aquí.

Se lleva la mano abierta al pecho, encima del esternón. La aprieta.

—Ya.

—Aquí dentro.

—Vale. Vamos a mirarlo. Aguante.

Le toco la frente. Caliente. Mucho. Le toco las muñecas. Frías. Eso es malo. Eso es malo joder.

—Iker, una vía más. La de la izquierda parece que mete poco. Coge la del antebrazo derecho, dieciocho. Suero rápido, mil mililitros de fisiológico ahora. Hemocultivos, dos sets. Hemograma, bioquímica, gasometría arterial, lactato, troponinas, dímero D. Y un ECG. Llama a la UCI ya. Y a anestesia.

—¿Anestesia ya?

—Ya.

—¿Larrañaga?

—No. UCI a su guardia. Anestesia, que baje Aitana, que está libre tras la cesárea.

—Vale.

Iker sale al control a llamar. Itxaso me alcanza el saturímetro de dedo. Lo pongo. Noventa. Le coloco la mascarilla de ventimask al treinta y cinco.

—Don Iñaki, le voy a poner una mascarilla. Para respirar mejor. ¿Vale?

—Vale.

—Begoña. Mire, vamos a tener que ponernos al señor encima ahora mismo. Vamos a hacer pruebas. Vamos a estabilizarlo. ¿Me sigue?

—Sí, doctora.

—No se va de la habitación, no se preocupe. Pero quizás le pidamos que salga al pasillo un rato cuando pongamos el carro. ¿Le parece?

—Lo que usted diga, doctora.

—Vale.

Begoña ha cogido el termo plateado entre las dos manos. Lo aprieta. Como yo he visto a otras mujeres apretar los rosarios en estos pasillos cuando empieza el lío. Eso lo registro. No puedo registrarlo más, hay que seguir.

Itxaso ha sacado la nevera de fármacos del carro pequeño, está preparando una bandeja. Iker vuelve.

—Aitana baja. UCI, viene un adjunto.

—¿Y el de cuidados críticos?

—El de cuidados críticos viene también.

—Bien.

Iker me alcanza el equipo de la vía periférica. Le pongo el torniquete a Goirizelaia en el brazo derecho. Le palpo la cefálica. Sigue. Pincho. Sale flujo. Conecto. Suelto el torniquete. Itxaso conecta el suero y abre.

—Litro a chorro.

—A chorro.

Iker, que se había agachado a mirar bien la cara de Goirizelaia, levanta la vista.

—Aritzeta.

—¿Qué.

—Yugular ingurgitada, eh.

Me asomo. La yugular derecha está como una manguera. La izquierda también. Le miro al reloj. Nueve segundos.

Iker me mira. Tiene la cara que tienen los R3 cuando llegan a un sitio que les habían explicado en clase y reconocen el dibujo del libro encima del paciente.

—Joder —dice.

—Joder.

Sigo. Le ausculto los tonos cardíacos. Apagados. Apagados de los apagados. Como si tuvieran encima una manta. Le miro la tensión que Itxaso me grita: setenta y ocho con cuarenta y ocho.

—Saca el ecógrafo, Iker. Ahora.

—Voy.

Sale. Itxaso, sin que se lo pida, ya está cogiendo a Goirizelaia los signos otra vez.

—Sat ochenta y nueve. Frecuencia uno veintiuno.

—Vale.

—Vale.

—Begoña, voy a pedirle que salga al pasillo. Itxaso le acompaña.

—Doctora, ¿qué es?

—Hay líquido alrededor del corazón. Hay que mirarlo. Si confirmamos, hay que sacarlo.

—Sacarlo cómo.

—Con una aguja, por debajo del esternón. Lo hace anestesia con sedación. Dura cinco minutos. Vamos a tener que hacerlo aquí o en la UCI según veamos.

—Vale.

—Salga conmigo, anda. Itxaso le acompaña al office. Le hace una manzanilla. Vuelve enseguida.

—Vale.

Itxaso le pasa el brazo. Begoña se deja llevar. Todavía con el termo entre las manos. No lo suelta. Nadie le dice que lo suelte. Salen.

Iker vuelve con el ecógrafo. Lo empuja. Tira el cable. Lo enchufa. Yo le quito el camisón a Goirizelaia desde el cuello hasta la cintura. La piel del esternón está caliente. Le pongo gel. Cojo la sonda.

—Don Iñaki, ¿me sigue?

—Le sigo.

—Voy a poner un cacharro frío en el pecho.

—Frío.

—Frío.

Apoyo la sonda en el espacio subxifoideo. Aprieto el ángulo. Busco. Una pasada. Otra. Ahí.

—Joder —dice Iker, mirando la pantalla.

—Joder.

El derrame es importante. Se ve la cuña negra alrededor del ventrículo derecho. El ventrículo derecho colapsa en diástole. Eso es taponamiento.

—Pasamos al cuatro cámaras.

—Sí.

Le ajusto la sonda al espacio paraesternal. Cuatro cámaras. Lo mismo. El derrame importante. Colapso de cavidades derechas en diástole. Mecánica de taponamiento de manual.

Quito la sonda. Le seco el gel del esternón con una compresa.

—Iker.

—¿Sí?

—Hay que hacer pericardiocentesis ya.

—¿Aquí?

—Aquí. No le da tiempo a bajar a la UCI con esta tensión.

—Vale.

—Tú sigues con la vía, los hemo, las cosas. Que Naia te ayude a sacar las pruebas mientras yo me preparo. Cuando llegue Aitana, sedamos, le hacemos.

—Vale.

—Llama a Aitana otra vez. Que venga ya. Que es urgente.

—Voy.

Sale al pasillo. La puerta se cierra detrás. Goirizelaia me mira desde la cama con la mascarilla puesta.

—Aritzeta —dice. Bajo. Ronco.

—Don Iñaki.

—Esto es feo.

—Es feo.

—¿Voy a salir?

Lo miro. La cara, el sudor, los ojos un poco amarillos ya. La pregunta de un señor que en otra noche, en otro contexto, no me habría preguntado nunca a mí. Esta noche me pregunta. Hay que contestarle.

—Vamos a hacer todo lo que se hace, don Iñaki. Le voy a sacar el líquido del pecho ahora. Le va a aliviar.

—Vale.

—Aguante.

—Aguanto.

Le toco el hombro derecho. Le aprieto dos segundos. No es nada lo que se hace en estos casos. Pero es algo.

Le suelto.

Itxaso vuelve.

—Begoña ya. La he dejado en el office con Wilson, que le está haciendo una manzanilla.

—Bien.

—Aitana sube por la escalera, no espera ascensor.

—Como siempre.

—Como siempre.

—Trae el carro de paro y el equipo de pericardiocentesis.

—Va.

Sale. Vuelvo a la mesilla. Saco del bolsillo el bolígrafo Bic azul, el del segundo intento. Saco del bolsillo el cuaderno azul. Lo abro por la página de hoy. La mitad de abajo, con la letra cuidada, debajo de la última entrada que había escrito a las cuatro y diez después de Larrañaga.

Escribo la hora. Escribo dos palabras. Cierro el cuaderno. Lo guardo en el bolsillo de la bata, no en el cajón, ahora ya no me da tiempo a ir al cajón.

Goirizelaia me mira otra vez.

—¿Qué escribe usted ahí?

—La hora.

—Ya.

—Don Iñaki, voy a salir un segundo. Vuelvo en cuarenta segundos. Aguante.

—Aguanto.

Salgo al pasillo. El carro de paro ya viene, lo empuja Naia, todavía con la coleta apretada y la cara seria. Aitana entra por la otra puerta del pasillo, todavía con el pijama verde, todavía con la mancha

marrón de la rodilla derecha que le había visto a las tres. Se ha puesto un gorro de tela limpio. No me sonríe. No es el momento.

—¿Lo tienes?

—Lo tengo.

—¿Quién hace la centesis?

—Yo. Tú me sedas.

—Vale. Esto es feo, ¿no?

—Esto es muy feo.

—Vale.

—Vamos.

Entramos. La puerta de la 412 se cierra detrás de nosotras.

21

Remi

Aitana entra detrás de Aritzeta. La 412 huele a sudor y a iodo. Iker y Naia están a un lado del carro de paro. Itxaso al otro lado. Don Iñaki está en la cama con la mascarilla puesta, la sat al ochenta y nueve, la frecuencia a uno veintidós, la tensión que sigue cayendo. La luz del cabecero está encendida del todo. Las contraventanas, abiertas. La hora del monitor: cinco menos uno.

Aitana saluda con la barbilla a los residentes. Iker y Naia le devuelven el saludo. No se habla más, no es momento. El equipo de pericardiocentesis ya está abierto en la mesa auxiliar, con el campo verde extendido, las pinzas, los tubos, la aguja larga del kit. Itxaso está terminando de preparar el carro de fármacos.

Aritzeta ya se ha lavado las manos y se ha puesto bata estéril. Iker la está vistiendo —guantes—, en silencio.

Aitana va al cabecero. Se inclina sobre Goirizelaia.

—Don Iñaki.

—Doctora.

—Soy Aitana, anestesista. Le voy a sedar para que la doctora le pueda hacer lo del pecho. ¿Vale?

—Vale.

—¿Es alérgico a algún medicamento?

—No que sepa.

—¿Va a doler?

—No va a doler. Le voy a poner unos sedantes. Va a estar dormidito. Cuando se despierte, ya está hecho.

—Vale.

—¿Tiene una dentadura postiza?

—No.

Aitana le palpa la mandíbula. Bien. Le mira la apertura oral. Mallampati dos. Iker ha cogido la vía nueva en el antebrazo derecho, está bien, da flujo. El monitor de presión está cogido al brazo izquierdo. El de saturación al dedo índice derecho.

—Aritzeta —dice Aitana, sin mirarla—, te aviso cuando esté.

—Vale.

Aritzeta sigue con el campo. Le pinta el subxifoideo con yodo. Tres pasadas. La piel del esternón está caliente y un poco amarilla por la fiebre. Aitana lo registra.

Aitana abre el carro. Coge la jeringa de midazolam que Itxaso ya ha preparado, dos miligramos diluidos. La ve. Está bien. La deja en la mesa.

Coge la jeringa de remifentanilo. Esta la ha preparado Itxaso siguiendo la dilución estándar: cincuenta microgramos por mililitro, jeringa de cinco mililitros, etiqueta de Itxaso con la hora de preparación. Bien. La deja en la mesa también.

Coge una jeringa vacía nueva, de diez mililitros, del primer cajón. La deja en la mesa.

Aitana se gira hacia Itxaso.

—Itxaso, ¿me das un vial de remi nuevo?

—Tienes el de la jeringa.

—Quiero margen. Este señor con el shock puede que necesite más. Si entro corta, vuelvo a buscar y son cuatro minutos.

—Vale.

Itxaso le pasa un vial de remifentanilo de un miligramo. Aitana lo coge. Lo pincha con la jeringa nueva de diez mililitros. Tira del émbolo. Aspira el contenido entero. Lo deja en la mesa.

Itxaso ya ha vuelto a su sitio al lado del carro de paro. No mira más.

Aitana abre la llave de tres pasos en el catéter del antebrazo derecho. Conecta la jeringa de midazolam. Inyecta dos miligramos. Espera diez segundos. Don Iñaki cierra los ojos.

—Don Iñaki, ¿me oye?

—Sí, doctora.

—Bien. Vamos a poner otra cosa ahora.

—Vale.

Aitana coge la jeringa de remifentanilo preparada por Itxaso —cincuenta microgramos por mililitro— y conecta. Inyecta cero punto cinco mililitros, veinticinco microgramos. Bolo lento. Don Iñaki se va a noventa.

—Sat noventa. Frecuencia uno dieciocho —dice Itxaso.

—Vale.

—Aritzeta, ¿lo notas? —dice Iker, que está al lado del campo.

—Lo noto. Sigue.

Aitana se queda dos segundos mirando a don Iñaki. Tiene los ojos cerrados, la mandíbula relajada, la respiración bajando a doce por minuto. Bien.

Aitana, con la jeringa nueva de diez mililitros en la mano izquierda —la del remi sin diluir, la del miligramo entero—, conecta la llave de tres pasos. Cierra el paso al otro lado. Empuja el émbolo. Despacio. Despacio. Despacio.

Cinco segundos. Diez. Quince.

Le entra todo el bolo.

Un miligramo entero de remifentanilo intravenoso en bolo. Un señor con shock séptico, taponamiento, anticoagulado, setenta y un años.

Eso es matarlo.

Aitana lo había decidido a las once. Cuando Aritzeta la había mirado al pasar por el control y Aitana había leído en esa mirada lo que llevaba siete años sin leer.

Aitana cierra el paso. Saca la jeringa. La deja en la mesa, boca abajo, con la etiqueta hacia el campo, donde no se ve.

—Remi en bolo, veinticinco microgramos —dice, alta, con la voz exactamente igual que antes—. Apunta, Itxaso.

—Veinticinco. Apuntado.

Aritzeta, desde el campo, sin levantar la cabeza:

—¿Está sedado?

—Está sedado. Hazlo.

—Voy.

Aitana se queda al cabecero. Se pone los dedos índice y medio en la carótida de don Iñaki. Late. Late más despacio. Lo siente bajar. Cien. Noventa y cinco. Noventa.

—Frecuencia bajando —dice Itxaso—. Setenta y siete. Setenta.

—Está respondiendo a la sedación, déjalo —dice Aitana.

—Vale.

Aritzeta entra con la aguja del kit en el subxifoideo. Aitana no la mira. Aitana mira a don Iñaki. Le abre el párpado derecho con el pulgar. La pupila no responde a la luz del bolígrafo. Cierra el párpado.

La carótida late más lento. Sesenta. Cincuenta y cinco.

Aitana piensa en Iratxe.

Iratxe esta noche está en casa de su padre, durmiendo. A las nueve de la mañana se despertará y abrirá el regalo que Aitana le dejó debajo de la almohada antes de bajar al hospital. Un anillo de plata con una piedra pequeña de color verde, que Aitana le compró en una joyería de Algorta hace dos semanas. Iratxe lo va a abrir y va a pensar que su madre ha estado pensando en ella mientras trabajaba toda la noche.

Eso es exacto.

—Cincuenta y dos —dice Itxaso—. Aitana, oye.

—La frecuencia me está respondiendo lenta a la sedación. Es por la hipovolemia y la hipotensión. Esperamos.

—Vale.

Iker, desde el campo, levanta la cabeza:

—Aitana.

—Iker.

—¿Está bien?

—Está sedado.

—Sat ochenta y cinco.

—Ya.

Aritzeta, sin levantar la cabeza tampoco:

—Aitana, tensión.

—Mantengo. Setenta sistólica.

—Entró bien la aguja. Estoy aspirando.

Aitana ve, sin mirar, cómo Aritzeta tira del émbolo de la jeringa del kit. Sale líquido. Líquido oscuro, no claro. Eso es bueno. Eso es lo que tenía que salir. Aritzeta tira más. Llena la jeringa hasta cien mililitros. Cierra la llave. Pasa al recolector. Vuelve a tirar.

—Saliendo. Va saliendo.

—Bien —dice Aitana.

Don Iñaki ya no respira por sí mismo. La sat se ha caído a setenta y ocho. La frecuencia, a cuarenta y cuatro.

—Aitana —dice Itxaso.

—Sí.

—Frecuencia cuarenta y dos.

—Le voy a meter atropina, espera. No, espera, deja que termine la aspiración primero.

—Vale.

Aitana coge la mascarilla de oxígeno con bolsa autoinflable de la repisa, la conecta a la mascarilla del paciente, empieza a ventilar a

mano. Bolsea despacio, doce por minuto. La sat sube a ochenta y dos. Iker está observando.

—¿Quieres que intube? —dice Iker.

—No. Todavía no. Termina primero la doctora.

—Vale.

Aitana sigue bolseando. Aritzeta sigue extrayendo. Doscientos mililitros sale a la jeringa de cien y de ahí al recolector. Tres veces. Trescientos. La cuña negra que se veía en el ecógrafo está disminuyendo.

—Estoy mejor, Aritzeta —dice Iker, mirando el monitor—. La frecuencia se está recuperando. Sesenta y dos. Sesenta y ocho.

—Bien —dice Aritzeta.

—Tensión, ochenta y cuatro. Subiendo.

—Bien.

—Sat setenta y ocho.

—No tan bien.

Aitana sigue bolseando. Don Iñaki ya no responde a nada. Las pupilas, las dos, fijas y medias. El reflejo corneal, ausente. Aitana, en su cabeza, hace cuentas. La pericardiocentesis ha aliviado el taponamiento. El corazón vuelve a tener sitio para llenarse. Pero el remi del bolo grande está bloqueando la respiración del señor entera. La mascarilla con bolsa es lo único que le mete aire.

—Aritzeta, este señor no respira —dice Aitana, levantando la voz un poco—. Voy a intubar.

Aritzeta levanta la cara del campo por primera vez.

—¿Qué?

—Que no respira. La sedación le está pegando duro. Voy a intubar.

—Vale. Termina, Iker, tú.

—Voy.

Aritzeta deja el campo en manos de Iker, que sigue extrayendo el resto del derrame. Se quita los guantes estériles. Se acerca al

cabecero. Se queda al lado de Aitana.

—¿Qué le pasa?

—Está apneico. Le ha pegado el remi muy fuerte. La hipovolemia y el shock, todo a la vez.

—¿Cuánto le has metido?

—Veinticinco microgramos, lo normal.

—¿Y el midazolam?

—Dos miligramos.

—Joder.

—Joder.

Aitana le mira a Aritzeta dos segundos. Aritzeta no la mira a ella. Aritzeta está mirando a don Iñaki. Aitana coge el laringoscopio que Itxaso ya le ha sacado del cajón. Pala Macintosh tres. Bien.

—Paso a intubar.

—Pasa.

—Itxaso, succinilcolina, cien.

—Cien, va.

Itxaso prepara. Aitana coloca a don Iñaki en olfateo, le abre la boca con la mano izquierda, mete el laringoscopio. Visualiza las cuerdas. Cormack uno. Bien. Itxaso le pasa la succinil. Aitana inyecta. Espera. Cuando el señor relaja del todo, mete el tubo siete y medio, cuff, infla, comprueba, ausculta los dos lados. Está dentro. Bien.

Conecta el respirador portátil. Volúmenes ajustados al cuerpo de don Iñaki. Frecuencia doce. PEEP cinco. FiO_2 cien.

—Está dentro —dice Aitana.

—Está dentro —dice Itxaso, en el monitor.

Sat sube. Ochenta y cinco. Noventa. Noventa y dos.

—Frecuencia cardiaca —dice Aitana—. ¿Itxaso?

—Cuarenta y ocho.

—¿Tensión?

—Ochenta y dos sistólica.

—Bien. Lo dejamos así dos minutos. Si no remonta, atropina.

—Vale.

Iker termina la extracción. Cierra la aguja. Saca el catéter de pericardio que ha dejado puesto. Cierra el campo.

—Quinientos cuarenta de líquido —dice Iker—. Pinta hemático.

—Hemático.

—Aritzeta.

—Sí.

—El líquido pinta hemático. Hemopericardio.

—Lo veo.

—¿Anticoagulado?

—Anticoagulado. Sí. Más la sepsis.

—Vale.

Aritzeta vuelve a su sitio al lado del cabecero. Coge la mano derecha de don Iñaki. La sostiene. Aitana no le dice nada. Aritzeta tampoco a Aitana. Las dos miran el monitor.

Sinusal, cuarenta y nueve. Tensión, ochenta y tres. Sat, noventa y tres.

—Está mejor —dice Aritzeta.

—Está mejor el corazón —dice Aitana—. La cabeza no sé.

—Ya.

—Va a tardar en despertar.

—Va a tardar en despertar.

Aitana cierra el cajón del carro de fármacos. La jeringa vacía de diez mililitros sigue en la mesa, boca abajo, con la etiqueta hacia el campo. Itxaso la coge para tirar al contenedor.

—Itxaso —dice Aitana.

—¿Sí?

—Esa la tiro yo.

—Vale.

Itxaso le pasa la jeringa. Aitana la coge. La mete entre los dedos cerrados de la mano izquierda, como Wilson la había metido a las cuatro y cuarenta y cinco. Sin mirarla más. Va al contenedor amarillo de la sala de material, abre con el pie, tira. Tapa. Vuelve.

Cuando vuelve, Aritzeta sigue al lado del cabecero. Le ha aflojado el cuello del pijama de don Iñaki, que llevaba más apretado de lo que habría que. Le ha colocado el embozo encima del esternón. Le ha tocado la frente con dos dedos. La frente sigue caliente, pero ya no tanto.

—Sigue —dice Aitana, al lado de Aritzeta.

—Sigue.

—Le voy a poner la atropina si no recupera.

—Vale.

—Y le voy a meter una nora, te aviso.

—Adelante.

—Aritzeta.

—Sí.

Aitana mira a Aritzeta. La mira como Aritzeta no la mira a ella. Le mira el perfil, la oreja, el cuello, la marca pequeña que Aritzeta tiene encima de la clavícula derecha y que Aitana conoce desde dos mil dieciocho. Aritzeta no aparta la cara.

—Estás bien.

—Estoy bien.

—Vale.

—Vale.

—Voy a por más equipo.

—Ve.

Aitana sale al pasillo. La puerta se queda quieta dos segundos sin terminar de cerrar, y se cierra sola.

En el pasillo, Aitana se apoya en la pared del fondo. La planta está en silencio. El reloj del control marca las cinco veinticuatro.

Iratxe estará dormida. El anillo de la joyería de Algorta esperará debajo de la almohada. El padre la llevará el lunes por la mañana al colegio. Aitana la recogerá el lunes por la tarde, a las seis menos diez, en la verja, como siempre.

Aitana respira despacio. La mano izquierda no le tiembla.

Vuelve a la 412.

22

El lavavajillas

A las cinco y media termina la pericardiocentesis. Goirizelaia está intubado, sedado, conectado a la nora a cero punto uno, con la atropina dada y la frecuencia recuperada hasta sesenta y cuatro. La sat se ha estabilizado en noventa y cinco con el respirador. La tensión, en noventa con cincuenta y cinco. Está, lo que se dice, en un sitio.

UCI baja a las cinco y treinta y dos. El adjunto de cuidados críticos es Iturriaga, un hombre alto de Donostia que lleva cuarenta años en este oficio. Mira al paciente cinco minutos. Mira los volúmenes del respirador. Mira la pantalla del ecógrafo donde Iker ha dejado la imagen del antes. Mira la del después. Asiente.

—Os lo bajo en quince minutos. ¿Cuándo se ha enchufado el respirador?

—Cinco diecisiete —dice Aitana.

—Vale. Ha respondido bien.

—Ha respondido bien.

—Doctora Aritzeta.

—Doctor.

—Bien hecho lo del subxifoideo.

—Gracias.

—Quinientos cuarenta hemático, ¿no?

—Quinientos cuarenta hemático.

—Vale. Veo que está anticoagulado. Le bajan el sintrom. Le suben la transfusión cuando llegue al banco.

—Vale.

—Lo veo en UCI.

Iturriaga sale. Su residente le sigue. Iker se queda con el carro vacío. Naia llega con dos sábanas limpias. Itxaso recoge el campo de la pericardiocentesis con una bolsa amarilla.

Yo me quedo dos segundos al lado del cabecero. Goirizelaia, intubado, sedado, no me oye. Le toco el hombro derecho con dos dedos. Le aprieto. Le suelto.

—Cubrid bien, Iker. La nora me la dejas a cero punto uno hasta UCI. Si baja la tensión por debajo de ochenta sistólica, le subes a cero punto quince.

—Vale.

—Voy al office un segundo. Cinco minutos. Si pasa cualquier cosa, me avisáis.

—Vale.

Salgo al pasillo. Cierro la puerta de la 412 detrás de mí.

En el pasillo el reloj marca las cinco y treinta y siete. La planta sigue. Wilson ya no está en el office, debe haber bajado a algún sitio. Itxaso ha vuelto al control. Begoña, por algún lado.

Voy al office. Aitana baja por la escalera al mismo tiempo. Las dos llegamos a la puerta del office a la vez. Aitana entra primero. Yo detrás. Cierro.

El office a las cinco y media de la mañana del primero de enero del dos mil veintiséis es un sitio raro. La luz fluorescente sigue dando, la nevera sigue zumbando, la máquina de café sigue zumbando. La galleta de Itxaso —las del pueblo— sigue en su plato encima del microondas, sin que nadie se la coma. La cinta americana de la pata de la silla sigue donde estaba.

Aitana se sirve un café aguado en un vaso nuevo. Yo me sirvo otro. Las dos nos sentamos en lo mismo de siempre, ella enfrente, yo en

la silla del rincón.

No hablamos.

Bebo un sorbo. Ella bebe un sorbo. Las dos miramos hacia distintos puntos de la pared. Joder, qué cansada estoy. Joder, joder.

Aitana, sin levantar la vista del vaso:

—Aritzeta.

—Aitana.

—El lavavajillas.

—¿Qué.

—El lavavajillas se sigue meando.

—Ya.

—Sigue goteando.

—Te dije que llamaras al de Algorta.

—Te dije que el lunes.

—Y yo te dije que el lunes.

—Pues el lunes.

Bebe.

Yo bebo.

Por debajo, en algún sitio del cuerpo de las dos, está pasando algo que ninguna de las dos va a nombrar. Pero está. Está como están las cosas que siempre están. Como el monitor de la 412 sigue dando un número que ahora marca el respirador, no el corazón. Como la nora a cero punto uno. Como las cosas que ya han ocurrido y no se van a desocurrir.

—Iratxe —digo.

—¿Qué le pasa?

—¿Lo del piercing?

—Lo del piercing.

—¿Has decidido?

—He decidido que se lo ponga y que se aguante con él hasta agosto.

—Bien.

—Como tú dijiste.

—Como yo dije.

—Que se lo quitará a los catorce.

—Que se lo quitará a los catorce.

—O igual no.

—O igual no.

Pausa.

—Aitana.

—Sí.

—¿Tú estás bien?

—Estoy bien.

—Lo digo de verdad.

—Y yo lo digo de verdad.

—No. Tú lo dices porque estamos en el office del hospital a las cinco y media de la mañana. Yo te lo pregunto porque te conozco.

Aitana levanta la cabeza por primera vez. Me mira. La marca pequeña que tiene encima del labio superior, la que se le hace cuando aprieta los dientes, está. La conozco yo también de los tiempos en que la conocía.

—Aritzeta.

—Sí.

—Yo estoy bien.

—Vale.

—¿Tú?

—Yo estoy bien.

—Vale.

—Vale.

Bebemos las dos. La taza de Aitana está casi vacía. La mía también. El fluorescente del techo zumba más que la máquina de café. Lo registro. Llevo nueve horas oyéndolo y solo ahora lo registro.

—Iratxe el anillo —dice Aitana.

—¿El anillo?

—Le dejé un anillo debajo de la almohada anoche, antes de bajar. De plata, con una piedra pequeña, verde.

—Hala.

—Cuando se levante, lo va a abrir. El padre la va a llevar al colegio el lunes.

—Bien.

—El lunes la recojo yo.

—Bien.

—A las seis menos diez. En la verja. Como siempre.

—Como siempre.

Pausa otra vez. Más larga. Aitana mete el dedo en el café, le da una vuelta, lo saca, se lo limpia en la servilleta. Es asqueroso pero es Aitana. Es Aitana de dos mil dieciocho. Es Aitana de esta noche también.

—Aitana.

—Sí.

—Esto está bien.

—¿El qué?

—Esto.

—Ya.

—Está bien.

—Ya, Aritzeta.

Aitana termina su café. Se levanta. Va a la papelera. La de los plásticos, la de la pegatina, sigue sin usar. Aitana tira el suyo a la otra. Tradición.

—Subo —dice.

—Sube.

—Hasta el lunes.

—Hasta el lunes.

—Ah, eso. ¿Te llamo?

—Llámame.

—Vale.

—Vale.

Va a la puerta. Pone la mano en el pomo. Antes de abrir, sin volverse:

—Aritzeta.

—Sí.

—El lavavajillas el lunes.

—El lunes.

—Y lo del piercing también.

—Lo del piercing también.

—Pues hala.

—Hala.

Sale. La puerta se cierra detrás.

Me quedo sola en el office.

La nevera. La máquina. El fluorescente. La galleta del pueblo de Itxaso encima del microondas. La cinta americana. El silencio del office a las cinco y cuarenta del primero de enero.

Me termino el café. Lo vacío en el fregadero, lo aplasto, lo tiro a la papelera de los plásticos. Saco del bolsillo de la bata el cuaderno azul. Lo abro por la página de hoy.

La mitad de abajo, con la letra cuidada, debajo de la entrada de las cinco menos diez que escribí en la 412.

Cojo el bolígrafo. Escribo una palabra. La hora delante. Cierro el cuaderno. Lo guardo.

Salgo. Voy al control.

Itxaso me mira al verme entrar. No me pregunta. Me pasa un pósit por encima del mostrador. Pone: 412 sigue. UCI a las seis. Cara sonriente al lado.

—Gracias.

—De nada.

—Itxaso.

—Sí.

—¿Begoña?

—Begoña ha pedido pasar al despacho contigo.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Ahora.

—Te espera.

—Vale.

Itxaso vuelve al ordenador. Yo me quedo dos segundos mirando el monitor de la 412. Sinusal, sesenta y cuatro. Tensión, noventa con cincuenta y dos. Sat, noventa y cinco. Tan callado, el pobre.

Voy al despacho.

23

Tres meses

Begoña espera en el despacho de la doctora desde las cinco y treinta y siete. Le ha pedido a Itxaso que la dejara entrar. Itxaso le ha dicho, sí, señora, pase, la doctora baja en un rato. Le ha encendido la luz del techo y le ha cerrado la puerta para que tuviera intimidad. Begoña le ha dado las gracias.

Lleva en la silla diez minutos.

El despacho es estrecho. Una mesa de roble barata, un ordenador, una papelera de plástico, una percha con dos batas, una estantería con carpetas archivadoras, una ventana que da al patio interior del cuarto de Cruces. Al lado de la ventana, una foto pequeña, en marco oval, de una mujer mayor sonriendo en una playa. Begoña la mira tres segundos. Se aparta.

Begoña ha colocado el bolso encima de las rodillas. El bolso es grande, marrón, comprado en una tienda del Casco Viejo de Bilbao en mil novecientos noventa y nueve, cuando los hijos eran todavía jóvenes. Lo lleva desde entonces. Le ha sobrevivido a cuatro modas.

Dentro del bolso, una carpeta verde de plástico, con tres pestañas. En la primera pestaña, un documento de instrucciones previas. En la segunda, una solicitud de alta voluntaria. En la tercera, dos cartas dobladas, atadas con una goma, que Begoña va a quemar en cuanto vuelva a casa, hacia las nueve de la mañana.

El termo plateado lo ha dejado en la 412 con su marido, junto con los dos vasos vacíos. El de ella y el de la otra. Llevan ahí desde antes

de las cuatro y cuarto.

Begoña lleva cuarenta y un años casada con Iñaki Goirizelaia. Lleva tres meses sirviendo el segundo vaso para nadie.

Tres meses.

Begoña abre el bolso. Saca el bolígrafo Mont Blanc de Iñaki, el que él se compró en Madrid hace doce años y que llevaba siempre en la chaqueta del traje azul. Lo tiene ella desde que él lo metió en el cajón del estudio en julio de este año, después de empezar a temblar de la mano izquierda y no querer escribir más a mano. Lo coge entre los dedos. Lo aprieta. Lo devuelve al bolso.

Saca la carpeta. La pone encima del regazo. La cierra. La vuelve a abrir. La cierra otra vez.

La primera carta llegó el veintidós de septiembre. La metieron por debajo de la puerta del piso de Begoña y de Iñaki en el paseo de Volantín, sin sello, sin remite, en un sobre blanco normal con su nombre escrito a máquina. Begoña la encontró cuando bajó a por el pan a las nueve y media. Iñaki estaba en su despacho, que no entraba nadie. Begoña abrió el sobre en la cocina, leyó dos folios, los volvió a doblar, los metió otra vez en el sobre, y se lo guardó en el cajón pequeño donde siempre guardaba las recetas de su madre. Esa mañana hizo una sopa de cocido. Iñaki comió. Begoña comió. No habló.

La segunda carta llegó el dieciséis de noviembre.

Begoña no sabe quién las escribió. Las cartas hablan de cosas que Iñaki había hecho durante los últimos diez años en su empresa, cosas que Begoña intuía sin tener nombre, cosas concretas con direcciones, fechas, nombres de familias, hijos pequeños evictados de pisos en Sestao y Barakaldo, abuelas a las que se había vendido por debajo del precio el bajo donde tenían el ultramarinos, una hija de un cliente que llevaba tres años sin trabajar porque Iñaki había hecho una llamada a otro cliente. Las cartas no acusaban. Las cartas describían. Eran limpias. Estaban escritas, Begoña lo registró, por una mujer.

Las cartas le confirmaron a Begoña lo que Begoña ya sabía sin saber. Le dieron permiso. La quien las escribiera, le dio permiso.

A las seis días de la primera carta, el veintiocho de septiembre, Begoña pidió cita con su abogado de Bilbao, el de su familia desde hacía treinta años, un señor que se llamaba Don Mikel y que había sido amigo del padre de Begoña. Begoña le dijo, Mikel, necesito redactar dos documentos. Don Mikel le dijo, Begoña, dime. Begoña le dijo, son para Iñaki. Don Mikel le dijo, vale.

Don Mikel los redactó. Las instrucciones previas, en formato y registro completo. La autorización de alta voluntaria, con la cabeza ladeada de Don Mikel mirándola desde detrás de las gafas: Begoña, esto no tiene fuerza legal vinculante, lo sabes. Lo sé, Mikel. Pero la doctora que lo lea va a saber que tú quisiste lo que dice ahí. Bien.

Iñaki firmó los dos documentos un viernes de octubre, en la notaría de Don Beñat Etxebarria, en la calle Heros, a las once de la mañana. Iba con el traje azul, con la corbata de los días de gestiones, con el bolígrafo Mont Blanc en el bolsillo de la chaqueta. Le habían empezado los temblores de la mano izquierda en julio. Llevaba tres meses sin firmar nada por su cuenta, sin leer las facturas, sin acordarse del nombre de la empleada que le servía el café por las mañanas. Begoña le había dicho que iban a actualizar el testamento. Iñaki no preguntó más. Iñaki llevaba meses sin preguntar más. Firmó las dos páginas donde Begoña le señaló con la uña pintada. Don Beñat dio fe. Sello del Registro de Voluntades Anticipadas de Euskadi, número de protocolo, copia para los dos.

Lo que firmó Iñaki esa mañana fue lo que había firmado durante los últimos cuatro meses sin enterarse: lo que Begoña le ponía delante.

Las dos cartas, las que llegaron, las llevó encima cuatro meses. Estas dos.

A las cinco cuarenta y ocho llaman a la puerta del despacho. Tres golpes flojos.

—Pase.

Entra Aritzeta.

La doctora está cansada. Tiene la bata abierta, una mancha pequeña de yodo en el lado derecho, las ojeras marcadas, el pelo recogido en una coleta que ya no aguanta. Pero camina entera. Eso es lo que importa, la mujer entera camina.

—Begoña.

—Doctora.

Aritzeta cierra la puerta detrás de sí. Va a su silla. Se sienta. Se quita la pinza del cuello, que llevaba colgando de un hilo. La deja en la mesa. Pone las dos manos encima de la mesa, los dedos entrelazados.

—¿Cómo está? —dice Begoña.

—Estable, dentro de lo malo. UCI baja a las seis. Le bajan en quince minutos.

—Bien.

—¿Quiere bajar usted con él?

—Bajaré después. Le tengo que entregar a usted unas cosas antes.

—Vale.

Begoña abre la carpeta. Saca el primer documento. Lo deja encima de la mesa entre las dos. Aritzeta lo coge. Lo lee. Tres folios. Iñaki Goirizelaia Berriategui, instrucciones previas, fecha del seis de septiembre del dos mil veinticinco, firmadas en Bilbao ante notario, número de protocolo, sello del Registro de Voluntades Anticipadas de Euskadi. La firma de Iñaki abajo. Otra firma de testigo. Otra firma de notario.

Aritzeta lee la página dos. Lee la página tres. Le da la vuelta. Vuelve a leer la página uno.

—Don Iñaki firmó esto en septiembre.

—Sí.

—Aquí pone que en caso de pérdida de conciencia con pronóstico irreversible no quiere medidas extraordinarias. No quiere reanimación cardiopulmonar. No quiere intubación prolongada más allá de cuarenta y ocho horas.

—Sí.

—Lo sabe usted.

—Lo sabía. Me lo dijo cuando lo firmó. Me dijo que si se ponía mal, esto se respetaba.

—¿Tiene copia el notario?

—Tiene copia el notario. Tiene copia el Registro. Tengo copia yo.

—Vale.

—Y esto otro.

Begoña saca el segundo documento. Lo desliza por encima de la mesa. Aritzeta lo coge.

Una solicitud de alta voluntaria. Misma fecha. Septiembre. Iñaki Goirizelaia, en pleno uso de sus facultades, declara que en el caso de ingreso hospitalario con curso desfavorable autoriza la solicitud de alta voluntaria por parte de su esposa, doña Begoña Beascoechea Iturriza, a cuyo criterio se remite. Firma de Iñaki. Firma de Begoña. Sello de Don Mikel.

—Esto es menos común, Begoña.

—Lo sé.

—Una autorización por anticipado de alta voluntaria por curso desfavorable.

—Sí.

—¿Iñaki sabía qué firmaba?

—Lo sabía. Lo redactamos nosotros. Lo firmó dos veces, una sin testigos y otra con. Le pusimos el sello para que valiera.

Aritzeta levanta la cabeza. Mira a Begoña. La mira un segundo entero. Begoña le sostiene la mirada. Begoña, hace seis horas, a las once de la noche, ya supo que esta doctora era de las que no necesitan que se les expliquen las cosas. Lo registró cuando la vio en el pasillo y sostuvo la mirada de vuelta sin pestañear. Ahora se confirma.

—Esto último no tiene fuerza legal vinculante, Begoña. Lo sabe usted.

—Lo sé.

—¿Por qué me lo trae?

—Porque sí.

—Vale —dice Aritzeta.

—Vale —dice Begoña.

Aritzeta deja los dos documentos encima de la mesa, alineados. Los toca con dos dedos. Los empuja hacia el centro. Saca de un cajón un cuño pequeño, lo aprieta en un tampón rojo, sella el primero. Sella el segundo. Los pone los dos en una bandeja de salida que tiene encima del escritorio.

—Voy a anexarlos al historial. ¿Le parece, Begoña?

—Me parece.

—Si se complica antes de UCI, esto va a guiar las decisiones.

—Va a guiar las decisiones, doctora.

—Vale.

—Vale.

Las dos se quedan un segundo sin hablar. Aritzeta tiene la mano derecha encima de los documentos. Begoña tiene las dos manos encima del bolso. La luz del techo del despacho zumba como zumban las luces del cuarto de Cruces a las cinco y cincuenta de un primero de enero.

—Begoña.

—¿Sí, doctora?

—¿Cómo está usted?

Begoña se queda dos segundos sin contestar.

Esta es la pregunta que Iñaki le ha hecho cuatro veces en cuarenta y un años. Le hizo la primera en mil novecientos ochenta y cinco, cuando murió la madre de Begoña en la residencia de Sopelana, una mañana de mayo. Le hizo la segunda en mil novecientos noventa y dos, cuando los Goirizelaia perdieron un hijo nonato a los seis meses, una niña que se iba a llamar Itziar. Le hizo la tercera en dos

mil seis, cuando le diagnosticaron a Begoña un cáncer de mama temprano del que se recuperó. Le hizo la cuarta en dos mil diecinueve, cuando murió la hermana mayor de Begoña en San Sebastián. Cuatro veces. En cuarenta y un años. Cuatro.

La doctora se la hace ahora.

—Estoy bien, doctora.

—¿Necesita algo?

—Necesito bajar a la UCI con él cuando lo bajen.

—Le acompaña Itxaso.

—Vale.

—Y descansar usted un poco, Begoña.

—Voy a descansar después.

—Vale.

—Vale.

Aritzeta se queda otro segundo mirándola. Begoña mira el bolso. La luz del techo zumba. La papelera de plástico está casi vacía, solo con dos bolas de papel que la doctora tiró antes. La percha tiene dos batas, una limpia y otra usada.

—Doctora.

—Sí.

—Una cosa más.

—Dígame.

Begoña abre la carpeta otra vez. Saca la tercera pestaña, las dos cartas atadas con la goma. Las pone encima de la mesa. La doctora las mira. Aritzeta sabe lo que son sin abrirlas. Begoña sabe que Aritzeta sabe.

—Estas son mías —dice Begoña.

—Vale.

—Las recibí en septiembre y en noviembre.

—Vale.

—Las he leído. Las llevo conmigo desde entonces. Las voy a quemar yo cuando llegue a casa por la mañana.

—Vale.

—Le quería decir, doctora, que las he leído. Que me ayudaron. Que no necesito saber quién las escribió. Y que la persona que las escribió, sea quien sea, no me ha hecho ningún mal. Más bien al revés.

Aritzeta no contesta.

Begoña recoge las cartas. Las vuelve a meter en la carpeta. Cierra el bolso.

—Vale —dice Aritzeta, finalmente. Solo eso.

—Vale —dice Begoña.

Begoña se levanta. La silla cruje. Aritzeta también se levanta. La habitación pequeña se queda más pequeña con las dos en pie.

—¿Le acompaño hasta el control? —dice Aritzeta.

—No, doctora. Sé el camino.

—Vale.

—Doctora.

—Sí.

—Cuídese.

Aritzeta levanta la cabeza dos centímetros. Begoña le sostiene la mirada otra vez. La doctora tiene los ojos un poco rojos de las ocho horas y media de guardia, de la pericardiocentesis, del café aguado, de lo demás. Begoña le sostiene.

—Cuídese, Begoña —dice Aritzeta.

—Yo me cuido.

—Yo también.

—Bien.

—Bien.

Begoña pone la mano en el pomo. Lo gira. La puerta se abre. Sale.

En el pasillo, a las cinco y cincuenta y seis, la planta sigue. Itxaso está en el control. Naia entra al office. Wilson sale del ascensor con un carrito vacío. Begoña les saluda con la barbilla a los tres. Los tres le devuelven el saludo.

Camina hacia la 412. Camina despacio. La cadera derecha le ha empezado a doler hace dos horas y se ha acordado solo ahora. Va a tener que pedir cita con la traumatóloga el martes. Lo apunta en la cabeza. La cabeza sigue funcionando. Eso era importante.

Llega a la puerta de la 412. La empuja. Entra.

Iñaki está como ella lo dejó hace veinticinco minutos: intubado, sedado, con el tubo del respirador entrando por la boca, con la sonda urinaria a un lado de la cama, con el monitor marcando sinusal sesenta y dos y tensión noventa con cincuenta. Iker el residente está al lado del cabecero, comprobando una conexión. Le saluda cuando ve a Begoña.

—Señora, baja en diez minutos a UCI.

—Vale.

—¿Quiere que la doctora hable con usted antes?

—Ya hemos hablado.

—Vale.

Iker vuelve a lo suyo. Begoña va a la silla. Se sienta. El bolso encima de las rodillas. El termo plateado todavía en la mesilla. Los dos vasos vacíos al lado del termo.

Mira a Iñaki. La cara, intubada, sedada, no es ya la cara de Iñaki. Es una cara cualquiera de un señor de setenta y un años que se ha puesto malo en Nochevieja en una habitación de Cruces. Cualquier señora de la planta que entre ahora a hacer un pequeño trabajo, no va a saber quién es.

Begoña le mira treinta segundos.

Después coge el segundo vaso, el que no había usado nadie, el que llevaba lleno desde antes de las cuatro y cuarto, y se lo bebe entero, despacio, hasta el fondo. El caldo está frío. Está bueno igual.

Cuando termina, deja el vaso al lado del otro. Las dos tazas, las dos vacías. Como tiene que ser.

Espera el ascensor.

24

Las seis y catorce

A las seis menos cuatro Itxaso entra en la 412 con la bolsa de transfusión.

Yo estoy en pie al lado de la cama. Iker está de pie al lado del respirador, comprobando los volúmenes. Naia ha bajado a comprobar que la cama de UCI está libre. Begoña está en la silla, con el bolso encima de las rodillas y el termo al lado, ya completamente vacío.

—Aritzeta, la bolsa.

—Bien. Cross-check.

Itxaso me la pasa. Yo leo la etiqueta en voz alta para que ella confirme. Nombre del paciente: Iñaki Goirizelaia Berriategui. DNI completo. Número de historia. Grupo sanguíneo: AB negativo. Compatibilidad confirmada por banco. Hora de extracción: cero seis y dos del primero de enero del dos mil veintiséis. Personal de banco que ha enviado: Idoia Beraza.

—Confirmado —dice Itxaso, leyendo la pulsera de Goirizelaia—. Mismo paciente. Mismo grupo.

—Confirmado.

—¿Conectamos?

—Conecta. Veintiún goteo. Cien mililitros la primera media hora.

—Veintiún goteo. Cien la primera media hora.

Itxaso conecta la bolsa al puerto en Y de la línea de suero. Abre la llave. Empieza a caer.

Yo me quedo mirando la línea. La sangre baja. Roja oscura. Eso es bueno, eso significa sangre normal. Sigue.

Begoña, en la silla, lo mira también. No dice nada.

Iker le ajusta el respirador a Goirizelaia, que sigue sedado, sigue intubado, sigue con los ojos cerrados, sigue con el monitor marcando cuarenta y nueve sinusal y noventa con cincuenta de tensión.

—Mantengo nora a cero punto uno —dice Iker.

—Mantén.

—Si se mueve, te aviso.

—Avísame.

Pasan tres minutos.

A los tres minutos de la conexión, el monitor de saturación pita una vez, una sola, breve. Itxaso se asoma. La sat ha caído de noventa y cuatro a ochenta y siete.

—Aritzeta —dice Itxaso.

—Veo.

Goirizelaia sigue sedado. La cabeza ladeada en la almohada. La frente, sudada. Le toco. Caliente otra vez. Más caliente que hace cuarenta minutos.

—Iker, fiebre.

Iker pasa el termómetro de oído. Treinta y nueve y siete.

—Joder.

—Joder.

—Aritzeta. La bolsa.

Iker se queda dos segundos mirando la bolsa. Después la sonda urinaria al lado de la cama, la bolsa de orina, que cuelga al pie de la cama. La orina se ha vuelto oscura. Color té cargado. En seis minutos.

Iker me mira.

—Aritzeta.

—Lo veo.

—Esto es reacción transfusional.

—Es reacción transfusional.

—Pero la bolsa estaba bien. La hemos comprobado.

—La hemos comprobado.

—Joder.

—Joder.

—¿Paro?

Itxaso ya tiene la mano en la llave. Espera mi voz.

Yo me quedo dos segundos.

Goirizelaia tiene el monitor cayendo. Frecuencia treinta y siete. Treinta y dos. Tensión sesenta sistólica. La saturación a ochenta. Está entrando en parada.

—Para la bolsa —digo.

—Para. Paro —dice Itxaso. Cierra la llave. Quita la conexión. La bolsa queda colgada, medio llena.

—Iker, suero a chorro. Cero punto cinco litros. Y... espera.

Iker me mira. Está esperando que yo le pida que prepare la adrenalina, los electrodos, el carro de paro, que monte el código.

Yo no se lo pido.

Saco del bolsillo de la bata el sobre del historial que he pegado a la primera página hace media hora con la grapadora de la mesa. Lo desdoblo. Se lo enseño a Iker.

—Voluntades anticipadas. Firmadas en septiembre por el paciente.

—¿En qué?

—No reanimación cardiopulmonar. No medidas extraordinarias.

—Aritzeta.

—Sí.

—¿Está...?

—Está firmada. Ante notario. En el Registro de Euskadi. Lo confirmé yo hace media hora.

—Vale.

—Y está la esposa aquí.

Iker mira a Begoña. Begoña le sostiene la mirada. Iker baja los ojos. Vuelve a mí.

—Iker, escúchame. Sepsis no controlada, hemopericardio activo bajo anticoagulación, posible reacción transfusional sobreañadida. Cualquiera de las tres por sí sola es manejable. Las tres a la vez en este paciente con setenta y un años, con la analítica que tiene, no. Esto es irreversible. Las voluntades cubren. ¿Vale?

—Vale —dice Iker.

—Vale.

Naia entra por la puerta. Ve la cara de Iker. Ve el monitor, donde la frecuencia se ha caído a veintiocho. Ve a Begoña.

—¿Paro? —pregunta Naia.

—DNR —dice Iker.

—Vale.

Naia se queda en la puerta. Itxaso de pie al otro lado de la cama. Iker al lado del respirador. Yo al lado de la cabecera. Begoña en la silla. Cinco mujeres y un hombre. El monitor sigue cayendo.

Frecuencia veinticuatro. Tensión cuarenta sistólica. Saturación setenta y cinco.

Le toco la mano derecha a Goirizelaia. La tiene caliente todavía. La mano izquierda también. La sostengo dos segundos. La suelto.

Le pongo la mano en la frente. Sin ternura, sin asco. Lo registro.

A las seis y trece, asistolia.

A las seis y catorce, oficialmente exitus.

Itxaso apaga el respirador. Iker desconecta el monitor de presión. Yo me acerco al lado del cabecero y le cierro los ojos a Goirizelaia con

dos dedos, sin pensar mucho, igual que se le cierran los ojos a cualquier exitus de cualquier turno mío de los últimos catorce años. Le aliso el pelo de la frente con el dorso de la mano.

—Hora de exitus, seis y catorce —digo, alta, para que Itxaso lo apunte.

—Seis catorce —dice Itxaso. Apunta.

Begoña se levanta de la silla. Coge el termo. El bolso. Se acerca al lado de la cama. Le pone a Iñaki la mano izquierda en el pecho, encima del esternón, sin apretar. Se queda así diez segundos. Cierra los ojos. Los abre.

—Bueno —dice Begoña.

—Begoña.

—Sí, doctora.

—Lo siento.

—Gracias, doctora.

—¿Quiere quedarse a solas?

—Cinco minutos.

—Cinco minutos. Itxaso le acompaña fuera cuando termine.

—Vale.

—¿Quiere que llame a alguien?

—Yo llamo. A Don Mikel. Y a los hijos.

—Vale.

—Bien.

—Bien.

Salgo. Iker, Itxaso, Naia salen detrás. La puerta se queda quieta dos segundos sin terminar de cerrar, y se cierra sola.

En el pasillo, los cuatro nos quedamos sin hablar diez segundos. Después Iker se pasa la mano por la cara, dos veces.

—Joder —dice.

—Joder —digo yo.

—Nunca había hecho un DNR con la mujer presente.

—Yo lo he hecho dos veces. Esta es la tercera.

—Qué duro.

—Es lo que pidió el paciente.

—Ya.

—Iker, vamos a hacer el parte. Itxaso, llama a UCI, anula el traslado. Naia, busca a Wilson, que prepare el cuerpo y avise a tanatorio.

—Vale —dicen los tres.

Itxaso y Naia se van. Iker se queda medio segundo conmigo.

—Aritzeta.

—Sí.

—La bolsa.

—¿Qué le pasa?

—La bolsa parecía bien al cross-check.

—Sí.

—¿Tú crees que era reacción de la bolsa?

—No lo sé. Hipotensión, fiebre, hemoglobinuria. Todo eso puede ser reacción. Pero también puede ser que le haya pegado fuerte la sepsis subyacente. También puede ser que la coagulación se le fuera con el sintrom y la centesis. No lo sé. Habrá que preguntárselo a la autopsia, si hace.

—Vale.

—Llama tú a banco a notificar la posible reacción. Que congelen la bolsa para análisis.

—Voy.

Iker se va. Yo me quedo en el pasillo. Saco del bolsillo el cuaderno azul. Saco el bolígrafo. Lo abro por la página de hoy.

La mitad de abajo, con la letra cuidada, la última entrada, debajo de las cinco y cuarenta y cinco que escribí en el office.

Cojo el bolígrafo. Anoto la hora: 06:14. Una palabra al lado.

Cierro el cuaderno. Lo guardo en el bolsillo. Voy al control.

Itxaso ya está al teléfono con UCI. Naia ha ido a buscar a Wilson. Iker está en el ordenador escribiendo el parte.

Yo cojo el teléfono fijo. Marco la extensión interna del jefe de servicio.

Una vez. Dos. Tres.

—¿Sí? —Larrañaga, voz dormida.

—Larrañaga, soy Aritzeta.

—Aritzeta.

—Don Iñaki ha hecho exitus a las seis y catorce.

Pausa de tres segundos.

—Joder.

—Joder.

—¿Qué le ha pasado?

—Sepsis severa de origen desconocido, taponamiento pericárdico secundario a hemopericardio por anticoagulación, fallo multiorgánico. Pericardiocentesis a las cinco y doce, le sacamos quinientos cuarenta de hemático. Estabilizamos. A las cinco y media UCI venía a bajarle. A las seis menos cuatro pusimos transfusión por la anticoagulación y la pérdida. Hizo reacción a los seis minutos. No reanimamos.

—¿No reanimasteis?

—Voluntades anticipadas firmadas en septiembre. Sin medidas extraordinarias. La esposa nos las trajo a las cinco y cuarenta y ocho. Las he anexado al historial. Están registradas en Euskadi.

Pausa.

—Vale —dice Larrañaga.

—Vale.

—Estás bien, Aritzeta.

—Estoy bien.

—Aritzeta.

—Sí.

—Has hecho lo que tenías que hacer.

—He hecho lo que tenía que hacer.

—Vale. Yo subo en una hora.

—Le espero.

—Aritzeta.

—Sí.

—Cuídate.

—Me cuido.

Cuelgo.

Itxaso ha terminado con UCI. Iker sigue en el parte. Naia vuelve de buscar a Wilson. Wilson camina detrás con un carrito limpio.

Yo me quedo dos segundos con la mano encima del teléfono.

Larrañaga ha dicho que he hecho lo que tenía que hacer.

Voy a la 412 a esperar a Begoña.

25

Tres frases

Espero fuera de la puerta de la 412 dos minutos. Begoña sale al final. Itxaso la espera con un brazo abierto, como un guardia urbano que dirige tráfico. Begoña sale.

—Doctora.

—Begoña.

—Voy abajo a llamar.

—¿Quiere que la acompañe Itxaso?

—Sí, gracias.

—Itxaso, baja con la señora hasta la cafetería. Le pides allí lo que necesite.

—Voy.

—Begoña, en cuanto pueda subir Larrañaga, le aviso.

—Gracias, doctora.

—De nada.

Begoña se va con Itxaso. Wilson entra en la 412 con el carrito limpio. Naia le ayuda. Iker termina el parte. Yo me quedo dos segundos en el pasillo, sin saber a dónde ir. Después voy al despacho.

Cierro la puerta detrás de mí.

El despacho a las seis veinte de la mañana del primero de enero del dos mil veintiséis es el mismo despacho de las dos de la madrugada

y de las once de la noche y de las cuatro de la tarde de cualquier día normal. La mesa de roble. El ordenador. La papelera de plástico. La percha con dos batas. La estantería con carpetas. La ventana al patio interior. La foto de mi ama de los veintidós años en el marco oval. Todo igual.

Me siento. Apoyo la espalda en el respaldo. Pongo las dos manos planas encima de la mesa, los dedos abiertos. Las miro. Tienen una mancha pequeña de yodo en el pulgar derecho. Las muñecas pesan. La mano izquierda tiembla un poco, no mucho.

Saco el móvil del bolsillo del pantalón. Lo desbloqueo. Voy a contactos. Bajo a la R. Residencia Andra Mari Sopelana. Pulso.

Suena una vez. Dos. Tres.

—Andra Mari, buenos días.

—Hola, Marian. Soy Elena Aritzeta, la hija de Joxe Mari de la habitación catorce.

—Ah, hola, Elena. ¿Cómo estás? Feliz año.

—Feliz año, Marian.

—¿Pasa algo?

—Nada. Te llamo de la guardia. Estoy en Cruces. Quería preguntarte cómo está aita.

—Está bien. Está despierto desde hace media hora. Le hemos puesto el desayuno en la mesilla.

—Bien.

—¿Quieres que se ponga?

—¿Está como para ponerse?

—Está bien hoy. Le pongo el manos libres si quieres y hablo yo a tu lado.

—Vale.

Marian deja el teléfono. Oigo pasos. Una puerta. Una cama. Anselmo, la voz de Anselmo, dice algo al fondo sobre el Athletic. Marian le contesta con cariño, "ya, Anselmo, ya". Pasos otra vez. Una respiración cerca del micrófono. La de aita.

—Joxe Mari, mira, te llama Elena. Tu hija.

—Elena.

—Sí, Joxe Mari. Te llama Elena.

—Elena.

Marian me dice:

—Está despierto. Habla, Elena, que te oye.

—Aita.

Pausa. Tres segundos. Cuatro.

—Hija.

La voz de aita.

Llevo desde octubre sin oír esa voz. La oigo y se me cae la cosa que tenía aguantada desde las once de la noche, que llevaba aguantada en realidad desde antes, desde febrero, desde antes, desde mucho antes. Se me cae como se cae una cosa muy pesada cuando uno deja de aguantarla porque ya no puede. No hace ruido. Pero cae.

—Aita —digo. Otra vez.

—Hija.

—Aita, ¿estás bien?

No contesta.

—Aita, soy Elena.

—Elena.

—Sí.

Pausa. Marian, de fondo, no dice nada. Bien hecho, Marian. Eso lo registro: bien hecho, Marian.

—¿Cómo estás, hija?

—Estoy bien, aita. Estoy en el hospital. He hecho guardia.

—Vale.

—Esta tarde voy a verte.

—Hoy.

—Hoy, sí. Más tarde. Ahora me voy a dormir, después voy.

—Vale.

Pausa. Cinco segundos.

—Hija.

—Sí, aita.

—Tu madre lo sabía.

—¿El qué, aita?

No contesta.

—¿Aita?

—Tu madre lo sabía, hija. Ella lo sabía.

—Vale, aita.

—Y yo lo sé.

—Vale, aita.

—Mírate.

Lo dice así. Me pongo el móvil en la otra oreja. La cara me está mirando para abajo, hacia la mancha de yodo del pulgar derecho. La levanto. Miro hacia la ventana del patio interior. La luz de un primero de enero a las seis y media empieza a verse, gris.

—Estoy mirándome, aita.

—Vale.

—¿Qué dices, aita?

No contesta.

—¿Aita?

Marian, suave:

—Joxe Mari, ¿quieres seguir hablando con Elena?

Aita no contesta. Marian me dice:

—Se ha ido, Elena. Se ha quedado mirando la pared.

—Ya.

—Habrá durado dos minutos. Eso es bastante hoy.

—Bastante, sí.

—¿Quieres que le diga algo cuando vuelva?

—Dile que voy luego. Que voy esta tarde.

—Se lo digo.

—Marian.

—Sí.

—Gracias.

—De nada, hija. Cuídate.

—Cuídate tú.

—Hala.

—Hala.

Cuelga ella.

Yo me quedo con el móvil en la mano. La pantalla sigue encendida. La foto del chat es la de Pasaia, la del cielo gris, la que Garazi me mandó. La cierro.

Pongo el móvil boca abajo. Saco del bolsillo de la bata el cuaderno azul. Lo abro por la página de hoy.

La mitad de abajo, debajo de la entrada de las seis y catorce.

Cojo el bolígrafo. Anoto la hora: 06:32. Tres palabras al lado.

Cierro el cuaderno. Lo guardo en el bolsillo de la bata.

Me quedo con las dos manos en el regazo. Diez segundos. Veinte. Treinta.

Ya.

Cuando levanto la cabeza, la cara me está mojada. No sé si lloraba. La luz de la ventana del patio interior sigue siendo gris.

Tu madre lo sabía. Eso me ha dicho aita. Tu madre lo sabía. Mírate. Eso me ha dicho.

Mi ama, Pilar Otaegi Beistegi, muerta en marzo de dos mil nueve a los cincuenta y nueve años de un cáncer que no la había avisado bien. Ella lo sabía. Eso me dice aita esta mañana, a las seis y treinta y dos del primero de enero del dos mil veintiséis. Que mi ama lo sabía.

Joder.

No sé qué sabía mi ama. No lo sé. Pero aita me lo dice y aita esta mañana habla. Habla como llevaba meses sin hablar. Aita ha hablado conmigo. Tres frases. Hija. Tu madre lo sabía. Mírate.

Las tres cosas las escribí en el cuaderno hace un minuto. No sé por qué.

Saco el pañuelo de la bata. Me seco la cara. Lo doblo. Lo guardo.

Llaman a la puerta del despacho.

Itxaso.

—Aritzeta.

—Sí.

—Larrañaga.

—¿Llega?

—Acaba de aparcar.

—Vale.

—Aritzeta.

—Sí.

—¿Bien?

—Bien.

—Vale.

Cierra. Sale.

Yo me quedo dos segundos. Saco la pinza del bolsillo. Me la pongo en el cuello. Me ato la coleta otra vez. Cojo el bolígrafo. Lo dejo en su bote.

Me levanto.

Salgo. Voy al control.

26

Eucalipto

Larrañaga ha venido y se ha ido en quince minutos. Subió a las seis y treinta y siete con un abrigo gris distinto al de la noche anterior, una corbata azul, la misma colonia. Me preguntó si estaba bien. Le dije que sí. Me preguntó por las VVAA. Le enseñé el documento sellado. Me dijo, esto se lo cuento yo a la junta el lunes, descuida. Le dije, vale. Me apretó el hombro otra vez, la misma palmada, la heredada. Me dijo, Aritzeta, has hecho lo que tenías que hacer. Le dije, gracias, doctor. Me dijo, descansa. Le dije, descanso. Se fue.

Begoña ha bajado con él al ascensor. Iba a hablar con tanatorio, con Don Mikel, con los hijos. Le he dado un beso en la frente. Ella me ha cogido la mano dos segundos. Se ha ido.

Yo vuelvo al control. Itxaso está terminando el cambio de turno con la enfermera de la mañana, una chica nueva que se llama Idoia, distinta de la del banco. Iker, Naia y Lola están en el office tomando algo antes de irse a descansar. Wilson está en la 412, terminando con el cuerpo. Luego baja con tanatorio.

A las seis y cuarenta y cinco le digo a Itxaso que voy a la capilla cinco minutos.

—¿La capilla?

—La capilla.

—¿Te encuentras bien, Aritzeta?

—Estoy bien. Cinco minutos.

—Vale.

—Si pasa algo, me llamas al móvil.

—Vale.

Bajo al sótano. La capilla a las seis y cincuenta del primero de enero está vacía. La luz baja. Tres bancos delante. La virgen al fondo con el cirio encendido. Dos sillas viejas a un lado. Una mesa pequeña con una caja de pañuelos.

Y Sor Maite, en el primer banco, con el rosario en la mano.

Sigue ahí.

No me extraña. Sor Maite a las seis y cincuenta de un primero de enero es exactamente el lugar donde tiene que estar. Lleva chaquetón gris y el gorro Decathlon en el banco al lado. La cabeza ligeramente inclinada. Las manos juntas con el rosario entre los dedos. Los labios moviéndose despacio, en silencio.

Empujo la puerta. Cruje la madera vieja. Sor Maite levanta la cabeza.

—Aritzeta.

—Sor.

—Pasa, hija.

Paso. Cierro detrás. Me siento en el segundo banco, dos detrás del suyo. No me siento al lado. No me apetece esta vez tampoco.

Sor Maite vuelve al rosario.

Yo me quedo con las manos encima de las rodillas. Miro la virgen. La virgen tiene cara de virgen de hospital, comprada en algún lugar de Zaragoza en mil novecientos ochenta y tantos. Tiene una pintura azul en el manto que está empezando a pelarse.

Sor Maite termina la avemaría que estaba diciendo. Cierra el rosario. Se levanta. Se gira. Me mira.

—Ven, hija.

—Me quedo aquí, Sor.

—Ven.

Me levanto. Voy. Me siento al lado suyo, en el primer banco. Sor Maite no me toca. No me coge la mano. No me da el pésame, porque no es a mí a quien hay que dárselo. Saca del bolsillo del chaquetón una bolsita pequeña de plástico. Adentro, caramelos de eucalipto, los Pictolín de toda la vida, los amarillentos, los de envoltorio fino.

—Coge uno.

—No me apetece, Sor.

—Coge uno, anda.

Cojo. El envoltorio cruje. Lo desenvuelvo. El caramelo es transparente, un poco amarillo. Me lo meto en la boca.

El sabor entra entero.

Eucalipto, fuerte, denso, viejo. Como los que vendían en el quiosco de Lekeitio cuando yo iba al instituto. Como los que sacaba mi tía Enkarni del fondo del bolso en bodas. Como los que mi ama me daba cuando estaba mala de garganta. Como otros que no me ubico, que están más al fondo, que están en algún sitio que no me sale.

Sor Maite, sin mirarme:

—¿Cómo se llamaba el señor?

—Iñaki Goirizelaia.

—Ya.

—¿Lo conocías?

—De vista. Lo había visto pasar por aquí dos veces en los últimos años. Visitas a algún amigo.

—Ya.

—Que Dios le tenga.

—Que Dios le tenga.

Pausa. Yo sigo con el caramelo en la boca. Sor Maite saca otro del bolsillo, lo desenvuelve, se lo mete ella también.

—Aritzeta.

—Sí, Sor.

—¿Cómo está aita?

—He hablado con él.

—¿Cuándo?

—Hace media hora.

—¿Te ha hablado?

—Tres frases.

—Hala.

—Ya.

—¿Qué te ha dicho?

—Hija. Tu madre lo sabía. Mírate.

Sor Maite no contesta enseguida. Mantiene los ojos en la virgen. El caramelo le hace un ruido pequeño contra los dientes, lo acomoda en el otro lado de la boca, sigue.

—Pilar lo sabía todo, hija.

—¿El qué, Sor?

—Lo que tenía que saber.

—Sor.

—¿Qué.

—Estoy cansada.

—Lo sé, hija.

—Estoy muy cansada.

—Lo sé.

—Llevo desde las ocho.

—Lo sé.

Me apoya la mano en la rodilla. Dos segundos. La quita. Es la primera vez que Sor Maite me toca esta noche. La primera. La registro.

—¿Vas a salir ya?

—A las nueve, cuando termine el cambio.

—¿Coges taxi?

—Cojo taxi.

—Bien.

—Sor.

—Sí.

—¿Tú vas a ir a ver a aita esta tarde?

—Iba a ir el martes.

—Ya.

—Pero puedo ir antes si te parece.

—Si quieres ir, vete.

—Voy mañana.

—Vale.

—¿Tú vas hoy?

—Yo voy hoy.

—Bien.

—Bien.

Sor Maite vuelve a la virgen. Yo termino el caramelo, despacio. El último trozo, pequeño, me dura medio minuto. Cuando ya no queda nada en la boca, queda el sabor de fondo. El de eucalipto.

Y abajo, debajo, otro sabor. Algo. Algo de hace mucho. Algo que estuvo en mi boca otra vez, hace años, con un caramelo así, con una mujer que me lo daba sin decir nada, en un sitio que no me ubico.

Cierro los ojos un segundo.

El sabor sigue.

Lo registro.

Lo dejo.

Cuando los abro, Sor Maite está mirándome.

—¿Qué, hija?

—Nada.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Vale.

—Vale.

Se mueve para volver al rosario. Yo me levanto.

—Sor.

—Sí.

—Gracias.

—De nada, hija.

—Hala.

—Hala.

Salgo. La puerta cruje otra vez al cerrarse detrás. En el pasillo del sótano hace más frío que en planta. Hay una corriente que viene del aparcamiento por algún resquicio que llevan veinte años sin tapar.

Subo por las escaleras. Cuatro tramos. Llego a planta cuarta a las siete menos cinco. Itxaso me ve subir. Levanta la cabeza del cambio de turno.

—¿Vienes ya?

—Vengo.

—Te queda hora y media.

—Hora y media.

—Vale.

—Vale.

Voy al despacho. Cierro la puerta.

El sabor del eucalipto sigue en la boca. El otro, el de debajo, también.

27

La otra

Larrañaga se ha ido a las siete. Begoña va camino del tanatorio con su hijo grande, que ha llegado hace media hora del aeropuerto. Iker, Naia y Lola han subido a desayunar al comedor del personal. Itxaso ha hecho cambio con Idoia la nueva. Wilson ha bajado con tanatorio.

A las siete y cinco la planta es de Idoia y de Aitor el celador de mañana. La 412 está vacía, con la cama recién hecha, las contraventanas abiertas, la luz de un primero de enero entrando por la ventana en una franja amarilla pálida.

Yo me quedo en el despacho. Cierro la puerta. Cierro las dos cerraduras, la de arriba y la del pomo. Llevo años sin cerrar las dos.

Me siento.

Saco del bolsillo de la bata el cuaderno azul. Lo dejo encima de la mesa. Me quito los guantes que llevaba puestos desde hace media hora sin haberme dado cuenta. Los tiro. Pongo las dos manos planas a los lados del cuaderno. La izquierda no tiembla. Llevo seis horas y media sin que me tiemble. Ese dato vale.

Abro el cuaderno por la página de hoy.

La conozco. La he escrito yo. Cinco apuntes en la mitad de arriba, con hora delante, con la letra rápida. Cinco apuntes en la mitad de abajo, con hora delante, con la letra cuidada. Más los apuntes que he añadido yo a lo largo de la noche, también en la letra cuidada, en orden cronológico debajo de los cinco anteriores.

Letra rápida arriba:

22:00 — turno entera 23:00 — 412 sinusal 02:00 — obs 04:00 — bolsa AB → comprobar antes 05:00 — Begoña: ya firmado.

Letra cuidada abajo:

04:00 — Larrañaga. 04:30 — banco. 04:45 — vía. 05:00 — remi. 05:48 — papeles.

Más los apuntes de la noche, también letra cuidada, debajo:

04:10 — confirmado. 04:55 — empieza. 05:45 — Aitana sigue. 06:14 — exitus. 06:32 — aita.

Lo leo todo dos veces. Despacio. Estoy cansada. La cabeza me pesa. Las muñecas me pesan. Pero leo.

Y cuando termino la segunda lectura, hay una cosa que sigue sin cuadrarme.

A las cuatro había escrito —esa entrada arriba en la letra cuidada— "Larrañaga". A las cuatro vino Larrañaga.

A las cuatro y media había escrito "banco". A las cuatro y media —lo sé porque me lo dijo Itxaso después de las seis— Sor Maite bajó al banco de sangre.

A las cuatro y cuarenta y cinco había escrito "vía". A las cuatro y cuarenta y cinco Wilson entró en la 412 con la bandeja del caldo.

A las cinco había escrito "remi". A las cinco Aitana se conectó al puerto en Y con la jeringa nueva.

A las cinco y cuarenta y ocho había escrito "papeles". A las cinco y cuarenta y ocho Begoña entró por mi puerta con la carpeta verde.

Las cinco entradas. Cinco predicciones. Exactas.

Yo no las he escrito hoy. La letra cuidada es la que paso a limpio en casa de noche, antes de dormir. Esas cinco entradas están en la mitad de abajo de la página de hoy, escritas antes de que empezara hoy.

Joder.

Cierro el cuaderno. Lo abro otra vez. Las leo otra vez.

Sigo cansada. La cabeza sigue pesando. Pero ahora hay otra cosa por dentro que se está moviendo.

Doy la vuelta a la página. Voy hacia atrás. Veintiocho de diciembre. Veintisiete. Veintiséis. Las páginas tienen lo que siempre tienen: rápido arriba, cuidada abajo. Las entradas cuidadas están más limpias que las rápidas. Las cuidadas tienen un plan, en orden, por sesión.

Sigo retrocediendo. Páginas y páginas. Diciembre. Noviembre. Octubre.

Una entrada del veintinueve de octubre, en la mitad de abajo, sola, sin hora delante:

Wilson Cevallos. Karla. Ocho abril dos mil veinte. Pensión Marisol, calle detrás de la estación.

La leo dos veces. Yo no recuerdo haber escrito esa fecha. Yo no recuerdo haber sabido el ocho de abril del dos mil veinte. Yo no recuerdo el nombre de la pensión. Yo conocía a Wilson de los pasillos. Yo le había preguntado por la cría una vez, hacía tres años, y se me había olvidado. La rápida lo había olvidado. La cuidada lo tenía apuntado.

Sigo. Septiembre. Una entrada:

Idoia Beraza, banco. Conoce a Wilson. Visitó pensión.

Sigo. Agosto. Otra:

Sor Maite. Acceso libre. Veinticuatro años en Cruces. Capellanía cubre noches.

Sigo. Julio. Otra:

Aitana, lunes verja seis menos diez. Iratxe campamento Irlanda febrero. Padre paga iPhone. Aitana paga inglés.

Sigo. Junio. Otra:

Begoña Beascoechea Iturriza. Cuarenta y un años. Patria. Termo. Cartas: paseo de Volantín. Sin remite.

Mayo. Otra:

Goirizelaia. AB negativo. Anticoagulado. Empresa fundada por padre 1965. Galdakao 2025. Ingreso programado fin de año por FA.

Cierro el cuaderno.

Apoyo las palmas a los lados.

Y entonces cae. Cae como cae una cosa muy pesada sin avisar. No hace ruido. Cae.

Hace siete meses, en un viernes de marzo del dos mil veinticinco, una mujer salió del Hospital de Galdakao con un alta firmada en el bolsillo y un papel doblado donde la neuróloga le había escrito una palabra: diario.

Esa mujer llegó a su casa esa tarde. Se durmió en el sofá. Soñó. No recordó qué.

Al día siguiente compró un cuaderno azul en la papelería Lurdes de la calle Telletxe. Empezó a escribir.

Esa mujer fui yo.

Y no fui yo del todo.

Eso me cuesta decirlo aunque lo escriba. Aunque lo escriba con letra cuidada, despacio, sentada delante de la mesa de mi despacho a las siete y diecisiete del primero de enero del dos mil veintiséis, mientras la planta de la cuarta de Cruces sigue sin saber lo que ha pasado en la 412 esta noche.

Esa mujer fui yo y no fui yo.

Una parte de mí escribía la letra rápida. La rápida ha estado todos estos meses creyendo que era yo entera. La rápida pensaba en Goirizelaia con cuidado, lo despachaba en una línea, lo nombraba con cariño irónico para no nombrarlo de otra manera, lo llevaba como se llevan los enemigos viejos. La rápida ha contado los chistes a Aitana. La rápida le ha hablado a Garazi. La rápida ha visitado a aita los lunes y los miércoles. La rápida ha hecho guardia esta noche.

La cuidada hizo otra cosa.

Empezó a escribir en marzo, cuando todavía no podía levantar la mano izquierda sin que temblara. Una sola línea por noche. Sin prisa. Cinco meses.

Sigo retrocediendo en el cuaderno. Una noche de septiembre.

Carta uno. Volantín. Buzón abierto a las nueve menos cuarto. Caminar de vuelta.

Lo leo y lo veo. Lo veo igual que se ve un sueño cuando se vuelve treinta segundos a la cabeza al despertar. Era de noche. Yo había salido a caminar después de cenar, le había dicho a Garazi que iba a la pescadería del puerto a por hielo aunque ya no era hora de hielo en ningún sitio. Bajé hasta Volantín. Llevaba el sobre en el bolso. No me acuerdo de haberlo metido en el bolso esa tarde y sin embargo lo metí. Llegué al portal. El portero ya no estaba. Empujé la puerta con el codo. Metí el sobre por debajo. Subí dos minutos las escaleras del muelle. Volví caminando.

Volví a casa esa noche y le dije a Garazi que el hielo no había. Garazi me dijo, vale. No me preguntó nada.

Yo no recuerdo haber escrito esa carta. Pero la escribí.

Una noche de noviembre. Carta dos. Misma forma.

Lo veo igual.

La rápida no sospechó que las páginas que ella misma cerraba cada noche tuvieran abajo, con una letra que era la suya pero ya no era de ella, un plan completo. La rápida creía que escribir el cuaderno era lo que le había recomendado Itziar, la neuróloga, porque iba a haber lapsos.

Hubo lapsos. Pero los lapsos no fueron olvido. Fueron otra escritura por debajo.

La rápida ha sido la herramienta.

La cuidada ha sido la otra.

La cuidada soy yo también. La cuidada es la que está escribiendo esta página ahora, la que está leyendo lo que le sembró a la rápida hace meses, la que respira despacio en este despacho a las siete y dieciocho de la mañana del primero de enero, la que tiene los ojos

secos y la boca con sabor a eucalipto. La cuidada lleva todo el día callada porque le tocaba a la rápida hacer la guardia. Las dos lo habíamos pactado sin pactarlo. La rápida necesitaba creerse el sujeto. La cuidada necesitaba que la rápida se creyera el sujeto para que la rápida pudiera hacer su trabajo.

Joder.

Eso lo escribo y se queda raro. La cuidada no dice joder. La cuidada lo dice ahora porque es la primera vez que tiene que admitir que esto sí ha sido mío.

Cierro el cuaderno.

Levanto la cabeza.

La luz del primero de enero entra por la ventana del patio interior y le da en la pared. Una luz amarilla pálida, gris en los bordes. Hace nueve horas que estoy dentro de este edificio. Hoy ha salido el sol a las ocho y siete minutos por el Cantábrico. Lo habrán visto Garazi en su hotel y Aitana en el aparcamiento de Cruces si no se ha ido todavía.

Yo no lo he visto. Yo no salgo todavía.

Quedan ochenta y tres minutos.

Cuando salga, me iré andando. Cogeré el taxi en el aparcamiento. Le diré al taxista la dirección de Algorta. Subiré a casa. Garazi estará en Madrid hasta el martes. Aita estará en la residencia hasta que dure. Eso, lo de aita, va a durar poco. Esa parte la sé yo también. Lo sabe la cuidada y lo sabe la rápida. Lo sabemos las dos.

Saco el bolígrafo. El Bic azul, el del segundo intento. Abro el cuaderno otra vez. Voy a la página de hoy.

Debajo de las once entradas, en la mitad de abajo, con la letra cuidada, despacio, escribo la siguiente:

07:18 — leído.

Cierro el cuaderno. Lo guardo en el bolsillo de la bata.

Pongo las dos manos planas a los lados del cuaderno. La mesa está fría. La cabeza me pesa. La mano izquierda me tiembla por primera

vez en seis horas. Un temblor pequeño.
Lo dejo.

28

Ispaster

Hace veintiún años, el treinta y uno de diciembre, una chica de veinte años conducía un Renault Clio rojo por la BI-633 entre Lekeitio y Markina, en el tramo de la curva de Ispaster. La chica era yo. Eran las nueve menos veinte de la noche. Llovía suave, intermitente. Mi hermana Maite, veinticuatro años, MIR de pediatría primer año en Cruces, iba en el copiloto sin cinturón, comiendo un puñado de uvas que ama nos había metido en una bolsa de plástico para la cena de Nochevieja a la que íbamos en Bilbao.

Habíamos comido con aita y ama en la casa de Lekeitio. Sopa de pescado, marmitako, leche frita. Aita había sacado la rioja vieja que guardaba para los días señalados. Maite había bebido una copa. Ama otra. Yo no, porque conducía. Aita había bebido tres y se había echado la siesta en el sillón antes de que saliéramos. Ama nos había dado las uvas envueltas en una servilleta para la cena. Maite no aguantó esperar. Las empezó en el coche.

Salimos de Lekeitio a las nueve menos cuarto. Yo conducía despacio. Era mi segundo invierno con el carnet y la BI-633 tenía fama. Maite iba sentada hacia mí, con un pie subido en el asiento. Hablábamos de Pello, un médico residente al que Maite tenía echado el ojo. Maite contaba un chiste sobre la sesión clínica del veintinueve. Yo me reía. Maite se reía más. Llegamos a la curva de Ispaster a las nueve y diez minutos.

Maite estaba metiéndose la cuarta uva en la boca cuando aparecieron los faros del otro coche por encima del talud. Eran

amarillos, altos. Un coche grande, de empresa. Cruzó la línea continua a unos diez metros antes de la curva. Estaban demasiado cerca del eje. Yo lo vi medio segundo antes que ella. Yo no entendí lo que pasaba, lo entendí después. Lo único que hice fue dar volantazo a la derecha, hacia la cuneta, sin pensarlo.

El Clio se salió. Las ruedas perdieron agarre en el barro. El coche se torció ciento veinte grados, golpeó el guardarraíl con el lado del copiloto, y se detuvo.

Maite, sin cinturón, salió por el parabrisas.

Tres metros. Cayó en la cuneta. Boca abajo.

Hubo un segundo en el que yo todavía no sabía lo que había pasado. La radio seguía. Una emisora local pasaba villancicos. Sigo recordando cuál: *Yo soy el grillo*, esa. Yo seguía con las dos manos en el volante, agarradas tan fuerte que me iban a doler dos días después. El cuerpo me había dado contra el airbag, después contra el reposacabezas. Tenía algo dolido en el pecho que después no estaba. La calefacción del coche soplaba aire caliente en la cara. Yo miraba la luna delantera, lo que quedaba de luna delantera, y lo que veía era la cuneta y un trozo de oscuridad y, en la oscuridad, una mancha clara que no entendí qué era.

La mancha era el jersey de Maite.

Maite había salido por el parabrisas con el jersey blanco que se había puesto esa tarde para la cena. Ama lo había planchado por la mañana. Maite había dicho, ay, ama, no era necesario, y ama, mira que eres tonta, hija. Eso se había dicho a las tres y cuarto de la tarde, en la cocina de Lekeitio.

Tardé en entender que la mancha clara era Maite. Tardé el tiempo que tardé. No sé cuánto. Quizás veinte segundos. Quizás cuarenta. La radio seguía con el villancico.

—Maite.

No contestó.

—Maite.

La rueda delantera derecha giraba suelta, sin nada que la sostuviera. La lluvia empezó a entrar por el parabrisas roto. Yo no me moví. La calefacción seguía soplando.

—Maite, hostia.

Tampoco.

Goirizelaia siguió. En su coche grande, no se enteró del volantazo. Es lo que puso después en su declaración a la Ertzaintza, tomada esa noche en el cuartel de Bermeo. Que él volvía a Bilbao de la cena de empresa de su distribuidora en Eibar. Que iba bien. Que no oyó nada. La Guardia Civil le paró en el siguiente control de alcoholemia, cuarenta y cinco minutos después, a la altura de Galdakao, y le dio uno con tres.

A los siete minutos del impacto llegaron unos faros por la curva. Eran de otro coche. El coche frenó. Los faros se quedaron parados. Una puerta se abrió. Una mujer se acercó a la ventanilla del Clio.

—Elena.

Era Maite. La otra Maite.

Sor Maite todavía no era Sor. Era Maite Aritzeta Etxebarria, prima segunda mía por línea paterna, treinta y un años entonces, auxiliar de enfermería en Cruces desde hacía dos años, casada con un hombre que iba a morir en dos mil siete. Volvía a Bilbao desde Markina, donde había pasado la tarde con su madre. Cogió la BI-633 quince minutos después que nosotras. Llegó a la curva siete minutos después del impacto.

Sor Maite vio el Clio en la cuneta, sin luces, con humo saliendo del capó. Vio a Maite en el suelo, tres metros atrás. Vio el reflejo de mi cara dentro del coche, todavía con el cinturón puesto, todavía con la radio del villancico encendida.

Aparcó. Bajó. Cogió la linterna que llevaba siempre en la guantera. Se acercó primero a Maite. Se agachó. Le tomó el pulso. No tenía. La sangre le salía por la nariz, por los oídos. Aún le quedaban segundos. Sor Maite no la movió.

Vino al coche. Abrió la puerta del conductor. Yo la miraba sin entender.

—Elena.

—Maite —dije yo.

—Maite no está, hija.

—Maite.

—Hija.

Sor Maite me desabrochó el cinturón. Me cogió por las axilas. Me sacó del asiento del conductor. Me llevó hasta el otro lado del coche, abrió la puerta del copiloto, me sentó. Me abrochó el cinturón del copiloto. Me cerró la puerta.

Volvió al asiento del conductor. Lo miró. Pasó la mano. Buscó. No encontró nada que delatara. El airbag estaba abierto. El espejo del conductor estaba ladeado. La huella de mis manos estaba en el volante. Sor Maite no podía limpiar todo eso. No se molestó. Lo único que hizo fue volver al copiloto, abrirme la mano izquierda, y meterme en la palma un caramelo de eucalipto envuelto.

—Cómete esto.

—No quiero.

—Cómetelo.

Le hice caso. Me lo metí en la boca. El sabor.

Llamó al ciento doce.

Llegaron en doce minutos. Una ambulancia y dos ertzainas. Sor Maite estaba arrodillada al lado de Maite, con su jersey azul puesto encima de la cara de Maite. Yo seguía en el copiloto, con el caramelo a medio chupar. Los ertzainas me preguntaron cómo me llamaba. Lo dije. Me preguntaron si la otra mujer en el suelo era mi hermana. Lo dije. Me preguntaron si yo conducía. Yo no contesté.

Sor Maite contestó por mí.

—La pequeña iba en el copiloto. Mi prima Maite la mayor era la que conducía.

Lo dijo así. Lo dijo despacio, con la voz controlada. Lo dijo como lo dice una auxiliar de enfermería de treinta y un años con dos años de oficio.

A mí me llevaron al hospital de Galdakao en una ambulancia. Maite se quedó en la cuneta hasta que llegó el juez. La declararon muerta a las nueve y catorce. Aita y ama llegaron a Galdakao a las once y cuarto, llorando los dos, sin entender. Aita conducía aunque había bebido tres copas. Le hizo el camino sin parar. Sor Maite estaba allí cuando llegaron, todavía con el jersey manchado, todavía sin haber ido a casa, todavía con su versión clavada.

Ama me cogió la mano izquierda en el box de urgencias. La izquierda. La que Sor Maite me había abierto para meterme el caramelo. Ama sintió algo. Ama no preguntó nada esa noche. Ama no preguntó nada nunca delante de mí.

Pero ama supo. Lo supo muy pronto.

Yo durante veintiún años creí que mi hermana conducía esa noche. Lo creí sin grietas. Le puse velas a Maite en mi cumpleaños, en su cumpleaños, en aniversarios del accidente. Le expliqué a Garazi, en el dos mil nueve cuando empezamos a salir, que mi hermana mayor había muerto en un accidente provocado por un borracho. Le dije el nombre del borracho: Iñaki Goirizelaia, Berriategui de segundo, empresario inmobiliario, que dio uno con tres y fue procesado por homicidio imprudente y se libró con tres años con remisión por buena conducta y cuatro de pérdida del carnet, y que hoy era un señor mayor con casa en Algorta y oficina en la Gran Vía.

Le dije a Garazi todo eso. Lo creía. La rápida lo creía. La cuidada todavía no existía.

La cuidada apareció en febrero del dos mil veinticinco.

Aquella mañana de febrero, en la habitación tres veintiocho de Galdakao, durante la fase aguda de la encefalitis anti-NMDA, mientras yo gritaba sin parar y le pegaba a la enfermera y a Garazi e intentaba sacarme la vía con los dientes, dentro de mi cabeza la rápida estaba apagada del todo y la cuidada despertó por primera vez en veintiún años.

La cuidada estuvo despierta cuarenta y ocho horas.

Recordó.

Recordó el Clio rojo en la curva de Ispaster. Recordó los faros amarillos. Recordó el volantazo. Recordó la radio del villancico. Recordó a Maite saliendo por el parabrisas. Recordó a Sor Maite llegando, sacándola del asiento del conductor, metiéndola en el copiloto, dándole el caramelo de eucalipto, hablando con los ertzainas. Recordó la mano de ama en el box de urgencias.

Recordó todo.

La cuidada lo escribió. En el delirio de la fase aguda, mientras la rápida estaba dormida, la cuidada cogió un boli de la mesilla y un papel de un lateral y escribió, despacio, con la letra cuidada, todo lo que recordaba. Garazi encontró el papel veinticuatro horas después, lo leyó, no entendió la mitad y guardó el resto para preguntármelo cuando estuviera consciente. Cuando me recuperé, le dije que no sabía qué había escrito. La rápida había vuelto. La cuidada se había metido a un lado.

Pero la cuidada, ya despierta, no se volvió a dormir del todo.

La cuidada empezó a planear en marzo, cuando me dieron el alta. La cuidada compró un cuaderno azul en la papelería Lurdes de la calle Telletxe. La cuidada empezó a escribir.

La cuidada sabía dos cosas que la rápida no podía saber.

Una: que Goirizelaia no había matado a Maite. Que lo había hecho yo, por reflejo, por inexperiencia, por las ruedas que perdieron agarre en el barro. Que Goirizelaia había estado borracho y había cruzado la línea continua, sí, pero el coche que se salió de la carretera fue el mío, conducido por mí, con mi hermana sin cinturón al lado.

Dos: que Goirizelaia, fuera de aquella curva, llevaba veintiún años haciendo otras cosas. Echando familias enteras de pisos en Sestao. Comprando bajos a viudas por menos de la mitad de lo que valían. Hundiendo a competidores con llamadas. Maltratando a su mujer dentro de las paredes del piso del paseo de Volantín durante

cuarenta y un años. Esas cosas, la cuidada las podía documentar. La rápida nunca habría sabido buscarlas. La cuidada las buscó en archivos del juzgado, en el registro mercantil, en hemerotecas, en notas de prensa de Sestao. Las buscó despacio, durante meses.

Y la cuidada decidió, despacio, durante meses, que aunque Goirizelaia no había matado a Maite, aunque la verdad de aquella curva no era la que Elena había vivido durante veintiún años, Goirizelaia merecía morir por las cosas que sí había hecho. La cuidada pensó así, con la calma de la cuidada. La rápida tenía razón en odiarle, aunque la rápida le odiaba por la razón equivocada.

La cuidada usó a la rápida.

La cuidada se usó a sí misma para convertir la furia equivocada de la rápida en el motor de un trabajo que estaba bien hecho.

Ama supo. Ama no me preguntó nunca. Sor Maite le contó la verdad a ama en el otoño del dos mil seis, cuando ama empezó con los problemas que después se iban a llamar cáncer. Ama lo guardó dos años y medio. En marzo del dos mil nueve, en la habitación del hospital, en una de las pocas conversaciones largas que tuvo con aita en la última semana, se lo contó. Sor Maite estaba allí. Sor Maite lo escuchó. Aita lo supo desde marzo del dos mil nueve y lo guardó. Diecisiete años.

Aita no me lo dijo nunca tampoco.

Aita, con la demencia ya avanzada, en estos últimos años, lo ha mencionado dos veces sin decirlo entero. Una en octubre del dos mil veinticuatro, en treinta segundos lúcidos en la residencia. Otra a las seis y treinta y dos de esta mañana, por teléfono.

Tu madre lo sabía.

Mírate.

Tres frases. La tercera era hija.

Maite mi hermana se llamaba Maite Aritzeta Otaegi. Murió a los veinticuatro años en la curva de Ispaster a las nueve y catorce minutos del treinta y uno de diciembre del dos mil cuatro. Por las uvas que estaba comiendo y por el cinturón que no llevaba puesto y

porque yo perdí los nervios cuando vi unos faros amarillos cruzando la línea continua.

Eso pasó.

Ya está dicho.

Aita morirá hoy. La cuidada lo sabe. La rápida no se lo diría a sí misma, pero también lo sabe. Aita lleva diecisiete años esperando para irse. Le dijo a su hija las tres frases que tenía pendientes. Que se vaya.

Yo voy a salir de Cruces en una hora y diez minutos. Voy a coger el taxi en el aparcamiento. Voy a ir a casa. Voy a meter la llave en mi puerta de Algorta a una hora que no estoy contando.

No quiero hablar con nadie hoy.

La cuidada y la rápida tampoco vamos a hablar entre nosotras. Llevamos siete meses haciéndolo y ya está.

Vamos a dormir un poco.

29

Cambio de turno

Las siete cincuenta. He guardado el cuaderno. He metido los apuntes del exitus en el sistema, el parte de la pericardiocentesis con el resumen de la sedación de Aitana, la firma electrónica al pie. Cierro la sesión.

El despacho está exactamente como estaba a las siete y dieciocho. La luz de la ventana del patio interior ha cambiado un dedo, ya no es amarilla pálida sino blanca. La pinza del cuello, encima de la mesa. La papelera de plástico, casi llena. Las dos batas en la percha, una limpia y otra usada. La foto de ama en el marco oval.

Me levanto. Salgo.

En el pasillo, la planta cuarta a las siete cincuenta del primero de enero del dos mil veintiséis está despertándose. La luz fluorescente sigue dada. La nueva enfermera, Idoia, está repartiendo las medicaciones de las ocho. Aitor el celador empuja un carrito con el desayuno. Una mujer mayor en bata sale de la 408 con el termo de café en la mano y le pregunta a Aitor a qué hora desayuna su marido. Aitor le contesta con cariño profesional. La señora vuelve a la 408.

La 412 sigue vacía, con la puerta abierta, la cama hecha, la sábana sin usar. Idoia ha abierto las contraventanas del todo. La luz entra entera.

Voy al control.

Iker, Naia y Lola están allí, despidiéndose, recogiendo sus cosas de la taquilla pequeña. Iker tiene la chaqueta puesta. Naia ya lleva el casco de la moto en la mano. Lola está dándole la mano a Idoia y llamándola por su nombre como si la conociera de antes.

—Aritzeta —dice Iker.

—Iker.

—Nos vamos. Hala.

—Hala.

—¿Vas a dormir un poco?

—Voy a casa a las nueve.

—Vale.

—Bien hecho lo de esta noche, Iker.

—Tú igual, Aritzeta.

Iker me da la mano. Se la doy. Naia me hace un gesto con la cabeza desde el otro lado del control. Le devuelvo el gesto. Lola me sonríe. Le sonrío.

Se van los tres por el pasillo, hablando bajo entre ellos. La puerta del ascensor se cierra a las siete cincuenta y cuatro. La planta queda con Idoia, Aitor y yo.

Idoia se gira hacia mí. Tiene cuarenta años, pelo corto, una pinza en la bata distinta de la mía. Le he visto la cara dos veces antes, en pasillos, sin saber su nombre.

—Doctora.

—Idoia.

—Te quería preguntar dos cosas.

—Dime.

—La 405. Ha pedido oxígeno hace media hora. Le he subido el flujo a tres. ¿Sigo?

—Sigue. Si pasa de la sat noventa con tres, baja a dos. Si sigue por debajo de noventa con tres, llámame.

—Vale.

—¿Y la otra cosa?

—La 419. La señora del catéter.

—Sí.

—Le ha bajado un poco la diuresis. Setenta mililitros la última hora.

—¿Cuánto llevaba antes?

—Cien por hora.

—Vale. Dale el suero un poco más rápido. Si en una hora no levanta, me avisas.

—Vale.

—Idoia.

—¿Sí?

—¿Te ha dejado Itxaso el parte de la 412?

—Me lo ha dejado. He visto el exitus. Las VVAA. Lo he leído todo.

—Vale.

—Doctora.

—Sí.

—Buena guardia.

—Buena, dentro de lo malo.

—Ya.

Idoia se gira y vuelve al ordenador. Aitor el celador me hace un gesto con la mano desde el fondo del pasillo. Le devuelvo el gesto.

Vuelvo al despacho.

A las ocho y cinco entra Aitana. Sin llamar.

—Aritzeta.

—Aitana.

Está en bata, no en pijama. La ha cambiado en algún momento. El pelo recogido en la pinza misma de la noche. Los ojos rojos. La cara, no.

—Termino a las nueve también.

—Lo sé.

—¿Bajas conmigo?

—Voy en taxi.

—Yo también.

—Vale.

—¿En el mismo?

—No.

—Vale.

Pausa.

—Aritzeta.

—Sí.

—¿Bien?

—Bien.

—¿Tu padre?

—Estable. Había hablado yo con él a las seis y media.

—Ya. Me lo dijo Itxaso.

—Ya.

—¿Iratxe?

—¿Qué le pasa?

—¿Te ha llamado?

Aitana saca el móvil. Lo mira. Tiene un mensaje del padre de Iratxe a las siete y media. Le ha mandado una foto del anillo en el dedo de la niña, con la mano puesta encima de un tazón de leche. El anillo es transparente con la piedra verde. La mano de Iratxe es pequeña.

—Hala —digo.

—Ya.

—Le va a quedar bien.

—Ya. Hasta agosto, dijo. Después se lo quita.

—O igual no.

—O igual no.

Aitana guarda el móvil. Se queda dos segundos sin moverse. Después se gira para irse.

—Aitana.

—Sí.

—Te llamo el lunes para el lavavajillas.

—Llámame el lunes.

—Hala.

—Hala.

Sale.

Yo me quedo en el despacho. Pongo las dos manos planas otra vez. La izquierda tiembla un poco más.

A las ocho y veinte llega la adjunta de la mañana. Se llama Joana, es de Donostia, lleva ocho años en Cruces, le entrego la guardia siempre que coincidimos. Joana entra al despacho con un café del bar de abajo en la mano y lo deja en el escritorio.

—Aritzeta.

—Joana.

—Cuéntame.

Le cuento. Las cuatro plantas que sigo. Las dos altas previstas para hoy festivo. La 405 con el oxígeno. La 419 con la diuresis. El exitus de la 412 con sus VVAA y la posible reacción transfusional pendiente de informe del banco. Los tres residentes que se han ido. Joana toma notas en una libreta de bolsillo.

—¿Larrañaga ha venido?

—A las siete menos veinte.

—Ya. Me llamó.

—Vale.

—Yo me ocupo. Vete a casa.

—Voy a las nueve.

—Vete antes si quieres.

—Voy a las nueve.

—Como tú quieras.

—Joana.

—Sí.

—Gracias.

—De nada, Aritzeta. Hala.

—Hala.

Joana sale con el café.

Me quedo con las dos manos planas encima de la mesa.

Quedan cuarenta minutos.

A las ocho y treinta saco el móvil. Le mando un mensaje a Garazi. Tres palabras: ya he salido. La hora es mentira pero no importa, voy a haber salido cuando lo lea.

A las ocho y cuarenta y dos contesta Garazi. Un emoji solo, un corazón pequeño. No sabe.

Cierro el móvil.

A las ocho y cincuenta me quito la bata. La doblo. La meto en la taquilla. Me pongo el abrigo gris, la bufanda, los guantes. Cojo el bolso. Me lavo las manos por última vez en el lavabo del office. La cuidada y la rápida nos miramos en el espejo dos segundos. Las dos sabemos lo que va a pasar después de las nueve y catorce.

Ya está.

Apago la luz del office.

Salgo al pasillo.

En el control, Idoia levanta la cabeza.

—Doctora.

—Idoia.

—Que descanses.

—Que descanses tú también, cuando puedas.

Voy hacia el ascensor. La puerta se abre a las ocho cincuenta y cuatro. Wilson sale con un carrito vacío. Lleva el chaquetón puesto encima del pijama. Termina turno a las nueve también.

—Aritzeta.

—Wilson.

—¿Bajas?

—Bajo.

—Yo todavía subo.

—Vale.

—Hasta el lunes.

—Hasta el lunes.

Wilson sigue con su carrito. Yo entro al ascensor. La puerta se cierra. La luz del fluorescente del techo zumba más bajo que en planta cuarta. Bajo a planta cero.

30

Algorta

Salgo de Cruces a las nueve menos cuatro. El taxi me espera en el aparcamiento desde las ocho cincuenta y siete. El taxista es un señor de unos sesenta años, calvo, con el chaquetón abierto encima de un jersey gris.

—Buenos días.

—Buenos días. Algorta, calle Sarrikobaso.

—Marcho.

—Pues marcha.

Salimos. La A-8 está vacía a esa hora del primero de enero. La lluvia ha parado pero el cielo sigue cargado, gris uniforme. El taxista pone

la radio bajita. Una emisora local. Un tertuliano habla de las uvas, de cómo el año pasado las habían vendido en una empresa de Murcia con sello de plata, lo cuenta con el rencor del que las pagó. Se ríe solo. El taxista no se ríe pero no apaga.

Yo voy en el asiento de atrás, con el bolso encima de las rodillas, mirando por la ventana.

—¿Vuelve usted de guardia?

—Vuelvo.

—Hala. Vaya manera de empezar el año.

—Ya.

—¿Médica?

—Médica.

—Mi mujer estuvo el año pasado ingresada en Cruces. La trataron muy bien, oiga.

—Me alegro.

—Una semana. Salió perfecta.

—Bien.

—Eran muy majas las chicas. Las enfermeras.

—Sí que lo son.

—Hala.

—Hala.

El taxista vuelve a la radio. El tertuliano sigue con las uvas. Pasamos Erandio. Pasamos el alto de Berango. Llegamos a Algorta a las nueve y veintidós.

—¿Aquí mismo, señora?

—Aquí mismo.

—Diez con sesenta.

Le doy quince. Le digo que se quede el cambio. Le digo feliz año. Me dice feliz año. Cierro la puerta. El taxi se va.

Subo los tres tramos a pie. El ascensor del portal lleva semanas roto y se sigue sin arreglar. La portera no ha bajado todavía a barrer,

debe estar en casa con su familia.

Meto la llave. Abro. Cierro detrás.

La casa está a oscuras. Garazi cerró las contraventanas antes de irse a Madrid el sábado. Las dejó cerradas. La calefacción está al mínimo. Hace algo de frío.

Dejo el bolso en el banco del recibidor. El abrigo en la percha. La bufanda al lado. Los guantes en el cajón pequeño.

Voy a la cocina.

Pongo la luz. La cocina está como Garazi la dejó: la mesa limpia, la encimera limpia, la cafetera vacía boca abajo en el escurridor. Una nota imantada en la nevera, escrita con el bolígrafo verde que Garazi siempre tiene en el bolso:

Cariño, te he dejado una tortilla en el fondo de la nevera. Llámame cuando salgas. Garazi.

La leo. La quito. La doblo. La meto en el cajón de los pósits.

Abro la nevera. Cojo la tortilla. La pongo en un plato. La meto en el microondas un minuto.

Mientras gira, lleno el cazo y lo pongo al fuego.

Saco una taza del armario. La de Pasaia, la que Garazi me regaló en dos mil veintidós. Con la foto del puerto en gris.

Pongo cucharada y media de Cola Cao. Espero el agua.

El microondas pita. Saco la tortilla. La pongo en la tabla con un tenedor.

El cazo empieza a humear. Lo subo. Echo el Cola Cao. Lo remuevo.

Me siento.

A las nueve y treinta y siete suena el móvil. Está en el bolso del recibidor. Lo oigo sonar dos veces, tres, cuatro. Por el tono sé que es la residencia. Cuando me levanto a por el bolso, ha colgado.

Llamada perdida: Andra Mari Sopelana.

Lo dejan así medio minuto. Después suena otra vez.

Cojo.

—¿Sí?

—Elena.

—Loreto.

—Hija.

—Sí.

—Aita ha muerto a las nueve y catorce.

—Vale.

—Estaba dormido. No ha sufrido.

—Vale.

—¿Necesitas que te diga algo más?

—No, Loreto.

—Voy a llamar al tanatorio en cuanto pueda. Si quieres venir tú primero a verle, está aquí, en su cuarto. Anselmo está al lado. Lo hemos cubierto.

—Vale.

—Hija.

—Sí, Loreto.

—Lo siento mucho.

—Gracias.

—¿Quieres venir ya o luego?

—Luego.

—Vale.

—Loreto.

—Sí.

—Gracias.

—De nada, Elena.

—Hala.

—Hala.

Cuelga ella.

Yo me quedo con el móvil en la mano dos segundos. Pongo el móvil boca abajo encima de la mesa, al lado del plato de tortilla y la taza de Cola Cao. La pantalla se queda iluminada un momento. Después se apaga.

Miro la cocina.

La luz amarilla del techo, la única encendida. La nevera zumbando. La tortilla, tibia. El Cola Cao, medio.

Saco el bolígrafo del bolso. Saco el cuaderno azul. Lo abro por la página de hoy.

Debajo de la última entrada que hice en el despacho a las siete y dieciocho, escribo otra. Letra cuidada, despacio.

09:14 — aita.

Cierro el cuaderno. Lo dejo encima del banco del recibidor, al lado del bolso.

Vuelvo a la cocina.

Me siento otra vez.

Hay que llamar a varias personas. A Garazi, en Madrid. A Sor Maite, que no ha vuelto a casa todavía. A los primos de Lekeitio. A la hija de Anselmo, que va a querer saberlo. Al tanatorio. Al cura del pueblo.

Hay que ir a la residencia.

Hay que ducharse.

Hay que hacer todas esas cosas.

Pero ahora no.

Como la tortilla despacio. Bebo el Cola Cao mientras todavía quema un poco. Pongo el plato y la taza en el fregadero. Abro el grifo. Los enjuago. Los dejo en el escurridor.

Apago la luz de la cocina.

Voy al dormitorio. Cierro las contraventanas hasta dejarlas a media. Me quito los pantalones, el jersey, los calcetines. Los dejo en el suelo doblados. Me pongo un pijama viejo de Garazi, el azul, el que está en el cajón de abajo desde hace dos navidades.

Me meto en la cama.

La cama está fría. Las sábanas, frías.

Espero que se calienten.

Vuelve a sonar el móvil, en la cocina, lejos. Quizá Loreto otra vez. Quizá Sor Maite, que se habrá enterado por Loreto. Quizá Garazi, que ha visto el corazón pequeño que me mandó hace una hora y se está preguntando.

Lo dejo sonar.

Ya llamaré luego.

Ahora tengo que dormir un poco.
